This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 856,683

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

Tomás Luceño

TEATRO ESCOGIDO

Ilustraciones de ANGEL LIZCANO

El corral de las Comedias - Cuadros al fresco - Ultramarinos-¡Amén! o el ilustre enfermo-Las Recomendaciones-Carranza y Compañía.

MADRID

Teatro Moderno

Volumen IV

Teatro Moderno

Volumen IV

TEATRO MODERNO

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS

CUADROS AL FRESCO.—ULTRAMARINOS

¡Amén! ó el ilustre enfermo.

LAS RECOMENDACIONES

CARRANZA Y COMPAÑÍA

POR

TOMAS LUCEÑO

CON UN PRÓLOGO DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Ilustraciones de

ANGEL LIZCANO

FOTOGRABADOS DE PÁEZ

MADRID

VIUDA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA

Ferraz, 13, y Arenal, 11.

1894

868
L7365
1897

E. RUBIÑOS, IMPRESOR.—SAN HERMENEGILDO, 32.

63.306095

PRÓLOGO

PARA dar idea de la personalidad literaria de Tomás Luceño, conviene decir cuatro palabras acerca de cómo el género á que pertenecen sus obras cayó en olvido, y de lo que él ha contribuído á que vuelva á disfrutar el favor del público.

El sainete es hermano gemelo del antiguo entremés, y guarda con él tan grande semejanza, que el Diccionario de la Academia casi no establece diversidad entre ambos, limitándose á consignar que son piezas dramáticas jocosas, en un acto, sin más diferencia que ponerse en escena el primero entre jornadas ó actos, y el segundo al terminar la representación de una obra seria. De su origen no hace falta que hablemos; todo el mundo sabe que constituyen una de nuestras más antiguas manifestaciones artísticas: respecto á su índole, nadie ignora que es acaso el género en que menos ha in-

fluido la imitación de lo extranjero, si es que ha influido algo. Lo que importa á nuestro propósito es probar que estuvo muy en boga, que sufrió un eclipse, y que ha vuelto á cultivarse y brillar, gracias, en cierto modo, á la iniciativa del modesto autor de quien estamos hablando.

Fray Martín Sarmiento, uno de los hombres que han trabajado más en reunir materiales para la historia crítica de nuestra literatura, escribía en 1763 al librero Francisco de Mena, y al acusarle recibo de unos entremeses, le decía entre otras cosas:

«El libro de los *don-aires*, esposo de las »*doña-lluvias*, ha venido á pedir de boca, »pues ya no tenía más entremeses que leer... »Ya sabe vuestra merced que el título del »catálogo de mis libros, manuscrito, dice: »*Indice de los que me enfadan*. Puse el titu- »lo por chiste y gracia: ahora ya le miro »como título de justicia: después que me di »á leer entremeses y donaires, vayan por la »ventana y en día de lluvias toda la canalla »de 6500 tomos que me ocupan los estan- »tes, pues con ellos jamás pude saber *la* »*verdadera lengua castellana hasta que leí* »*entremeses*.» Y más adelante añade: «Así,

»no deje vuestra merced de juntarme todos »los entremeses que tuviere...; pues el tiem- »po ya no está para otro estudio que el de »Demócrito, cuyos elementos son los entre- »meses en puro castellano.»

Tal era la opinión de un sabio. La de los escritores de inferior cultura, pero más en contacto con el vulgo, está representada por los siguientes párrafos de un *diarista* de 1788, contemporáneo de Rita Luna y María Pulpillo: sus palabras demuestran que, á fuerza de costumbre, los cómicos habían llegado á sobresalir en el género: «El saine- »te de *La casa de vinos generosos* es muy »bonito y ligero, pero su ejecución es aún »mejor. Esta especie de comedias del géne- »ro grosero, que puede reducirse á las *ta- »bernarias* de los romanos, y que nosotros »llamamos sainetes, no sólo se escriben bien »entre nosotros, pero se ejecutan con una »perfección y verdad imitativa tal, que poco »ó nada tenemos que envidiar en este géne- »ro á nación alguna.»

Calcúlese el efecto que producirían en el público los sainetes, cuando así pensaban y claramente lo decían gentes de tan opuesta clase social como un fraile estudioso y un

revistero del naciente periodismo. Lo cierto es que después de un drama como *Más pesa ser juez que hermano,* debía de saber á gloria *La comedia de Maravillas,* y á continuación de *La verdad aun entre persas, lauros y honores granjea,* sería un gran desquite oir *Las castañeras picadas.* No cabe duda de que las gentes discretas verían con verdadero placer que un solo género teatral, acaso el más humilde, bastaba para conservar y rejuvenecer el antiguo ingenio español, amenazado de muerte por los preceptistas á la francesa, que llamaban drama detestable á *La vida es sueño,* y disparatadas á las mejores comedias de Lope y de Moreto.

Pensando lógicamente, parece que don Ramón de la Cruz debió de formar escuela y tener imitadores, pero por desgracia le sucedió lo que á Goya: nadie supo ni quiso seguirle.

Al cabo de medio siglo, en la época romántica, algunos autores de verdadero mérito representaron sainetes, mas no hubo ningún escritor cómico notable que se dedicase á escribirlos; y de esta suerte, sin que ningún poeta conservase la tradición, llegamos hasta nuestros días.

En 1861 y 67, D. José Picón, el autor de la zarzuela *Pan y toros*, estrenó é imprimió dos *sainetes líricos* titulados *Un concierto casero* y *Los enemigos domésticos*, cuyas partituras escribieron respectivamente los maestros D. Cristobal Oudrid y D. Emilio Arrieta. Exceptuadas estas obras, el primer sainete *sin música* puesto en escena en la época presente, es *Cuadros al fresco*, de Tomás Luceño.

En 1870 estaba triunfante el género bufo: los amantes más ó menos ilustrados del arte serio ponían el grito en el cielo imaginando que *La bella Elena* y *Genoveva de Brabante* habían arrojado para siempre de la escena á las grandes figuras dramáticas de Lope y Calderón: autores, críticos y cómicos, discutían buscando remedio al mal, y entre tanto una sola empresa ganaba dinero: la de los *Bufos Arderíus*. Por otra parte, los teatros de segundo orden, que por entonces comenzaban á explotar el sistema de las funciones por horas, se surtían casi exclusivamente de piezas en un acto, traducidas del francés, sin que á nadie se le ocurriese declarar guerra á este género de producciones, harto más funesto para nuestra cultu-

ra literaria, puesto que lo bufo había de ser una perturbación pasajera, y la costumbre de traducir podía echar, como echó, malas y hondas raíces.

Las tentativas que en aquella época se hicieron para distraer al público del género bufo, fueron varias; y una de ellas, acaso la más importante, consistió en la formación de una empresa de actores que arrendó el antiguo *Circo de Paul,* situado en la calle del Barquillo, frente al Ministerio de la Guerra, y previas algunas reformas, lo abrió con el nombre de *Teatro de Lope de Rueda.* La compañía estaba organizada de modo que cada actor de los principales había de dirigir durante un mes las obras que se estrenaran, para que así fuesen mejor apreciados su intervención en el negocio y su criterio artístico.

Llegado el mes en que había de quedar confiada la dirección á Emilio Mario, hallábase éste una tarde preparando su trabajo, cuando se le presentó Tomás Luceño, sin carta de recomendación ni tarjeta de nadie, diciéndole de buenas á primeras, al mismo tiempo que hacía ademán de sacar un manuscrito del bolsillo:

—He hecho *esto,* y se lo traigo á usted, por si quiere representarlo.

—¿Y qué es eso? ¿Un drama? ¿Una piececita?

—No, señor; un sainete.

—¿Un sainete? repuso Mario, sin poder disimular la sorpresa. ¿Pero un sainete verdadero, á la antigua española?

—Sí, señor: bueno ó malo, no lo sé; probablemente malo, pero sainete desde donde comienza: *el teatro representa*, hasta donde acaba: *perdonad sus muchas faltas.*

—¿Cómo se titula?

—*Cuadros al fresco.*

—¿Y qué es eso?

—Madrid de madrugada...; lo que pasa por las calles á esas horas.

—Si fuera una piececita, no podríamos seguir hablando...: cuarenta tengo en los cajones de esa mesa...; pero un sainete... déjemelo usted.

Tomás Luceño entregó el original y se despidió aturdido de lo que llamaba su buena sombra, cuando no era en realidad sino la consecuencia de haberse fijado, por sus aficiones literarias, en un género injustamente olvidado, y que, en fuerza de ser

algunas piezas en un acto de Ricardo de la Vega, como *Frasquito* y *El perro del capitán*, en que figuraban tipos de tal intensidad cómica, que fácilmente dejaban adivinar el ingenio y el estilo de un sainetero de extraordinarias facultades. *La canción de la Lola, Los baños del Manzanares, Providencias judiciales*, y cuanto Vega siguió estrenando, confirmaron aquella esperanza: *La canción de la Lola* parecía la segunda parte de *La casa de Tócame-Roque*, y su autor un segundo D. Ramón de la Cruz, pero no con casaca chupetín y calzón corto, sino enteramente modernizado. El nuevo sainetero, á pesar de sus instintos profundamente reaccionarios, era un reformista, un innovador.

El entremés y el sainete fueron siempre pintura de tipos cómicos, sueltos, desperdigados, sin lazo de unión, y Vega comenzó á presentarlos relacionados entre sí, como intérpretes de un asunto ó sombra de asunto, añadiendo de este modo á la verdad de las figuras el interés que la acción inspira, por sencilla que sea. Luceño no transige con esto, y aferrado á la tradición, sigue escribiendo sainetes conforme al patrón

antiguo, clásico, si así puede decirse. Se fija en un medio social, en una clase determinada, en una costumbre ó una diversión; escoge los tipos convenientes á su objeto, y los presenta, dibujándolos de una vez, casi aisladamente, sin más unión ni más enlace que su comunidad de origen y las afinidades hijas de su índole.

Gente que madruga ó trasnocha, en *Cuadros al fresco*; miedosos y pillos que quieren librarse de quintas, en *Juicio de exenciones*; tenderos de poco pelo y parroquianos de menos dinero, en *Ultramarinos*; fanáticos por la lotería y los toros, en *¡Hoy sale, hoy!* y *Fiesta nacional*; aduladores y lamerones políticos en *Amén, ó el ilustre enfermo*; cómicos de café en *El teatro moderno* y *A perro chico*; tramposos y cursis en *Carranza y Compañía*, y apasionados de la flamenquería y la juerga, en *Los lunes del Imparcial*: tales son algunos de los tipos que ha trazado con pocos y fieles rasgos, muchos de ellos de mano maestra, prestándoles el lenguaje que realmente usan y teniendo siempre un tacto exquisito y una habilidad extraordinaria para que aun los más ruines desarrapados y bajos salgan de

sus manos tolerables y puedan pisar la escena sin perder originalidad ni carácter; labor mucho más difícil de lo que á primera vista parece, pues dados tales elementos, le es preciso á veces trazar un cuadro artístico limpio y agradable, con figuras repulsivas al buen gusto y contrarias á todo sentimiento de lo bello.

Sainete... sainetón... dicen los tontos en tono despreciativo al salir del teatro, después de haberse reído mucho; y sin embargo, tan raro es hallar quien los haga buenos, que en nuestro rico teatro nacional se cuentan por docenas las comedias excelentes, y son pocos los sainetes de verdadero mérito.

Es el sainete un género literario que consiste en abultar verdades, en acentuar rasgos cómicos, y que no puede apartarse de la realidad ni excederse en la exageración: el sainetero participa del fotógrafo y del caricaturista, retrata desfigurando, y tiene que conservar el parecido; el resultado de su trabajo ha de ser análogo á las imágenes reproducidas por esos espejos ondulados que reflejan los rostros alterando las líneas, pero conservándolas todas. Si alguna forma

dramática exige disposición natural, aptitud ingénita, es el sainete: hace falta poseer un tino particular y delicadísimo para sacar á escena el espectáculo de la imbecilidad humana y las heces de la vida social de modo que traigan la risa á los labios, en vez de causar repugnancia y hastío; y luego de lograrlo, la duración del trabajo no corresponde al esfuerzo que ha costado ni al esmero que ha exigido. Un público compuesto de artistas, no se cansaría nunca de cuanto pudiese contribuir al estudio de las costumbres pasadas; consideraría como un verdadero agasajo el famoso entremés de *la Perèndenga*, de que habla Cervantes, y el de *El alcalde de Navalpuerco*, citado por Covarrubias; pero el vulgo, atento sólo á lo presente, ni se cuida de lo porvenir, ni le importa lo pasado: al cabo de unas cuantas generaciones, ni siquiera lo entiende.

La mayor parte de los sainetes de D. Ramón de la Cruz, que serán siempre delicia de literatos, no impresionan de igual modo al público, que desconoce los tipos, la vida, las instituciones, las modas y las preocupaciones de antaño. El tiempo, que todo lo modifica, cuando no lo destruye, hace que

la parodia, la caricatura y la sátira más oportunas y mejor fundadas en un momento dado, pierdan interés al cabo de unos cuantos años: la frase llena de gracia, el ingenio mas vivo, inspirados por la actualidad, son flor de un día.

El amigo que tuvieron por gracioso nuestros padres, no logra arrancarnos una sonrisa, y lo que hoy nos hace reir á carcajadas, será indescifrable mañana para nuestros hijos; porque no habiendo en el mundo cosa que no sea pasajera y mudable, no puede ser permanente y continuo el efecto de la sátira cuando no tiene por base lo más íntimo y profundo de la naturaleza humana. Del mismo modo que la maja se transformó en manola, y la manola en chula, el pisaverde en lechuguino, y éste primero en silbante y luego en sietemesino y gomoso, hay aspectos, fases enteras de la vida social que, al variar, avejentan los cuadros literarios que los reflejan, dejando pálidos y fuera de juego los sainetes mejor pensados. Hasta las modificaciones que el uso introduce en el lenguaje, contribuyen á ello: ¿quién desentraña hoy, en su totalidad, el sentido y la picardía de los entremeses de

Quiñones de Benavente, ni aun los del mismo Cervantes? Nadie: como nadie comprenderá, de aquí á cien años, ciertas alusiones políticas y ciertas libertades del lenguaje que hoy empleamos. ¿En qué Diccionario irán á buscar los eruditos lo que significa «aguantar la lata,» «dar el timo» y «ser un panoli?»

Tales son la naturaleza, caracteres é inconvenientes del género á que Tomás Luceño se dedicó cuando nadie pensaba en cultivarlo, y en el cual ha sobresalido, obstinándose en conservarle su antiguo molde y su forma primitiva.

Del mérito de los sainetes reunidos en este volumen, juzgará el lector; y seguramente su fallo coincidirá con el del público que los ha visto representar aplaudiéndolos mucho y llenando los teatros de Variedades, Lara y la Comedia.

Quien conozca, aunque sea superficialmente, la vida de Madrid, la verá retratada y puesta en ridículo en estas páginas. Las escenas pintadas por Luceño son, en lo esencial y característico, profundamente reales: traslada, no inventa; copia, no miente. Los tipos parecen en su mayoría arranca-

dos á la calle, á la tienda, al café, al portal, al corredor de la casa de vecindad y á los puestos de los mercados. En sus diálogos palpita ese ingenio madrileño mordaz, insolente, despreciativo, burlón y descreído que para hacer gracia altera la índole de las ideas, trunca el sentido de las frases, varía el significado de las palabras y juega con la estructura del idioma, esgrimiéndolo como un látigo. Mas esta gracia descarada y procaz del pueblo de Madrid está en Luceño atenuada por el buen gusto y el respeto al público: al pasar por los puntos de su pluma, la desvergüenza pierde de su intensidad lo necesario, lo preciso para que pueda tolerarse en el teatro: los instintos del manolo, propios de todo escritor madrileño, quedan en él purificados por la delicadeza personal y la cultura literaria.

Y ahora, dejando á un lado al literato, en lo que al hombre se refiere, forzoso es repetir aquí, á propósito de Luceño, lo que dijimos en el primer tomo de esta colección respecto de Miguel Ramos Carrión. Si estos volúmenes hubieran de venderse sólo en Madrid, no habría necesidad de decir quién es, porque no hay círculo de escritores ni

reunión de aficionados donde no se celebren sus frases, periódico que no publique algo suyo, saloncillo de teatro donde su ingenio no sea elemento de conversación, empresa que no le busque, ni noche de estreno en que no se le vea aplaudir al compañero.

Su porte grave, casi severo; sus largas patillas, que le dan aspecto de banquero injerto en capitán de navío; su fisonomía poco móvil, su modo de hablar calmoso y reposado, dejando caer despacio las palabras, como pesadas antes que dichas; toda su persona, al parecer reflejo de un carácter frío y flemático, forman contraste con la viveza de su entendimiento y la espontaneidad de su gracia. Sentado en el cuarto de un cómico ó paseando en el vestíbulo de un teatro, pudiera tomársele por un señor grave y ceremonioso, obligado á pisar de mala gana sitios reñidos con sus inclinaciones y costumbres: pero en cuanto despliega los labios, la impresión que produce varía por completo. No alardea de chistoso; mas por mucho ingenio que tengan los que le rodean, siempre dice lo que á nadie se le ocurre, sacando partido lo mismo de las flaquezas

humanas que de las imperfecciones ó irregularidades del idioma, con tan rara originalidad, que sus frases corren luego de boca en boca, tomando por derecho propio carta de ciudadanía en el lenguaje pintoresco que emplea la gente de bastidores. Habla poco, no murmura ni maldice de nadie, sus censuras no lastiman, sus burlas no hieren, sus críticas no mortifican, y dice cuanto quiere sin que sus dichos tomen ese dejo amargo que en otros hombres parece vaho de malas pasiones removidas.

Si como hombre es Luceño dechado de amigos y espejo de compañeros, para clasificarle como autor cómico, basta decir que figura en primera fila á la cabeza de nuestros mejores saineteros, en unión del admirable Ricardo de la Vega y del cultísimo Javier de Burgos. Vega es el reformador del género; Burgos el cronista de la burguesía cursi; Luceño el tradicionalista del sainete.

Y basta de prólogo: ahora, lector, vuelve la hoja, empieza á deleitarte con esos saladísimos cuadros de costumbres, y pronto te convencerás de que Tomás Luceño es, por la originalidad de su gracia y lo castizo de

su ingenio, uno de los autores que más han contribuído á la renovación y prosperidad del sainete.

Jacinto Octavio Picón

Madrid, Agosto de 1894.

ADVERTENCIA

Por un error involuntario, se ha estampado *juguete* por *sainete* en el titulado *Cuadros al fresco,* segundo de este volumen.

EL CORRAL DE LAS COMEDIAS

SAINETE ORIGINAL Y EN VERSO

DE

TOMÁS LUCEÑO

Escrito expresamente para la inauguración del Teatro de la Princesa
— 15 de Octubre de 1885 —

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ALDONZA.....	SRAS. LOMBÍA.
MARÍA CHAVES (cómica de sesenta años de edad).....	ZAPATERO.
MARQUESITA.....	STAS. MARTÍNEZ.
LUCÍA.....	MORALES.
MORATÍN.....	SRES. CEPILLO.
DON RAMON DE LA CRUZ.....	AGUIRRE.
DON LUCIANO COMELLA (poeta).	SANCHEZ DE LEÓN
DON CRISTOBAL CLADERA (abate).	ROSELL.
DON ANTONIO.....	COMPTE.
NARCISO.....	MARTÍNEZ.
NICOLÁS (cómico).....	MENDIGUCHÍA.
MARTÍNEZ (ídem).....	GUZMAN.
DON JUAN DE LA CONCHA (poeta).	MUZAS.
CORREGIDOR.....	DELGADO.
AGAPITO.....	VEGA.
ADONIS (alguacil).	LA HOZ.
HOMBRE 1.º...	N. N.
UN ALGUACIL (no habla).....	N. N.

PETIMETRES, PETIMETRAS Y GENTE DEL PUEBLO

La escena en Madrid, 7 de Febrero de 1792.

Empieza la acción á las dos y media de la tarde y termina á las seis.

ACTO ÚNICO

Fachada principal del Teatro del Príncipe en 1792. A cada lado de la puerta principal una ventanilla pequeña con un letrero en la parte

alta de las dos: en el de la derecha, dice: *Despacho de billetes de hombres*, y en la otra: *Despacho de billetes de mujeres*. En sitio oportuno un pequeño cartel anunciando *La comedia nueva ó el Café, de Moratín, por la compañía de Rivera; Sainete de Cruz y Baile, Seguidillas del ole*. En la puerta del Teatro no hay más que un hombre del pueblo recogiendo las entradas que le entregan los espectadores al entrar.

ESCENA PRIMERA

NICOLAS, de cómico pobre.

NICO. ¡Siempre corriendo! No sé
cómo el diablo me la enreda,
que no empiezo á comer nunca
menos de las doce y media;
y por más que me propongo
dejar de dormir la siesta,
en cuanto acabo, comienzo
á sentir una pereza
que, si no duermo una hora,
vamos... soy un hombre á tierra.
Me levanto, y mi costumbre
es ir á dar una vuelta
para oir lo que en las Gradas
de San Felipe se cuenta.
De esta manera me informo
de todas las ocurrencias
que han sucedido en España
y en las Cortes extranjeras,
porque allí se sabe todo
con tal verdad y certeza,
que pensando lo contrario
de lo que la gente aquella
refiere, me entero al punto

de cuanto pasa en la tierra.
Así vengo echando el bofe
á cumplir con mi tarea;
porque ya habrán comprendido

al ver mi facha y mi fecha,
que soy cómico de oficio,
que á mi pobre faltriquera
le faltan siempre ocho reales

para tener dos pesetas,
y que tengo obligación
de vender, si hay quien los quiera,
asientos de barandilla,
gradas, palcos y lunetas,
y que muchas tardes hago
un papel en la Comedia.
Si por desventura silban
la que esta tarde se estrena,
por más que es de Moratín,
que sabe lo que se pesca,
se acaba la compañía
y comienza la miseria,
no teniendo otro remedio,
por más que me cause pena,
que colocarme un anuncio,
que diga en letras muy gruesas:
"Aquí se alquila un estómago
con asistencia ó sin ella."
Vamos al despacho. ¡Apolo,
ten de nosotros clemencia!
¡Si consigues que hoy aplaudan
de Moratín la Comedia,
te regalo dos asientos
para que bajes á verla!

ESCENA II

MARIA CHAVES, vestida con elegancia exagerada y cursi; LUCIA y MARTINEZ.

MART. Yo no vuelvo con vosotras
á ninguna parte ¡ea!

En peinaros solamente
tardáis tres horas y media.

MARÍA. De mí, en rigor, te aseguro
que no puedes tener queja.
Mujer que menos se arregle
que yo, no la hay en la tierra,
pues siempre sa'go á la calle
como estoy en casa.

LUCÍA. Apenas
he hecho esperar: habéis ido
á casa á las once y media,

y á las dos y diez minutos
ya me teníais compuesta.
Hoy es día de venir
al teatro de etiqueta.
Como que se hace una obra

del mejor de los poetas,
según él mismo asegura,
aunque no haya quien lo crea.

MARÍA. Pensar que hoy á don Leandro
de Moratín y otras hierbas,
van á arrimarle una silba
descomunal y estupenda,
es una satisfacción
para mí, de las primeras.

MART. ¡Qué pensamientos tan ruines,
mujer! Y si la comedia,
como puede fácilmente
suceder, está bien hecha
y merece aplauso, ¿á qué
esa intención tan perversa?
Ya ves, yo soy director
del otro Corral, y fuera
muy razonable querer
que silbaran la comedia.
Pero si el hombre, en efecto,
vale, y el arte prospera,
todos á la vez ganamos.

MARÍA. ¡Manuel, no digas simplezas!
No puede tener talento...
y voy á darte una prueba.
Cuando llevó á tu teatro
su detestable comedia
El viejo y la niña, y quise
hacer yo, por ser mi cuerda,
la dama joven, me dijo
manifestando sorpresa:
¿Cómo pretende usté hacer

un papel que representa
una niña candorosa,
inocente, pura y bella
de quince años? Eso es
bien claro llamarme vieja.
Y el hombre que me calumnia
de tan inicua manera,
no puede tener ni chispa
de talento en su cabeza.
¡Ofenderme á mí, á una cómica
de mi nombre y de mis prendas;
á mí, á María Chaves
la Zoronguita! En Vallecas,
por mi gusto, habían de oirse
los silbidos que le esperan.

LUCÍA. Mi padre, que es el mejor
de todos nuestros poetas
(y yo lo sé porque él mismo
me lo dice con frecuencia),
sostiene que Moratín
es muy duro de mollera;
como que tarda dos años
en hacer una comedia;
y mi padre en cuatro noches
compone cinco tragedias.
Anoche, sin ir más lejos,
estaba el pobre de vena,
¡y si no es por mí concluye
dos óperas de las serias!

MART. ¡Por tu culpa! ¿Pues qué hiciste?

LUCÍA. Es en él costumbre añeja
dictarme desde la cama;

apaga la luz y cierra
los ojos; yo en la otra alcoba
coloco tintero y mesa,
y escribo lo que me dice...
y corrijo alguna escena. (Con petulancia.)
A la una empezó á dictarme,
y á eso de las cinco y media,
me preguntó: ¿dónde vamos?
Yo dije: donde usted quiera,
pues me he quedado dormida
y no he escrito ni una letra.
¡Si no me encierro en mi cuarto,
no me atiza mala felpa!

MART. ¡Pues, mira, razón tenía!
¡La partida es de las buenas!
Yo no niego que es tu padre,
el buen Luciano Comella,
una notabilidad
en las artes y en las ciencias;
conforme digo una cosa
digo otra.

MARÍA. ¿Y en las lenguas?
Sobre todo el italiano,
no hay quien como él lo posea.

LUCÍA. ¡En el idioma del *Diantre*
no cede el puesto á cualquiera!
(Entran en el Teatro.)

ESCENA III

DOÑA ALDONZA, EL CORREGIDOR, ADONIS, de alguacil, y Alguacil 2.° Aquel muy feo, con semblante de idiota.

ALD. Corregidor, yo supongo
que en la tarde que te espera

darás de tu discreción
y talento clara muestra.

Hoy habrá toros y cañas
en el coliseo; gresca,
silbidos, voces, insultos,

provocaciones, pendencias,
y todos aquellos medios
que el vulgo soez emplea,

siempre que aparece un genio
que se opone á sus tendencias.
Los chorizos y polacos
tienen la lucha dispuesta,
unos en favor, y otros
en contra de la comedia
de Moratín. Con que á ver
cómo te portas. Es fuerza
que para que el rey don Carlos
(El Corregidor y Adonis se quitan el sombrero.)
que sabiamente gobierna
el reino, vea que tú
tienes valor y entereza,
lleves por lo menos hoy
á la cárcel ciento treinta.

CORREG. Sabes que cuando presido
el Corral de las Comedias,
hay orden, pues no me aparto
del plan que tú me aconsejas.
Tus principios y virtudes,
y otra infinidad de prendas
que te adornan, son mi guía
en el cargo que á la excelsa
bondad de don Carlos cuarto
(que Dios conserve y proteja),
(Vuelven á descubrirse el Corregidor y Adonis.)
he merecido hace tiempo,
por más que yo indigno sea
de tal honra...

ALD. ¡Indigno, no!
que el que unido á mí se encuentra
en matrimonio, no es mucho

que por tal razón merezca
los puestos más elevados
de la nación. Considera
que yo soy, como no ignoras,
legítima *descendienta*
de la casa de Quirós,
después de Dios, la primera.
Tanto, que en Semana Santa,
juzgo, con razón completa,
que, muerto Dios, como está
vacante su trono, es fuerza
que á mi casa corresponda
el mando de cielo y tierra.

CORREG. ¡No lo dudo!

ALD. ¡A ver, Adonis!

(Adonis se aproxima y va echando en los pañuelos, que sucesivamente le presenta doña Aldonza, las esencias que ésta indica.)

Echa aquí un poco de esencia
de clavel. Aquí, de rosa,
y en éste un poco de menta.
No te apartes de mi lado
por lo que ocurrir pudiera.
(Aparte.) ¡Qué guapo es! ¡Me enamora
su semblante y su presencia!

CORREG. A Juan, que no se menee
con el coche.

ALD. ¡Espera... espera!

(Deteniendo á Adonis, que ha intentado marcharse.)

(Al Corregidor.) Se me ha olvidado decirte
que he dispuesto que se vuelva
para asistir al entierro

del conde de Hierbabuena.
Ya que tú no puedas ir
por tus urgentes tareas,
que al menos te representen
el cochero y las dos yeguas.
Es lo mismo.

CORREG. Ciertamente:
¡ellos suplen mi presencia!
¡Corregidora, mi brazo,
que ya la hora se acerca!
(A Adonis.) Con que, á prender; cuantos más
cojáis, mayor recompensa.
Quiero que haya en el teatro
más silencio que en la iglesia.
(Entran en el coliseo. El hombre que está á la puerta hace una profunda reverencia.)

ESCENA IV

DON CRISTOBAL, de abate, DON LUCIANO COMELLA y JUAN DE LA CONCHA.

CRIST. Moratín es un babieca:
¡si no sabe ni la *a!*
Lo diré todo: ayer tarde
me aseguró don Cleofás
en casa de la marquesa
viuda de Madagascar,
que es traducción su comedia
de un drama antiguo alemán.

COMELLA. ¡Sí, traducción!

CONCHA. ¡Traducción!

COMELLA. Si él no tiene habilidad,
si él no sabe, si él no ha sido
de nuestro corro jamás,
ni nunca nos ha traído
sus obras á examinar.

CRIST. Si yo quisiera decir

lo que... pero bueno está.

COMELLA. ¡Oiga! ¿Pues qué ha sido? Vaya,
díganos usted...

CRIST. No tal.
No. Yo le estimo y no quiero
que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible. Soy
filósofo y tengo ya
escritos catorce tomos
que tratan de humanidad,
beneficencia... Si ustedes
me prometieran callar...
(Le rodean todos con mucho misterio.)

CONCHA. Hable: un secreto entre tres
es muy fácil de guardar.

CRIST. Pues bien... Señores, el caso
es que ese cisne inmortal,
imprime lo que no es suyo,
todo es hurtado y... ¡qué más!
sus comedias celebradas
que tanta guerra nos dan,
son obras de un religioso
de aquí, de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(nunca el fraile hiciera tal),
no se las quiso volver,
murióse el fraile, y andar...

COMELLA. Lo que yo no le perdono
y no olvidaré jamás
es que ha llegado á creerse
(¡si no lo quiero pensar!)
¡que es superior su talento
al mío!

TODOS. ¡Qué atrocidad! (Con asombro cómico.)

CRIST. ¿Pero eso es cierto?

COMELLA. ¡Certísimo!
Decid: ¿cuándo llegará
á escribir una comedia
con un argumento igual
á aquella que yo compuse,
La defensa de Milán,
ó por otro nombre: *Siempre*
es heroico y leal
contra su sangre y su raza
por la patria pelear.

CRIST. ¿Pues dónde me deja usted
mi tragedia de años ha?
El título solamente,
hace á un poeta inmortal:
La mujer más penitente
espanto de caridad;
la hermana más venerable
de la Iglesia universal,
correspondiente á la orden
tercera de San Froilán,
hija de humildes pastores,
pero ejemplo de piedad,
perseguida de magnates
y nacida en Alcalá.
¿Se acuerda usted como acaba?

COMELLA. ¡No me tengo de acordar!

CRIST. Bajando desde los cielos
en nubes de oro y cristal
la santa. Y cuando se encuentra
del espacio á la mitad,
entona en voz muy suave
la seguidilla final

pidiendo perdón y aplauso
por tanta barbaridad.
(Movimiento de extrañeza en los otros dos.
Me he equivocado, señores.
¡Por tanta incomodidad!...

CONCHA. ¿Y á mí en el género cómico
hay quien me pueda igualar?
Ayer acabé una pieza
que se denominará:
Los toros salamanquinos
son muy malos de lidiar.
Sale la plaza y se corren
seis..., pero seis de verdad.
El asunto es de primera,
y como llegue á gustar
la tal obrita, es seguro
que muchos me imitarán.

COMELLA. En fin, que somos los tres
personas de calidad,
y que tenemos derecho
indudable á murmurar
de Moratín: ¡pues nos sobra
mérito y autoridad!

CRIST. Yo he pagado cien personas,
cuya misión es gritar
desde la primera escena
hasta después del final.

COMELLA. Perfectamente, me alegro:
la cuestión es evitar
que la comedia se acabe,
y hacer que la autoridad
ponga mano en el asunto;

y viendo que el principal
autor de ello es Moratín,
le prenda, y sin más ni más,
le destierre á lo más lejos
de España... á Ciudad Real,
que para volver de allí
trabajo le ha de costar.
(Se oyen aplausos en el teatro.)

CONCHA. ¿Qué ruido es ése? Escuchemos.
(Se aproximan los tres á la puerta del teatro y escuchan con gran curiosidad.)

COMELLA. Oigamos. ¡Qué atrocidad!

CRIST. ¿Eso es que aplauden, muchacho?

HOMB. 1.° (Con ironía.) ¡Con las manos nada más!

CRIST. ¡Imposible, á no estar locos!

CONCHA. Entremos.

HOMB. 1.° Se acabó ya
el primer acto.

CRIST. ¡Aún es tiempo;
en el segundo caerá! (Éntranse.)

ESCENA V

AGAPITO, humildemente vestido.

AGAP. Ya se acabó el primer acto,
y voy corriendo á la celda
del padre Estala, que allí
sé que don Leandro espera
que le lleven la noticia
de si gusta su comedia.
Le voy á dar un abrazo,

un beso, un tirón de orejas,
porque no he visto en mi vida
una cosa más perfecta.
¡Qué don Hermógenes! ¡Vamos,
si hace reir á las piedras
con aquellos latinajos
que á cada momento suelta.
Don Eleuterio, no hay duda,
es don Luciano Comella,
con sus dramas terroríficos
y espeluznantes tragedias.
¿Y el tal don Pedro? ¡Qué hombre,
con qué talento se expresa!
Y aquel infeliz mancebo,
mozo del café. . ¡Qué acémila!
¿Pues no dice que él también
querría escribir tragedias?
¡Qué zopenco! Y vaya un nombre,
Pipí-Pipí. ¡Qué rareza!
Ese nombre no es cristiano.
(Reflexionando un momento.)
Pues, señor, vamos á cuentas,
que puede ser... ¡Yo me llamo
Agapito! La comedia
se supone en un café,
y, según todas las señas,
es el de San Sebastián,
donde yo sirvo. (Alarmado.) ¡Canela!
Ahora recuerdo que siempre
que don Leandro allí entra,
me dice, Agapipi, buenas
te las dé Dios. Nunca emplea

para llamarme mi nombre,
como Cristo nos enseña.
Luego es decir, que Pipí,
¡aquel sandio, aquel babieca,
soy yo! Eso no está bien;
una broma así es muy seria.
Voy á decirle ahora mismo
que quite de la comedia
ese personaje, y que
todo el público celebra
su obra; pero le enfada,
y contra ello protesta,
que se burle de un sujeto
de tan estimables prendas.
(Vase por la derecha.)

ESCENA VI

DON CRISTOBAL, COMELLA y JUAN DE LA CONCHA

CRIST. Esto ya no puede ser.
CONCHA. Para esto ya no hay paciencia.
COMELLA. Aplauden el primer acto,
que no vale una peseta,
y al hacer la tonadilla,
que en su género es perfecta,
como escrita por nosotros
y mi hija, se arma gresca,
y de los palcos y gradas,
del patio y de la cazuela,
gritan como descosidos,
y silban que se las pelan.

CRIST. Envidia. Conspiración
de Moratín. ¡Nos detesta!
Señores, una pregunta:
¿Somos ó no buenos poetas?
¿Tenemos ó no talento?

COMELLA. ¡Muchísimo! ¿Quién lo niega?

CRIST. Pues á realizar el último
esfuerzo; que aún nos queda
el acto segundo. En él
lograremos que perezcan,
hundiéndolos para siempre,
Moratín y su comedia.
Recorramos velozmente,
ya que nos coge tan cerca
las Gradas de San Felipe,
la Fontana y Covachuela,
y traigámonos de allí,
con halagos y promesas,
cuanta gente se halle á mano,
con la condición expresa
de que hoy en el teatro
armen la marimorena.

COMELLA. ¡Aprobado!

CONCHA. Es excelente,
y como de usted la idea.

COMELLA. Si hay que dar dinero, eso
correrá de vuestra cuenta.

CRIST. Usted lo paga, no es cosa
de cumplidos la materia. (Vanse deprisa.)

ESCENA VII

MORATÍN y AGAPITO

MORAT. ¿Conque dices, Agapito,
que la obra va gustando?
AGAP. Sí, señor; y ha habido vivas,
elogios y mucho aplauso;
y siempre que los chorizos
querían armar escándalo,
con protestas sofocaban
sus gritos desaforados.
La aprobación es completa.
MORAT. Bien sabe Dios que trabajo
por ennoblecer el arte,
lleno de fe y entusiasmo;
y si algún día consigo
que se levante el teatro
de la postración en que
Comella y sus partidarios
le tienen, no habrá en el mundo
hombre más afortunado
que yo.
AGAP. Señor Moratín,
le voy á ser á usted franco;
hay solamente una cosa
que creo que no ha gustado.
MORAT. Dime cuál es, y te ofrezco
que he de quitarla en el acto,
pues del público los juicios
los respeto y los acato.

AGAP. Me refiero al personaje
de Pipí... pues todo el patio
ha comprendido al instante
que soy yo, y como es tan bárbaro
y dice tantas sandeces,
y yo soy más ilustrado,
el público ha comprendido
que está mal hecho el retrato.
Quite usté ese personaje,
y apuesto diez contra cuatro
á que así queda su obra
un trabajillo acabado.

MORAT. ¡Pobre Pipí! No te ofendas
y entremos, que ansío tanto
ver el término dichoso,
ó tal vez el desgraciado
de mi obra, que no me deja
respirar el sobresalto.

AGAP. Vamos allá, que muy pronto
concluirá el segundo acto... (Yéndose.)
Pero, no le dé usted vueltas,
ese personaje es falso. (Entran en el teatro.)

ESCENA VIII

LA MARQUESITA, del brazo de NARCISO, ambos muy petimetres y compuestos y DON ANTONIO, bien vestido.

NARC. Te digo que estoy en brasas
y abochornado, Marquesa.
¡Pedro Romero... el espada
más famoso de la tierra,

hallarse postrado en cama
hace ya semana y media,
y aún no haberle visitado!...
¡Vamos, es una vergüenza!

MARQ. Tú no le has faltado en nada,
pues yo he suplido tu ausencia,
estando por tarde y noche
sentada á su cabecera,

dándole las medicinas,
consolando su tristeza
y leyéndole á ratitos,
á fin de que se durmiera,
la historia de Carlos quinto
en latín.

NARC. Bueno; pero esa
caridad y buen cuidado
por tu parte, no compensan
el placer que al gran torero
le he de dar con mi presencia.
Luego, el diablo del Obispo,
mi tio, me tuvo en Cuenca
ocupado en sus negocios
más de lo que yo quisiera;
pero al saber la catástrofe,
busqué un coche de colleras,
me puso al punto en camino,
y en jornadas de tres leguas
sin detenerme á comer,
ni á cenar, ni á dormir siesta,
con la rapidez del rayo
en dos semanas y media
me puse en Madrid. ¡Ya ves
cuál sería mi impaciencia!

D. ANT. Señores, yo también soy
aficionado á las fiestas
de toros, y de Romero
soy un amigo de veras;
pero esta tarde no puedo...
vengo á ver una comedia
que, según lo que se dice,

es una obra maestra,
y siento no acompañarlos...
Luego iré...

NARC. ¿Tienes vergüenza?
¡La salud del gran discípulo
de Costillares, te inquieta
menos que el ver una obra
de Moratín!

MARQ. ¡Qué rareza!
Si el gran Romero sucumbe,
¿quién en su lugar nos queda?
Y, en cambio, si á Moratín
se lo llevase pateta,
¿faltarían escritores
para hacer malas comedias?

NARC. No he visto en mi vida un hombre
tan mezquino en sus ideas.
Presumes de sabio, y eres
una nulidad completa.

MARQ. Como que al fin pertenece
á la honrada clase media,
que no se distingue en nada,
ni brilla en ninguna esfera.

NARC. Aprende de mí, que soy
el encanto de la buena
sociedad, y en todas partes
me aplauden y me celebran.
Dilo tú, que eres testigo:
¡con qué gracia y gentileza
bailé la gavota en casa
de nuestra ilustre parienta!
¡Qué sextas y qué trenzados,

qué elegancia en las piruetas!
Chico, no me da rubor;
lo confieso sin vergüenza:
no sabré si "hacer„ se escribe
con h...

MARQ. ¡Hombre, sin ella!

NARC. Bueno: por eso te digo
que lo ignoro, y no me pesa.
Yo no sabré matemáticas,
yo no entenderé de letras,
que sólo sirven de estorbo
y dan dolor de cabeza;
pero á bailar minuetes,
á poner juegos de prendas
y tener siempre al dedillo
con exactitud perfecta
el curso fiel de las modas
nacionales y extranjeras,
te aseguro que, sin miedo,
se las apuesto á cualquiera.

D. ANT. (Voy á divertirme un rato
á costa de esta pareja.)
Vamos, me doy por vencido
y me confieso un babieca.
Pero no acompaño á ustedes
á esa visita funesta
porque... (Afligiéndose por grados, pero cómicamente.)
¡Si no puedo hablar,
si me embaraza la pena!...
El ilustre enfermo... ¡Oh cielos!
¡Es muy fácil que ya sea
espíritu que á este mundo

pérfido no pertenezca!

NARC. (Horrorizado.) ¡Qué dices! ¡Ha muerto acaso!

MARQ. ¿Y tienes alma tan negra
que nos das esa noticia
sin prepararnos siquiera?

D. ANT. No sé si será verdad:
al menos eso se cuenta.

NARC. No perdamos un instante.

MARQ. ¡Ay Virgen de la Almudena!
Si la vida tan preciosa
de Romero me conservas,
te ofrezco ayunar tres meses
y hacerte quince novenas.
(Vanse precipitadamente.)

ESCENA IX

DON ANTONIO

D. ANT. ¡Cómo van! Se lo han creído.
(Riéndose á carcajadas.)
Cuando sus padres se mueran,
de fijo no llorarán
su muerte con tanta pena.
¡Oh pueblo de pan y toros,
Dios te dé lo que merezcas!
(Se dirige al teatro, y D. Ramón de la Cruz le sale al encuentro.)

ESCENA X

DICHO y DON RAMÓN DE LA CRUZ.

D. RAM. ¿Adónde va don Antonio?

D. ANT. Bien claro está, á la Comedia.
D. RAM. ¡Voto al diablo! Y á qué hora
vuestra merced se descuelga.
En este momento acaba.

D. ANT. ¡Por vida del... Esos babiecas
me han detenido diciendo
necedades y simplezas.
¿Y qué ha pasado? ¡Por Dios,
dígalo al pie de la letra!

D. RAM. Aprobación, entusiasmo,
delirio: la tal comedia
será, mientras haya mundo,
gloria y honor de la escena.
¡Qué sencillez de argumento,
Don Antonio! ¡Qué belleza
en el diálogo! ¡Qué tipos
todos los que allí presenta!
Ninguno de ellos parece
personaje de comedia,
pues son, hablando y sintiendo,
la misma naturaleza.
Lucha ha habido; pero al fin
la victoria ha sido nuestra.

D. ANT. ¡Ay, don Ramón de la Cruz,
qué alegría tan inmensa
recibo!

D. RAM. ¡Ya se acabaron
las tremebundas tragedias
de princesas deshonradas,
de muertos, de sangre y guerra!

D. ANT. Y ya podremos traer,
sin que el decoro padezca,
nuestras hijas al teatro.

D. RAM. ¡Sí, señor, y á nuestras nietas!
Moratín, con su talento
señala una nueva senda,
y desde hoy el teatro
será imagen verdadera
y exacta de las costumbres
de la sociedad moderna;
y criticará sus vicios

y ensalzará sus grandezas.

D. ANT. ¡Un abrazo, pues los dos
pensamos de igual manera!
¡Viva Moratín!

D. RAM. ¡Que viva!
¡Y al que le pese, que muera!

(Empieza á salir más gente del teatro, y entre ellos el Corregidor, doña Aldonza y Adonis con Alguaciles.)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA ALDONZA, CORREGIDOR, ADONIS y ALGUACILES. DON RAMON y DON ANTONIO tropiezan con ellos, que salen del teatro.

CORREG. Señores, vayan con Dios.
¿Qué dicen de la comedia?

D. RAM. Que nos ha maravillado.

ALD. Un poco de inexperiencia
y languidez. No es extraño
en un escritor que empieza.
Yo creo que si se aplica,
es fácil que haga carrera.
Por supuesto, se ha salvado
esta tarde su comedia,
porque he venido con éste
á ejercer la presidencia.
A todo aquel que gritaba
le mandaba mi pareja
de alguaciles, y á la cárcel.

CORREG. Entre varones y hembras
ciento siete.

ALD. ¿Ven ustedes?

Así el orden se conserva
en cualquier parte. ¿Y aquel
embozado hasta las cejas
que gritaba: "que fusilen
al autor de esta comedia„
le has cogido?

ADONIS. Sí, señora. (Turbado.)

ALD. ¡Pues traedlo á mi presencia,
que quiero saber quién es
y echarle una reprimenda!
Ustedes serán testigos.

D. RAM. Y
D. ANT. } Estamos á la orden vuestra.

ADONIS. (Aparte.) Le cogí, pero el tunante
me propinó tal puntera,
que me hizo caer de bruces,
y se escapó; mas es fuerza
á fin de que no me quiten
el destino, irme á la puerta
del patio, y al primerito,
sin reparar en quien sea,
le echo la garra, y lo traigo
cogido por las orejas.
(Vase en dirección al teatro; tropieza con Moratín que sale, y le coge de un brazo, después de los versos que siguen.)

ALD. (Al Corregidor.) A este muchacho le debes
dar hoy una recompensa.

ADONIS. Aquí está. (Presentando á Moratín.)

MORAT. ¡Bárbaro, suelta!
¡Corregidor!

CORREG. ¡Moratín,
mil veces enhorabuena!
Retiráos. (A Adonis y Alguaciles.)

ALD. ¡Te has lucido! (A Adonis.)
¡Quítate de mi presencia!
(Vánse Adonis y Alguaciles.)

ESCENA XII

DICHOS, menos ADONIS y Alguaciles.

CORREG. ¡Reciba usté el parabién,
es usted un gran poeta!

ALD. Su producción no parece
la de un escritor que empieza.
Allí se ven grandes dotes,

y sobre todo experiencia.
MORAT. Gracias, señores.
CORREG. Ahora

cuidado con que se duerma
en los laureles y... á otra. (Dándole la mano.)

ALD. A otra que valga más que ésta. (Vanse.)

ESCENA XIII

Salen izquierda DON CRISTOBAL, DON LUCIANO y JUAN DE LA CONCHA, seguidos de alguna gente del pueblo.

LUC. (Abrazando á Moratín.) ¡Vítor, Moratín! Celebro
la ovación. ¡Obra maestra!

CRIST. Con toda el alma me alegro.

CONCHA. Eso es escribir comedias.

CRIST. Hemos aplaudido todos
á rabiar; mire la muestra,
las manos despellejadas (Enseñando las manos.)
y con la garganta seca
de gritar: (Atragantándosele la frase.)
¡Viva el autor!
Es que ahora, aunque quisiera,
no puedo decirlo.

MORAT. (Aparte á Cruz.) ¡Es claro,
la envidia que se lo veda!

CRIST. Al corral hemos traído
pagadas más de doscientas
personas para que aplaudan
su ya famosa comedia.
Esto le dará á entender
nuestra amistad verdadera.

MORAT. Estoy muy agradecido.

LUC. Voy á hacerle una advertencia,
que supongo atenderá,

pues no soy lego en la escena.
El final debe variarlo.

MORAT. Usted dirá.

LUC. No me llena
lo de que don Eleuterio
de ser autor se arrepienta.
Debe disparar se un tiro
y morir.

MORAT. ¡Muy buena idea! (Con ironía.)

COMELLA. La hermanita, envenenarse,
y la mujer del poeta,
meterse monja: y el otro,
don Hermógenes, que sea
el que quede contemplando
los cadáveres en tierra,
y aproximándose al público
le diga: ¡qué consecuencias
arrastran los que ambicionan
apartarse de su esfera!
(Todos los que le oyen dan señales de aprobación.)

MORAT. ¡Mil gracias: desde mañana
el final de mi comedia
será ése!

D. RAM. ¡Ya lo creo!
que don Luciano Comella
sólo habla para decir
filosóficas sentencias.

LUC. ¡Ya lo ve usté, en un instante
he improvisado la escena!

ESCENA XIV

DICHOS, MARQUESITA y NARCISO, que vuelven muy contentos.

MARQ. Plácemes y enhorabuenas
(Colocán tose en medio de todos.)
recibamos, pues á todos

por igual nos interesan
los bienes que sobre España
Dios esparce á manos llenas.

NARC. No olvidaré yo este día.

MARQ. ¡Estoy loca de contenta!
Moratín, venga un abrazo.
Otro el abate Cladera.

NARC. Hombre, no apriete usted tanto.
(Interponiéndose.)

CRIST. Si pertenezco á la iglesia
y no importa.

NARC. Por lo mismo.

MORAT. ¿De modo que usted también
ha asistido á mi comedia?

MARQ. No tal: ¡buena estaba yo
esta tarde para fiestas!
¡Es que Romero se hallaba,
como quien dice, á las puertas
de la muerte, y fuera ya
de todo riesgo se encuentra!

NARC. ¡Se ha salvado!

MORAT. ¡Lo celebro!

NARC. (Con énfasis.) ¡La noticia es de primera:
¡Señores: sangre española
corre por todas mis venas,
y mientras Dios nos conserve
á don Luciano Comella
para hacer obras dramáticas,
que ilustran tanto la escena;
y á Romero toreando
con valor y gentileza,
no envidio á ningún país

de todos los de la tierra!
Vámonos. (A la Marquesita y á los demás.)

LUC. Es usté un sabio.
(Dándole un golpecito en el hombro.)
¡Moratín, chúpate esa!
(Vánse todos, excepto Moratín, don Antonio y don Ramón, que los ven alejarse con amargura.)

ESCENA ULTIMA

MORATIN, DON ANTONIO y DON RAMON DE LA CRUZ.

MORAT. Con ver á ese currutaco,
á su ilustre compañera,

al abate don Cristobal
y á don Luciano Comella,
puede usted decir que ha visto
á la sociedad moderna.
Esos tipos dibujados
con exactitud perfecta,
mezclados con los manolos
y chisperos en sus fiestas;
los Grandes, enamorando
con ridiculas finezas
á las manolas, que siempre
los humillan y desdeñan.
Todo este cuadro, el buen Cruz
en sus obras nos presenta,
con tanta verdad y gracia
que, aunque en la forma modesta
de sainetes, cumplen siempre
la misión de la comedia,
que es deleitar enseñando;
él dice á su pueblo: "observa;
todos éstos son tus vicios
y tus virtudes son éstas;
mis sainetes, son tu espejo:
si al verte en él te avergüenzas,
no me eches á mí la culpa;
tus desaciertos enmienda,
y yo te presentaré
digno de alabanza eterna."

D. RAM. ¡Don Leandro, su cariño
le hace hablar de esa manera!

MORAT. ¡Mi cariño y la justicia!
Buen Cruz, á mis brazos venga

que si Madrid hoy prodiga
elogios á mi comedia,
lo debo á usted, pues sus obras
me inspiraron, y la senda
del teatro nacional
me enseñaron todas ellas.

D. RAM. (Muy contento y abrazando á Moratín.)
Dios le premie y le bendiga
por frases tan lisonjeras.
De aquí á la botillería
de Canosa, que está cerca,
yo convido á refrescar
á cuanto usarcedes quieran,
no pasando de seis reales,
se entiende.

D. ANT. ¡Brava ocurrencia!
(Van á marchar, y los detiene don Ramón.)

D. RAM. Pero antes, justo es decir
lo que en todo fin de fiesta.
(Quitándose el sombrero y dirigiéndose al público:)
Aquí se acaba el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

Tomás Luceño

CUADROS AL FRESCO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO

Estrenado con aplauso en el Teatro de Lope de Rueda,
el 31 de Enero de 1870.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA RITA (viuda).....	SRAS. SAMPELAYO.
DOÑA RAMONA (cuca).....	HIJOSA.
ELOISA.....	GUTIÉRREZ.
NICOLASA (verdulera).....	CRUZ.
MATILDE.....	ALVAREZ.
ANSELMA (criada).....	SIERRA.
CESANTE.....	SRES. MARIO.
DON TADEO.....	PIZARROSO.
MANOLILLO (jornalero).....	MORALES.
ABELARDO.....	OSORIO.
UN INVÁLIDO.....	ALISEDO.
SALCEDO.....	BENETTÍ.
DON CORNELIO (esposo de doña Ramona).....	RUIZ (D. M.)
ANDRÉS.....	FUENTES.
UN CRIADO.....	BENEDÍ (D. R.)
COSME (cafetero)..	BARDO.
AGENTE DE POLICÍA.....	RUIZ (D. E.)
BARBERO.....	SEDANO.
UN CIEGO.....	ESPEJO.
UN SERENO.....	BENEDÍ (D. V.)
UN PILLUELO.....	RÓDENAS (niño de doce años de edad).

JUGADORES, CUCAS Y GENTE DEL PUEBLO

La escena en Madrid: época, la actual.

ACTO ÚNICO

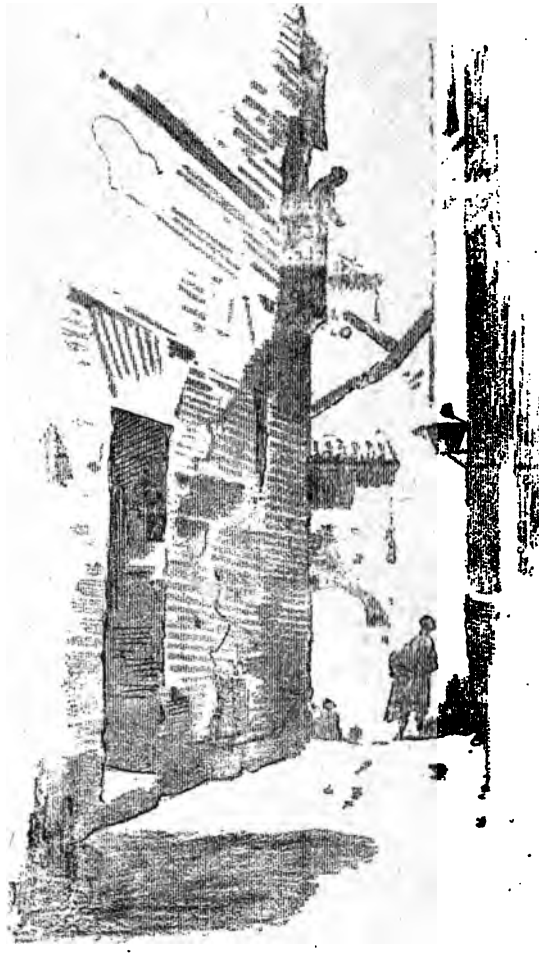
Calle. En el fondo una casa con un balcón, en cuyas vidrieras se refleja bastante claridad; á la derecha, primer término, otra casa con balcón también, y á la izquierda, segundo término, un puesto de café, aguardiente y buñuelos. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ELOÍSA, en el balcón de la casa de la derecha; ABELARDO, en la calle; el SEÑOR COSME arreglando el puesto, y el SERENO sentado y dormido en el dintel de la puerta de la casa de enfrente. Antes de empezar el diálogo, se oyen por breves instantes los ronquidos del Sereno.

ABEL. Sí, Eloísa, te confieso
que te adoro con delirio.
ELOISA. ¡Y yo á ti! Si comprendieras
cuánto, te quedabas bizco.
ABEL. Entonces no me lo digas,
que sentiría muchísimo
me ocurriera tal desgracia;
guarda el secreto. (Breve pausa.)
ELOISA. (Suspirando.) ¡Ay, bien mío!
ABEL. (Idem.) ¡Ay, encanto de mi alma!
ELOISA. ¿Por quién suspiras?
ABEL. Suspiro
por tu amor (y por mi capa:
no puedo con este frío;

me voy á quedar más tieso
que un lacayo de servicio).



Mira ¿no crees prudente.

puesto que ya hemos tenido
un ratito de palique,
que me marche? Son las cinco...

ELOISA. Sospecho que no me quieres,
que estás mal al lado mío.
¡Ingrato! Te estás burlando
de mi amor; lo he conocido.
Sé que tienes otra novia;
sí, lo sé, porque te han visto
la otra noche en Capellanes
con ella; tú ibas vestido
de oso blanco, ella de monja,
con un manto muy raído,
y más viejo que el pedir
prestado.

ABEL. ¡Vuelta á lo mismo!

ELOISA. Abelardo, ¡eres un pez!...

ABEL. ¡Eloísa! Ya te he dicho
mil veces que á nadie quiero
más que á ti.

ELOISA. Pues yo imagino
que no, porque hace tres meses
tienes amores conmigo,
y aún nada me has hablado
de matrimonio ¡clarito!
¿Qué, crees que soy yo tonta?
Pues no lo soy, hijo mío.
Y debo advertirte ahora,
que si no estás decidido
á casarte, te retires
con la música á otro sitio.

ABEL. Pero, hija mía, ¡por Dios!

ELOISA. Si vienes con fin torcido,
nada lograrás, que soy
honrada: ¡nací en Trujillo!...

ABEL. Deja al menos que termine
la carrera.

ELOISA. No es preciso:
es tanto lo que te quiero,
que con gusto me resigno
á que tus padres nos tengan
en su casa...

ABEL. Un sacrificio
es ese que me demuestra
que sientes por mí un cariño...

ELOISA. ¿Cuándo acabas la carrera?

ABEL. Muy pronto: me faltan cinco
años; mas ya sabes tú
que soy un muchacho listo,
y en un año estudiar puedo
todo lo que otros en cinco.

ELOISA. Bien, esperaré ese tiempo,
y si una vez transcurrido
no me cumples tu palabra,
sin más ni más *te suicido.*

ABEL. ¡Qué barbaridad!
(Se oye dentro ruido, y Eloísa escucha un breve rato.)

ELOISA. En la alcoba
de mi padre siento ruido...
Y anda en la mesa de noche...
Hasta luego, Abelardito.
Ya lo sabes, ve al Café
de Madrid, al mismo sitio
de siempre, con disimulo

te haces el encontradizo,
pagas la cena á mamá
para que no esté de hocico,
y no dudes un momento
de mi amor...

ABEL. Oye, ángel mío.

ELOISA. ¡Ahora me voy á ganar
la gran paliza del siglo! (Se retira Eloísa.)

ABEL. Súfrelo todo por mí.
Hasta luego...

UNA VOZ. (Dentro, que figura ser la del padre de Eloísa.)
¡Adiós, cernícalo!

ESCENA II

DICHOS, menos ELOÍSA.

ABEL. El día que me le encuentre
en la calle, le santiguo.
¡Es un padre este papá,
de padre y muy señor mío!
Y la niña no es maleja,
pero ya desde que ha dicho
que pensemos en la boda,
me gusta menos; y opino
por dejar el puesto á otro
y largarme. Sí, está visto:
en amor soy desgraciado...
Siete novias he tenido
en tres meses, y á las siete
se les ocurrió lo mismo.
El padre de ésta es un hombre

que debe de ser muy listo;
me vió una vez, y al instante
á fondo me ha conocido.
Dice que soy calavera,
algo aficionado al vino,
jugador, desvergonzado...
en fin, que soy un perdido.
Y es la verdad, nunca tengo
un cuarto, ni á quien pedírselo.
Pero en cambio soy en trampas
extremadamente rico.
Aquella es casa de juego;
(Fijándose en la casa de enfrente.)
el aspecto es de lo mismo;
esa luz que se distingue
al través de los visillos,
y el ver dormido en la puerta
al sereno, son indicios...
Voy á subir, y si puedo,
levantaré un *muertecito*
de poco, de cuatro duros...
ó mejor será de cinco.
(Entra en la casa, cuya puerta le abre el Sereno: éste la deja abierta, y se va por la izquierda.)

ESCENA III

CESANTE, que sale por la derecha, frotándose las manos y con muestras de sentir mucho frío: se dirige á la mesa del SEÑOR COSME.

CESANTE. Dios guarde á usted, señor Cosme.
COSME. Hola, amigo, ¿viene ya
á tomar el desayuno?

CESANTE. Sí, señor: ¡qué atrocidad!
Hace un frío insoportable.
COSME. Un poquillo...
CESANTE. Luego, están

los bancos de la plazuela
tan fríos, que es por demás.
No pude en toda la noche

un momento descansar.
Pero ¿qué es esto, Dios mío?
Siento así como humedad
en la pierna izquierda. (Mirándose.) ¡Ah, vamos!
algún perro, que al pasar...

COSME. Tome usté una copita
y entrará en calor.
(Le da una copa de aguardiente, y el Cesante la bebe haciendo gestos.)

CESANTE. ¡Ajaá!
(Después de haber bebido.)
¡Caramba! Tiene más grados
que un teniente general.
¡Esto sí que es bala rasa!

COSME. Pica un poquillo.

CESANTE. Es verdad.
Al principio escuece un poco;
pero luego... escuece más.

COSME. Ahí tiene usted el café...
(Se le sirve en un vaso pequeño.)

CESANTE. Siento un apetito tal,
que si tuviera otro cuarto
lo tomaría con pan.

COSME. No lo deje usted por eso,
que ya me lo pagará.
(Le pone en el plato medio panecillo.)
(Aparte.) ¡Infeliz! Me dan más pena
estos pobres de gabán,
que los que de oficio imploran
la pública caridad.

CESANTE. Tiene usted un café excelente,
y la leche es regular;

y, sobre todo, en el precio
no cabe más equidad.
Dos cuartos café con leche,
y tres si se toma pan.
¿Tendrá usted mucha parroquia?

COSME. Sí, no me puedo quejar;
y ahora que intento reformas
en el puesto, acudirá
más gente...

CESANTE. ¡Hola! ¿Tal vez
va usted la mesa á ensanchar,
ó á comprar otro servicio?

COSME. Justamente, y además,
tengo apalabrado á un chico
que toca el arpa, y vendrá
mientras almuerza la gente.

CESANTE. Hombre, bien: á no dudar
va usté á hacer un gran negocio.

COSME. ¡Ya lo creo!

CESANTE. Y mucho más
si ajustara una pareja
que aquí bailase el *can-can*.

COSME. Puede ser que con el tiempo
lo haga.

CESANTE. Y ¿qué hora será?

COSME. Precisamente hacia aquí
viene el sereno.

CESANTE. ¡Es verdad!

ESCENA IV

DICHOS y el SERENO, que sale por la derecha, y después de haber llegado pausadamente á la mitad de la escena, se detiene, y con voz bronca y fuerte canta la hora, haciendo muchos gorgoritos, pero sin que se le entienda una palabra.

CESANTE. ¿Le ha entendido usted?
COSME. Yo no.

CESANTE. Siempre me sucede igual.
Los serenos de Madrid
son una calamidad.
Y eso que á mí, sean las dos
ó las tres, igual me da.
(Se oyen á lo lejos las campanillas de las burras de leche.)
Ese es el mejor reló;
pronto de día será.
(El Sereno da un soplo á la luz del farol, y se acerca á la mesa del señor Cosme; éste le sirve el café, y después se va el Sereno.)

ESCENA V

DICHOS y DON TADEO, fumando y con capa.

TADEO. ¡Cuando digo que esa chica
me va á trastornar el juicio!
Vamos, parece mentira
que pegar no haya podido
los ojos, pensando en ella.
Ya pronto vendrá: me ha dicho
que va á la compra temprano,
y yo, como soy tan pillo.
jé, jé, me dije: "Tadeo, (Riéndose.)
mañana, ten cuidadito
con madrugar, porque tienes
que hablar con tu dulce hechizo."
Francamente, las criadas
(Empieza á amanecer.)
son mi ramo favorito...
Jé, jé, jé, están tan frescotas,

y tienen unos carrillos,
y unos ojos, y unas... Vamos
con calma, don Tadeíto,
no se sofoque usted así,
que parece usté un chiquillo.
¡Ya se ve! Como yo soy,
aunque me esté mal decirlo,
un viejo bien conservado...
me dan cuanto yo les pido.
Tengo ochenta y cuatro años
y aparento treinta y cinco,
gracias á mi peluquero,
que me fabricó un postizo
excelente: nadie dice
que este pelo no es el mío.
(Se quita el sombrero y se le ve una peluca muy mal figurada.)
¡Jé, jé! si soy el demonio:
tenía un pelo hermosísimo;
me di aceite de bellotas,
y todo se me ha caído.

CESANTE. (Acercándose con una colilla de cigarro en la mano que apenas se distingue.)
¡Caballero!

TADEO. ¿Qué se ofrece?
(Ya se escapó del asilo
este pobre. ¡Es imposible
el tenerlos recogidos!)

CESANTE. ¿Me hace usté el favor del fuego?

TADEO. ¿Para qué?

CESANTE. Es muy sencillo;
para encender mi cigarro.

TADEO. ¡Ah! Vamos, no le había visto:
es tan pequeño, que apenas
se distingue, amigo mío.
(Le da don Tadeo el cigarro, enciende el Cesante, y después le entrega la colilla, quedándose con el puro.)

TADEO. ¡Me gusta!...
(Sorprendido y sin tomar la colilla.)

CESANTE. Dispense usted.
¡Como soy tan distraído!
(Deshacen el cambio, después de dar el Cesante dos chupadas, con ansiedad muy marcada, al cigarro de don Tadeo.)
¡El tabaco que usted fuma
es un tabaco magnífico!
Si quisiera usted decirme
á qué hora y en qué sitio
tirará usted la colilla
de ese cigarro... Lo digo
porque, francamente, iría
á cogerla.

TADEO. (¡Pobrecillo!)
Vaya, tome usted y fúmelo
á mi salú.
(Saca la petaca y le da un cigarro puro.)

CESANTE. (Conmovido.) ¡El treinta y cinco
me declararon cesante,
y desde entonces no he visto
un puro entero en mis manos!
¡Dispense usted si me admiro!

TADEO. Ya se sabe: no se puede
en este país maldito
ser empleado...

CESANTE. Sí tal:
ser empleado es magnífico;
lo que no se puede ser
es cesante. No me aflijo;
tengo la seguridad
de que, en viniendo los míos...
¿Ve usted qué perdido estoy?
Pues estaré más perdido.

ESCENA VI

DICHOS y el BARBERO, que sale por el fondo derecha.

BARBERO. ¿A quién le dejo la cara
como el papel?
CESANTE. Con permiso,
voy á que me den un *pase*,
que parezco un capuchino.
¿Usted gusta?
TADEO. Muchas gracias,
que no le desuellen vivo
me alegraré. ¿Dónde diablos
se habrá esa chica metido? (Vase.)

ESCENA VII

DICHOS, menos DON TADEO.

CESANTE. Oye, *Sisí*, ven acá,
prepara al punto los trastos
de matar, y en un momento...
BARBERO. En menos que canta un gallo...
(Coloca un banquillo con asiento de tela en el suelo, y

saca una de las navajas que llevará en el bolsillo de la chaqueta)

No se siente usted con fuerza,
que está recién encolado.

(Se sienta el Cesante, se quita el sombrero, que coloca entre las piernas, y saca del mismo un pañuelo azul grande, poniéndosele á manera de paño de barba.)

CESANTE. ¡Demonio! A ver si me cortas
las narices.

BARBERO. ¡No es *pa* tanto!
Además, teniendo yo
el instrumento en la mano,
no hay miedo.
(Empieza á afeitarle. Unas veces se arrodilla, otras le coloca la cabeza casi debajo de su brazo, y, en fin, haciendo cuantos movimientos contribuyan á la propiedad de esta escena.)

CESANTE. ¡Dios me socorra!
Oye, en la esquina parado
hay un perro que te mira
hace ya bastante rato.
¿Es tuyo?

BARBERO. ¡Cá! no señor,
sino que el muy condenado,
porque le eché el otro día
un pedacillo de labio,
que le arranqué á un aguador
mientras le estuve afeitando,
cree que todos los días
voy á hacerle ese regalo.

CESANTE. ¡Ay, Dios mío! no prosigas.
(Queriéndose levantar.)

BARBERO. ¿Por qué no, si pronto acabo?
¿Le hace daño la navaja?

CESANTE. No; ¡ah! ¡oh! ¡uh! ¡Qué manos
te dió el Señor!

BARBERO. Se entusiasma
conmigo...

ESCENA VIII

DICHOS y un CIEGO, que sale por el primer término izquierda, y tropieza con el CESANTE y el BARBERO.

CIEGO. ¡A cuartito, á cuarto!..

(Vase por la derecha.)

CESANTE. (Levantándose precipitadamente, y tapándose la barba con el pañuelo.)

¡Animal! ¡Buena la has hecho!
¡Socorro, que me desangro!
(Desaparece corriendo.)

BARBERO. ¡Y se marcha sin pagar!
Ya verás tú si te alcanzo.
(Coge el banquillo, y echa á correr tras el Cesante.)

ESCENA IX

Salen de la casa de juego varios jóvenes; mujeres vestidas con ridícula elegancia, y SALCEDO y DOÑA RAMONA. Desaparecen todos en distintas direcciones, menos estos últimos, que bajan al proscenio.

RAMONA. (Con talma encarnada, una rosa blanca en la cabeza, y el peinado en desorden.)
Te digo que no me voy
sin tomarle el cuadro, ea.

SALCEDO. (Vestido de señorito, pero con aire de chulo.)
Mira, márchate á dormir
y déjate de quimeras,
que si se entera la gente,
es una mala vergüenza...
Además, ella no tuvo
la culpa, dió el juego quiebra,
y ¡es claro! en el cuarto golpe
perdió la vaca.

RAMONA. ¡Si es mema
esa mujer! Tú, figúrate
que le dije:—Micaela,
¿quieres hacer una vaca
conmigo?—Corriente, venga,
me contestó, y le entregué

veinte reales en pesetas.
—Ten cálculo, juega siempre
á las sotas, que Manguela
las sabe amarrar muy bien,
y suele echarlas en puerta.
Consiguió darle tres golpes
á la vaca, de manera
que yo tenía bastante
para pagar una deuda
perentoria: un polisón
y otra dentadura nueva.
Quise retirarme al punto,
pero vi sobre la mesa
una sota con un rey,
y yo le dije: aquí es ella,
mételo todo á la sota,
y nos armamos; y esa...
como ha tenido en Palacio
empleadas á su abuela
y á su mamá, puso al rey,
como de respeto en prueba.
Y por más que yo grité:
"*esa postura* no juega",
fué tarde, porque el banquero
había ya dado vuelta
á la baraja, y ¡es claro!
apareció la primera
la sota. ¡Vamos, la ahogo
en cuanto baje!

SALCEDO. Más cuenta
te tiene marcharte á casa,
que son ya las seis y media,

y si tu pobre marido
al levantarse se encuentra

sin ti, y llega á saber
que por las noches le dejas
solo y te vas á jugar,
¡te va á pegar una felpa!

RAMONA. ¡Es verdad! Me estoy portando
con él de inicua manera.
No creas, que muchas veces
me remuerde la conciencia,
sobre todo cuando pierdo...
Sí, me marcho antes que venga
á la compra: el infeliz
madruga que se las pela
por traerme de la plaza
todo lo mejor que encuentra.
Si ves á esa chica, dile
que le ajustaré las cuentas. (Vase.)

ESCENA X

SALCEDO

SALCEDO. Nunca estoy yo más contento
que cuando pierde esa necia.
Se pone tan sofocada,
tan nerviosa y tan colérica,
que se quisiera comer
á la baraja, á la mesa,
y á toda la sociedad
que en la partida se encuentra.
Se le tuerce la peluca,
y la barbilla le tiembla;
llora, reza, gruñe, ríe,
ó comienza á hacer promesas
á los Santos, y si gana
de cumplirlas no se acuerda.
¡Digo que es cosa de ver
incomodada á esa *plepa!*

ESCENA XI

SALCEDO y MANOLILLO, que sale por la derecha en traje d jornalero.

SALCEDO. Manolillo, anda con Dios;
no saludas á la gente.
MANOL. No te había visto, dispensa.
SALCEDO. ¿Dónde vas?
MANOL. Adonde siempre,
á trabajar: es muy tarde

y no puedo detenerme.

SALCEDO. ¿Vas muy lejos?

MANOL. Más allá
de Chamberí.

SALCEDO. Oye, detente
un momento. ¿Cuánto ganas?

MANOL. Muy poco, á razón de siete
reales diarios.

SALCEDO. ¡Pero, hombre!
¿Y tienes valor?

MANOL. ¿Qué quieres?
¡Y ojalá que no me falten!

SALCEDO. ¡Eres un pobre inocente!
¿Voy yo bien vestido?

MANOL. Sí.
Un marquesito pareces;
tienes tal vez una vieja
que te...

SALCEDO. ¡Cá! Y si tú quieres
vestir como yo, gastar
y tener un duro siempre
en el bolsillo, hazme caso,
y puede ser que te alegres.

MANOL. No acierto...

SALCEDO. (Bajando la voz.) Me dan un duro
por cada joven que lleve
á jugar en ese cuarto
principal que ves enfrente.
Ya sabes lo que es Madrid,
y fácilmente se puede
engañar á diez ó doce
al día; y aquí me tienes

que yo sería de oro...
sí, de oro, si no fuese
porque lo que aquí se gana
en otra parte se pierde.
¿Conque aceptas, Manolillo?

MANOL. ¡Eso es decir que pretendes!...
(Separándose con indignación.)

SALCEDO. ¡Ya verás qué vida pasas!

MANOL. Quita, quita, no te acerques
á mí, que tu infame aliento
es fácil que me envenene.

Ser tu amigo me sonroja;
si á tu lado alguien me viese,
tal vez creyera que soy
como tú, falso y aleve.
Si me encuentras otro día,
no me saludes. ¿Lo entiendes?
Antes que ser un perdido,

quiero mil veces la muerte.

SALCEDO. Chico, ¡parece mentira!
¡Con qué *repulgos* me vienes!...
¡No eres poco escrupuloso!...

MANOL. ¡Soy honrado!...

SALCEDO. No parece
sino que yo no lo soy.

MANOL. Y todo el que honra tiene,
quiere ganarse la vida
con el sudor de su frente.

SALCEDO. Déjate de tonterías,
Manolillo; anda, vente
y yo te daré otro traje
mucho mejor; que tú eres
simpático, y para el arte
de *gancho*, precio no tienes.

MANOL. Adiós, infame; es en vano
que trates de corromperme.
Si tú y otros como tú
en la cárcel estuviesen,
la juventud fuera otra.

SALCEDO. A mí no pueden prenderme;
vestido de caballero
nadie á sospechar se atreve...
Si fuera de ti...

MANOL. ¡Es verdad! (Con tristeza.)
El mundo ha buscado siempre
al malvado en este traje,
sin que quiera convencerse
de que hay muchos como tú
que á la sociedad pervierten.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

SALCEDO

SALCEDO. Por su bien se lo decía:
á mí, que el diablo le lleve
me importa un bledo. Está visto:
el bien nunca se agradece. (Vase.)

ESCENA XIII

ANSELMA, que sale por la izquierda con cesta en el brazo, y NICOLASA por la derecha, también con cesta llena de hortalizas.

NICOL. Buenos días, doña Anselma.
ANSEL. Dios te guarde, Nicolasa.
¿Quieres decirme por qué
con tal *rispeto* me tratas
que me llamas *doña*?
NICOL. Sí...
Tengo razones fundadas.
Como está en moda hace tiempo
tratar con buenas palabras,
con *riverencia* y dulzura
á aquél que debe y no paga...
Y soy tu *inglesa*, lo cual
no me hace *nenguna* gracia,
por eso... ¿Me entiendes ya?
ANSEL. ¡Que si te entiendo! Anda, anda
ya te veo de *venil*
y me pongo *coloráa*.
¿No los ves? *Miá* qué sofoco

que se me sube á la cara.
Mira, mira ya los *niervos*...
Y si hubiera una butaca
cerca de mí, pueda ser
hasta que me desmayara.

NICOL. Pero como no la hay,
es claro, no te desmayas.
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que estás cada vez más guapa
desde que no vendes coles
y te has *metío* á criada.

ANSEL. ¿De veras?

NICOL. Como lo oyes.
Y ayer me han dicho en la plaza,
que tanto tu amo te quiere,
que muy pronto serás ama.

ANSEL. ¡Pueda ser! ¿Y vendes mucho?

NICOL. Así, así, una miaja,
y estoy *mu* triste: ¿por qué
no eres ya mi parroquiana?
La única que no me debe
un cuarto, eres tú.

ANSEL. ¡Carambal...
Estás muy provocativa,
y yo no estoy para chanzas.
¿Sabes por qué no te pago?
Pues porque no tengo gana...
Si buscas un *gofetón*
que se perdió esta mañana
aquí, yo te le daré
y estamos en paz.

NICOL. ¡Hay calma

pa escucharte! Si no fuera
porque hace cuatro semanas
que salí de la Galera
y no quedé arregostada
para ir otra vez, hoy mismo
de tu moño fabricaba
un *bisoñé pa* taparle
al amo tuyo la calva.

ANSEL. *Pus* mira, yo que no he *estao*
en ese sitio, pensaba
dar motivo para verlo,
y creo que no se pasa
el día sin que consiga
mi gusto.

NICOL. Con verlo basta.
(Deja la cesta en el suelo.)

ANSEL. ¿Es que me vas á *pegal*?

NICOL. ¡Es que sí!

ANSEL. ¡Pero, muchacha!
Para reñir debes darme
lo que me llevas de alta.
¿No ves que soy muy chiquita
y tú eres *grande*?

NICOL. ¡Qué lástima!
¿No sabes que aunque pareces
pequeñita, eres *mu larga*?

ANSEL. ¡Vaya, pues pega primero!

NICOL. ¡Pega tú!

ANSEL. ¡Si no mirara!

NICOL. *Pus* no mires, que la vista
para pegar no hace falta.

ESCENA XIV

DON CORNELIO, con gorro de terciopelo, capa larga sin esclavina, y un talego en la mano derecha; DOÑA RITA, vestida pobremente de luto.

CORN. (Interponiéndose.)
Vamos, vamos, haya paz
entre dos ruines: ¡caramba!

RITA. No os maltratéis, hijas mías;
que Dios á todos nos manda
que como hermanos vivamos
en paz y en eterna calma.
Vamos, dáos un abrazo
y un beso.

NICOL. ¡Un beso! Ya baja.
Vete tú por tu camino.

ANSEL. Y tú por el tuyo, anda.

NICOL. Sí, me voy, porque si no
me la bebo... ¡Si eres chata!

ANSEL. ¡Mira quién habló, y parece
que se han *sentao* en su cara! (Vase Nicolasa.)

ESCENA XV

DICHOS, menos NICOLASA.

ANSEL. No se escapará, que hoy
por fortuna en la Pradera
de Guardias ahorcan á uno,
y ella irá con Antoñeja,
el trapero, y de seguro
que allí le salto las muelas.
CORNEL. Allí no la encontrarás;
dice *La Correspondencia*
que indultan á ese infeliz.
ANSEL. (Con disgusto.) ¿Me lo dice usté de veras?
CORNEL. Pero, chica, ¿te disgusta?
ANSEL. ¡Tengo una sombra más negra!
Yo que pensaba esta tarde
llevar allí la merienda
y pasar alegremente
el rato... ¡maldito sea!
Basta que piense una cosa
pa que no salga derecha. (Vase.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos ANSELMA.

RITA. ¿Pero ha visto usted qué gente?
CORNEL. Hay que dejarlas, señora:

tan pronto andan á la greña
como van juntas de broma.
Casi todas las mañanas
cuando yo voy á la compra,

veo escenas semejantes;
por eso ya no me chocan.

RITA. Usted vive solo ¿eh?

CORNEL. Estoy casado, señora.

RITA. ¡Por muchos años!

CORNEL. Mil gracias.
Y quiero tanto á mi esposa,
que porque no se moleste
hago una porción de cosas,
como barrer la cocina,
planchar y lavar la ropa,
rizarle el pelo, y también
le suelo limpiar las botas.

RITA. Entonces se encontrará
con usted como en la gloria.
No era mi difunto así;
que un día, por poca cosa,
porque me encontró enredando
en el cajón de su cómoda,
tal bofetón me arrimó,
que estoy desde entonces sorda.

CORNEL. ¡Qué barbaridad!

RITA. Y ahí tiene
usted lo que son las cosas:
le amaba con frenesí,
y hoy lloro como una loca
su muerte, y voy á la iglesia
y allí estoy dos ó tres horas
rezando por su descanso.
(Aparte.) (Y viendo si las devotas
tienen algo en el bolsillo
que me sirva.)

CORNEL. Pues muy tonta
es usté en encomendarle
á Dios, cuando tan penosa
fué para usted su existencia.

RITA. ¡No importa, amigo, no importa!

CORNEL. ¿Y hace mucho que murió?

RITA. Veinticuatro años.

CORNEL. ¡Sopla!
Y en ese tiempo ¿no pudo
acostumbrarse á estar sola?

RITA. No, señor, que necesito
mucho de un varón la sombra.

CORNEL. (Aparte.) (El cuerpo es lo que quisieras.

¡No estás tú mala gazmoña!)
Con el permiso de usted
me retiro. Hice mi compra,
y no quiero que me riña,
si tardo mucho, mi esposa.
Hasta otro día.

RITA. ¡Id con Dios!

CORNEL. (Registrando el talego.)
Acelgas y zanahorias,
bacalao... ¿Se me olvida
que comprar alguna cosa?
¡Carne! Hoy no compro carne,
porque al pasar por la alcoba
de mi mujer, entre sueños
gritaba como una loca:
"¡Maldita vaca! ¡Maldita
sea mil veces la hora...„
Y esto es que ayer le hizo daño;
así, aunque hoy no la coma...
(Vase don Cornelio, dejando caer un pañuelo, que recoge doña Rita con el mayor sigilo.)

ESCENA XVII

DOÑA RITA

RITA. Si yo quisiera, podría
ganar la vida cosiendo;
mas tengo tal afición
y tanto amor á lo ajeno,
que... vamos, no estoy tranquila
hasta que no lo poseo.

Y eso que hace quince días
que en cuantos bolsillos meto
la mano, no hallo un real.
Tengo en casa un cofre lleno
de pañuelos de algodón,
cajas de rapé, llaveros,
dedales y cortaplumas,
y papeletas de empeño,
Si esto sigue así, no hay más,
el mejor dia me muero:
y no es eso lo peor,
sino que voy al infierno
derecha, si es que le hay,
que yo, francamente, creo
que al fin y al cabo en la gloria
todos juntos nos veremos.

ESCENA XVIII

DOÑA RITA y el **CRIADO**, que sale por la derecha con una cesta grande en el brazo.

RITA. ¿Adónde vas, buen mozo?
CRIADO. (Mirándola con extrañeza.)
Voy hacia casa.
RITA. ¿Tan pronto?
CRIADO. Nunca he visto
vieja más rara...
No la conozco...
RITA. ¿Sabes que eres muy guapo?
CRIADO. ¡Me echa piropos!
En mi pueblo me han dicho

que aquí hay marquesas
que enamorarse suelen
de nuestras prendas.
Bueno estaría...

Pero esta no es marquesa;
tiene una pinta...

RITA. Se conoce que ricos
son tus señores,
porque llevas la cesta
con provisiones
que hay para un año.

CRIADO. Pues no sé si con ellas
se dará abasto.

(Doña Rita empieza á registrar la cesta del criado, sin que éste se aperciba.)

Sirvo en *cá* de un fondista
de los mejores,
y acuden á su casa

mil señorones,
que, aunque no pagan,
quieren que se les sirva
lo mejor *que haiga.*
Hoy tendremos un día
barbián, flamenco,
porque hay tres desafíos,
boda y entierro.
Y como es moda,
dimpués de todo esto,
van á la fonda.

RITA. (Después de haber logrado robar de la cesta una liebre que oculta debajo del mantón.)
Entonces, vete, corre,
no te detengas...

CRIADO. Y digasté, ¿á qué debo
la dicha ésta,
de haberle hablao?

RITA. Te lo diré mañana,
ven más temprano.
¡Adiós, pillín del alma!
(Haciéndole fiestas en la cara.)

CRIADO. ¡Adiós, pichona!
Volveré... (Las espaldas.
¡Vaya una momia!) (Vase.)

ESCENA XIX

DOÑA RITA, contemplando entusiasmada la liebre.

RITA. ¡Qué hermosa eres!
¡Donde menos se piensa

salta la liebre!
(Se dirige al fondo y le detiene un pilluelo.)

ESCENA XX

DICHA y el PILLUELO.

PILL. Ahora mismo viene usté
conmigo á aquella taberna,
y me ha de dar la mitad
de la liebre; y si se niega,
llamo al muchacho, y le digo
que la robó de su cesta.

RITA. (Queriendo ocultar la liebre.)
Pero ¡chico, tú deliras!...

PILL. ¿Que deliro? ¡Eh! (Llamando al criado.)

RITA. (Tapándole la boca y cogiéndole de un brazo.)
¡Ten la lengua!
¡Maldito, permita Dios
que veneno se te vuelva!
(Vanse por el fondo, pero sin que el Pilluelo suelte la liebre.)

ESCENA XXI

ANDRÉS, vestido muy elegante, en traje de mañana; MUNICIPAL detrás de él; después gente del pueblo, que los rodea, y NICOLASA.

MUNIC. ¿Caballerito?

ANDRÉS. ¿Qué ocurre?

MUNIC. Nada, que me entregue usted
medio duro.

ANDRÉS. No comprendo;
yo medio duro, ¿por qué?
MUNIC. Dispénseme la pregunta,
pero usted, ¿sabrá leer?
ANDRÉS. Sí, señor, y de corrido.
MUNIC. Pues entonces, lea usted
lo que dice en la fachada
de esa casa.
ANDRÉS. (Poniéndose los quevedos y mirando hacia adentro.)

Veamos, pues.
(Leyendo.) "*No se permite fijar carteles...*"
MUNIC. Siga.
ANDRÉS. (Continúa leyendo.) "*Ni hacer...*"
Es verdad, amigo mío,
(Metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco.)
me ha cogido usté en la red.
Pero debo á usted advertirle
que yo no sé si tendré...

MUNIC. No importa: quiere decir
que si á usted lo mismo le es
pasar un día en la cárcel,
de pagar se evita usted.

ANDRÉS. ¡Qué horror! ¡No faltaba más!
¡Pues sería cosa de ver
metido en el Saladero
á todo un hijo de un juez!

MUNIC. Allí hay de todo: hay personas
que habrá visto alguna vez
frecuentando las tertulias
de un barón ó de un marqués...

ANDRÉS. Tome usted una peseta
(Le da una peseta.)
en plata; espérese usté...
Ahí van dos reales en décimas...
es decir que le dí seis...

MUNIC. Faltan cuatro.

ANDRÉS. Sí, es verdad;
que seis y cuatro son diez.
(Se registra los bolsillos.)
Pues, hijo, siento decirle
que no tengo...

ESCENA XXII

DICHOS y MATILDE, en traje de modista.

MATILDE. ¡Pero, Andrés,
está usté con esa calma!...
¡Hombre, me parece bien!...
Y hace una hora esperándole

pa que me lleve al taller...

ANDRÉS. ¡Cielos, mi novia!

MATILDE. (Reparando en la gente.) ¿Qué es esto?
¿Qué ha podido suceder,
que se encuentra rodeado
de gente?

MUNIC. Cálmese usted.
Es que este caballerito
acaba de cometer
de urbanidad una falta,
y estoy esperando á que
me entregue los cuatro reales
que faltan para los diez.

MATILDE. (Riéndose.) ¡Ah! Ya adivino, ¡qué risa!

ANDRÉS. ¡Por Dios! No se ría usté.
¡Yo me desmayo, Dios mío!

MATILDE. (Sacando una peseta del portamonedas, y entregándosela al Municipal.)
Ahí va.

MUNIC. Tome usté el papel.
(Le entrega un papel.)

ANDRÉS. (Abriéndose paso entre la gente.)
Hasta otra vista, señora...
¡Qué vergüenza! (Huye precipitadamente.)

MATILDE. ¡Escuche usted!
(Vase riéndose en la misma dirección de Andrés; la gente que les rodeaba se esparce en distintas direcciones, menos Nicolasa, que se coloca en la mitad de la escena y se queda mirando al sitio por donde desapareció Andrés.)

ESCENA XXIII

NICOLASA.

NICOL. Vamos, *miste* que es gracioso.
¡Si este Madrí es un belén!
La *mitá* de los que van
vestidos á la *dilniel*,
como dicen los franceses,
nunca tienen un *calé*.

ESCENA XXIV

NICOLASA y MUNICIPAL, que sale por la izquierda.

MUNIC. Y usted, ¿qué hace aquí parada?
(Con malos modos.)
NICOL. Toma, *pus* bien claro está;
estoy *pará*... porque estoy
rendía de tanto andar.
MUNIC. Pues descanse en otro lado;
aquí estorba el paso.
NICOL. ¡Ya!
Como fuera la Pascuala
no le habría de estorbar...
MUNIC. ¡Silencio, desvergonzada!
NICOL. (Cogiendo la cesta con furia.)
¡Y dicen que hay *libertá!*
(Con retintín.)
¡Quién quiere comprar *guindillas!* (Vase.)

ESCENA XXV

MUNICIPAL.

MUNIC. No se las puede aguantar.
Siempre en lucha estoy con ellas,
y ni una vez se verá
que á relucir no me saquen
lo de que "no hay libertad„.
Y no son ellas las únicas;
que casos se han dado ya
de decirle á un panadero:
"amigo, venga ese pan,
porque está falto de peso,
y no es nada regular
que así engañe usté al público„.
"No lo entrego, ¡voto á san!...
que para eso tenemos
un Gobierno liberal,
y hay libertad para todo.„
Sí, suelo yo contestar,
tiene usted razón, la hay,
pero no para robar.
(Mirando al reloj.)
¡Hola! Son las siete y veinte;
me retiro, que hora es ya...

ESCENA XXVI

DICHO y el CESANTE, que sale por la derecha, con la cara vendada.

CESANTE. ¡Por Dios, venga usted á poner
entre aquella gente paz!

MUNIC. ¿Qué sucede?

CESANTE. Que dos hombres
en la plazuela se están
dando cada navajazo,
que tiembla el mundo, y es tal
la rabia con que pelean,
que yo los fuí á separar,
y si me descuido un poco,
vamos, me abren en canal.
¡Mire usted qué navajazo
me dieron en el gabán!
(Se vuelve de espaldas y se le ve roto el gabán desde el cuello á los faldones.)

MUNIC. No los veo.

CESANTE. (Colocándose más cerca de los bastidores.)
Desde aquí...
Más abajo del billar.

MUNIC. Yo no soy de ese distrito;
allí está el municipal. (Vase.)

ESCENA XXVII

CESANTE.

CESANTE. Hoy no gano para sustos...
no hay que dudarlo, yo vivo
de milagro: ¡si tuviera (Desesperado.)
á mano algún cachorrillo!... (Transición.)
Le vendía ó le empeñaba,
porque ya siento apetito.
(Mirando á todas partes.)
¿Dónde estará el de orden público?

¡Ya le veo!

(Echa á correr hacia la derecha, y tropieza con el Barbero, que sale.)

¡Mi asesino!

(Huye aterrorizado, y el Barbero le sigue corriendo.)

ESCENA ULTIMA

Se oye á lo lejos una marcha; la gente se agolpa hacia el segundo término derecha, y entre aquélla se verá á NICOLASA; un INVÁLIDO cojo, tuerto y manco, atraviesa corriendo la escena y se coloca entre la gente: este cuadro ha de presentarse animadísimo.

NICOL. Chicas, mirad los soldados
que se marchan á la Habana.
¡Qué buenos mozos son todos!

¡Ay, pobrecillos! ¡Qué lástima!
Señor inválido, ¡qué!
¿al verlos no se entusiasma?

INVÁL. ¡Voto á un cañón! ¡Quién pudiera
acompañarlos! ¡Mi alma
se llevan tras sí; mi dicha
fué pelear por la patria!
Nunca estuve más contento
que oyendo silbar las balas
en medio de los combates
al grito de "¡Viva España!"
Por ella estoy tuerto, manco
y cojo, y tengo la espalda
abrasada, de una vez
en que, al entrar por Navarra,
me arrojaron agua hirviendo
desde un balcón de la plaza.
(Se oye la música más cerca.)
Ya se acercan: ¡hijos míos!
¡Que viva el honor de España!
(Todos contestan calurosamente á este *viva*, y después de salir por la derecha Salcedo atado codo con codo, y detrás un municipal, cae el telón.)

Tomás Luceño

ULTRAMARINOS

SAINETE ORIGINAL Y EN VERSO

DE

TOMAS LUCEÑO

Estrenado en el Teatro de la Comedia la noche del 26 de Noviembre de 1886.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA TECLA (ama de huéspedes).....	SRA. GÓRRIZ.
ROSA (pantalonera).....	SRTA. GONZÁLEZ.
DOÑA LUCÍA.....	SRA. VEDIA.
LUISA.....	SRTA. MONTES DE OCA.
ANTOÑITA (criada de once años de edad).	NIÑA RIAZA.
DON PABLO (amo de la tienda).....	SR. ROMEA.
RUFINO (cochero).....	RUIZ DE ARANA.
EL SEÑOR MELCHOR (zapatero de viejo).....	RUIZ DE ARANA.
RODRÍGUEZ (Sereno)....	ALTARRIBA.
DON LINO.....	RIQUELME.
NICASIO (dependiente de la tienda.)....	BALAGUER.
UN TIMADOR.....	GALVÁN.
ALFREDITO.....	RUBIO.
UN INSPECTOR.....	MAÑAS.
MARIANO (dependiente)..... .	PIRIZ.
AYUDANTE DEL TIMADOR.....	SERNA.

La escena en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO

Tienda de comestibles en un barrio extremo de Madrid. Puerta al foro: á la izquierda un escaparate con los artículos propios de estos establecimientos. A la derecha, primer término, mostrador. A la izquierda, primer término también, una mesita con una silla. Sacos de arroz,

garbanzos y judías, etc., esparcidos por la escena de modo que no estorben la acción. Detrás del mostrador NICASIO escribiendo. DON PABLO, colocando en el escaparate los géneros que marca el diálogo, y MARIANO entregándole los que le va pidiendo aquél. Ambos están de espaldas al público. Empieza á amanecer. Óyese el ruido de las campanillas de las burras de leche. Suenan seis golpes y dos repiques cerca de la tienda, y una voz que dice: «*¡El burrerooooo!*» que es contestada, á poco rato, por otra de mujer: «*¡Ahora bajo, pero no mire usted!*»

ESCENA PRIMERA

DON PABLO, MARIANO y NICASIO.

MAR. ¡Seis golpes y dos repiques!
Pues cuando esté incomodado
el vecinito, si quiere
coge el cielo con las manos.

PABL. No lo creas: ¡si es el cura
que habita en el piso bajo!
Como la casa es moderna,
la distribución de cuartos
es con arreglo á la moda;
hay primero piso bajo;
encima bajo segundo,
bajo tercero, más alto,
subes cincuenta escalones
y estás en el cuarto bajo.

MAR. ¡Bien dicen, que cada día
se sabe algo nuevo!

PABL. ¡Claro!
(Contemplando con gozo el escaparate.)
¿Has visto un escaparate
mejor puesto en todo el barrio?

Mira: formando la base
de lo demás, los garbanzos.
Sobre ellos, así... esparcidos
higos, pasas y cacao...
¡Esto es elegancia y gusto!
No lo dudes, Mariano,
los artículos *comibles*,
mucho antes que en el estómago,
deben entrar por los ojos.
El *Champagne*.
(Mariano le acerca una botella.)
Hay que anunciarlo
con la majestad debida,
por ser artículo caro. (Leyendo la etiqueta.)
A ver: precio fijo, un duro;
pero si es para llevarlo (Sigue leyendo la etiqueta.)
dos pesetas. Me parece
que no le hay ya más barato.
Mi tienda, por el surtido
tan numeroso y variado,
no parece que se encuentra
lo que se dice pegando
con la puerta de Toledo,
y casi casi en el campo.
(A Nicasio.) ¿Y los anuncios?

Nic. Ya están.

(Nicasio deja de escribir, salta por encima del mostrador y se acerca á don Pablo, presentándole dos cuartillas de papel, atravesadas cada una por una caña de cortas dimensiones.)

Fíjese usted bien, don Pablo;
me han salido dos quintillas

de cuatro versos.

PABL. (Con asombro.) ¡Canario!

NIC. (Leyendo con pretensiones:)

"Aunque me esté mal decirlo,

soy garbanzo sin igual;
parroquiana, si me pruebas,
no te hartas con un costal."

PABL. (Admirado.) ¡Perfectamente!

NIC. El segundo
está mejor acabado.

(Leyendo:) "Soy de buena calidad,
comerme sin regodeos,
soy blando como el coral...
También se venden fideos."
(Con orgullo.) ¿Pegan bien?

PABL. ¡Divinamente!
¿Pero son tuyos? ¡Me escamo!...
Yo recuerdo una comedia
que vi cuando era muchacho,
en donde había unos versos
parecidos. (Como queriendo recordar.)
¡Ah! ¡Ya caigo!
Los amantes de Teruel.
¿Ves? ¡De ahí los has copiado!

NIC. (Muy enfadado.) Si no son míos, permita
Dios que cuando esté expirando
la salud me falte... ¡Vaya,
después de tanto trabajo!

PABL. Bien; pero aquí hay un defecto
y es conveniente enmendarlo...
La palabra *calidad*
termina en *z*, muchacho,
¿no comprendes tú que hace
referencia á los garbanzos?
(Marcando mucho la *z* de la palabra «garbanzos».)

NIC. (Dudando.) ¡Me extraña! De ortografía
mire usted que entiendo algo.
(Quitán lose de repente la pluma que habrá tenido detrás de la oreja.)
¡Toma, toma; pues si he escrito
con la pluma de Mariano!
¡Ya decía yo!...

(Se dirige al mostrador, hace como que enmienda el escrito, y se lo presenta de nuevo á don Pablo.)

PABL. ¡Qué cabeza!
¡Al fin escritor! Veamos:
están bien... Ponlos en sitio
que los lea el parroquiano
á primera vista.
(Nicasio los coloca dentro del escaparate.)
Ahora
al mostrador; y yo, en tanto
que empieza á venir la gente
le voy á dar un repaso
al folletín; es precioso
y ya me va interesando...
(Se coloca detrás del mostrador y empieza á leer *La Correspondencia de España.*)
Vamos á ver cómo acaba:
(Leyendo:) "El conde sigue *parlando*
con su *gran madre*, que tiene
en desorden los *caballos;*
un bello joven *remonta*
la escalera: lleva el *hábito*
de *campiña*, y en la puerta
suenan golpes *espaciados.*
La duquesa está *seriosa*,
y colocando la mano
gacha sobre las rodillas
del conde, dice: *mi caro*,
qué hora tiene él. Y entonces
contesta el conde, sacando
su *muestra: las once horas*
gran madre, si no me engaño."

"Se continuará mañana."
¡Muy bien!... (Repasando el periódico.)
A ver si trae algo.
(Leyendo otra vez:) "Hoy han llegado á Madrid
los antiguos diputados
Ruiz y Pérez, con divisa
verde y azul; son hermanos
de aquellos que tanto juego
dieron el lunes pasado."
(Asombrado.) ¡Qué atrocidad!... ¡Toma, toma!...
¡Si me he comido de un salto
dos columnas... ¡Cuando digo
que estoy del todo chiflado!

ESCENA II

DICHOS y RUFINO, de cochero, entra muy desesperado.

RUF. ¡Buenos días!
PABL. ¡Buenos días!
RUF. (A uno de los dependientes.)
Dame un panecillo largo
con un cuarterón de queso;
y si me das cuatro palos
en mitad de la cabeza,
te lo agradezco y te abrazo.
PABL. ¿Qué pasa?
RUF. ¡Malditos sean
los coches y los caballos,
el que inventó los simones,
el que pensó en alquilarlos,
las mujeres y los niños,

los jóvenes, los ancianos!...

PABL. ¿Y nada más?

RUF. Sí, señor;

y todo el género humano.
Hace lo menos dos meses
que no sé lo que es un cuarto.
"Cochero, á la Castellana;
pero no, que me he fijado
en el número; es el trece,
y va á sucederme algo."
"Oye, simón, dice otro,
me vas á llevar volando...
No quiero ya, que es el número
de mal agüero, y me escamo."
Y así se me pasa el tiempo,
siendo lo peor del caso
que si alguien me toma el coche
lo disfruta sin pagarlo.

PABL. Pues ayer en tu berlina
iba gente.

RUF. Un diputado
con la mujer de un ministro,
que en Atocha me tomaron.
A las doce nos pusimos
en movimiento, y al rato
se presentó su excelencia
y la emprendió á bastonazos,
rompiéndome los cristales
y dándome á mí de palos.

PABL. ¡Qué atrocidad!

RUF. Sí, señor;
y buenos, y más de cuatro.
Me causó una conmoción
cerebral en este brazo.
Por supuesto que después

del lance, se evaporaron.
Yo pregunté á un polizonte
que quién me abonaba el gasto,
y me respondió que el Nuncio,
y se fué tan campechano.
Al pasar por Fornos sacan
á un señor muy bien portado
que quiso cenar de gorra,
y le hicieron mil pedazos
la cabeza... "Alto el coche,
me dice un guardia; volando
á la casa de socorro
con este pillo."—Llegamos...
y ya no pido el importe
porque sé que no han de dármelo;
pero saco mi cartera
y apunto: Diciembre, cuatro;
me debe el Nuncio un servicio
en Madrid, y otro en el Prado.
Dígame usted si ahora debo
renegar de los caballos,
maldecir á los simones...

PABL. Y á todo el género humano.
Si ya me lo has dicho antes;
no hace falta enumerarlo.

RUF. En fin: vamos á almorzar,
y paciencia. Antes un trago.

(Se acerca á la mesita de la izquierda, y se dispone á almorzar.)

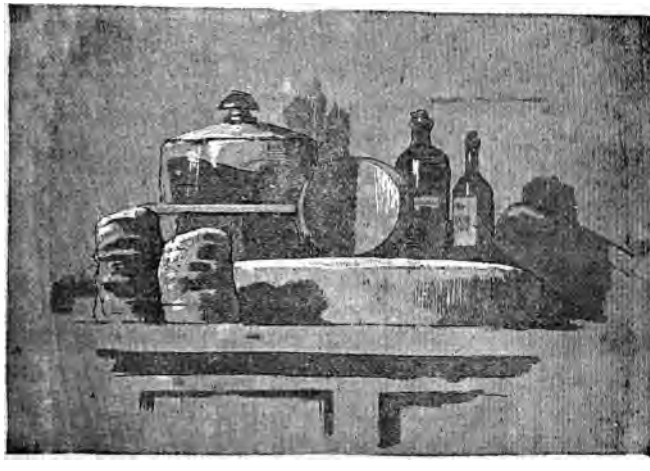
ESCENA III

DICHOS, ALFREDITO y LUISA, sietemesinos en traje de camino, elegantes, pero muy exagerados. Entran con precipitación y toda esta escena la llevan con rapidez.

ALF. (Acercándose al mostrador:)
Deprisita, que es muy tarde.
(Don Pablo y los dependientes se preparan á servirle.)
Una botella de Ojén.

LUISA. Hombre, no; que escuece mucho
y dan ganas de toser.
Es mejor anís del mono.

ALF. Bueno, del mono también...



Queso manchego, dos kilos.

LUISA. Manchego, no, de Gruyère.

ALF. (Impaciente.) Lo mismo da; pastas finas.

LUISA. (A don Pablo.) No se las despache usted;
son mejores los bizcochos
para tomar el café.

PABL. (Dejando de despachar.) Vamos, decídanse ustedes.

ALF. Que se va á marchar el tren,
no seas tan caprichosa,
que nos quedamos á pie.

LUISA. (Enfadada.) Bueno, compra lo que quieras
que yo no lo he de comer.

PABL. Vamos, no hay que disgustarse.

LUISA. Si es éste; calcule usted
que hace una hora nos hemos
casado aquí en San Andrés,
y mire usted qué principio
tiene mi luna de miel.
Si hoy me llevas la contraria
dime tú: ¿qué harás después?

ALF. (Con cariño.) ¿Después?... Eso, en el camino,
despacio lo pensaré.
(A don Pablo.) Diga usted. ¿A qué hora sale
el mixto para Aranjuez?

PABL. Siete y sesenta minutos.

ALF. Anda, me alegro: ¿lo ves?
Ya no llegamos.

LUISA. Sí tal:
en un coche de alquiler
nos plantamos en un verbo.

ALF. (Sacando el reloj.) Ocho menos dieciséis.
Además, es necesario
lo que nunca suele haber,
que es un caballo que corra
mucho.

RUF. (Dejando precipitadamente de almorzar y levantándose del asiento.)
Servidor de usted.
Vengan los líos.
(Coge las maletas y demás enseres que llevan Alfredo y Luisa.)
Son pocos.

ALF. Hombre, ¿cuántos han de ser,
si somos recién casados?
(Con malicia.) ya se aumentarán después.

RUF. (Echa á correr hacia la puerta del foro, dejando antes en el mostrador su botella de vino, el queso y el pan.)
(A don Pablo.) Aquí le dejo el almuerzo,
que yo pronto volveré.
No olvide que está pagado.

PABL. ¡Bueno!

ALF. (Cogiendo del brazo á Luisa y saliendo apresuradamente con Rufino.)
Servidor de usted.
(Vanse Rufino, Alfredo y Luisa.)

ESCENA IV

DICHOS y RODRÍGUEZ, que aparece en la puerta y entra después de haber apagado de un soplo la luz del farol que llevará pendiente del chuzo.

ROD. Señor don Pablu, buen día.

PABL. ¡Hola, Rodríguez, muy buenos!
¿Qué tal ha sido la noche?

ROD. Muy mala: cuando no he muertu
bien puedo decir á usted

que de fiju nun fallezcu
mientras viva.
(A Mariano.) El chocolate.

Marianín,
(Bebe una copa de aguardiente que le sirve Mariano.)
ha habidu un fuegu
monrucutudo, en la tienda
de Nicolás el barbero.
Ya todu aquello es *paviesas.*
¡Se le ha quemado hasta el pelu!

PABL. Pues habrá sido muy poco;

es más calvo que San Pedro.

ROD. Digo el del escaparate,

PABL. Siendo así, ya lo comprendo.

ROD. ¡He dejadu tamañitu
á todo el barrio!

PABL. ¡Lo creo!

ROD. Penetré como un valiente
en el establecimiento,
y encontréme desmayada
una mujer en el suelo;
estaba medio desnuda
y ardíale todo el cuerpo.
Yo, sin mirar el peligro,
en mi capote la envuelvo,
cargu con ella, á la casa
de socorru me la llevo,
y á los médicos de guardia
con gran cuidado la entrego;
pero, amigo, yo non tuve
la culpa del contratiempo
que sobrevinu.

PABL. ¿Murió?

ROD. ¡Cá! non señor, ni por piensu;
resultó que la señora
á quien salvé del incendio,
era una de esas muñecas
que tienen los peluqueros.

PABL. (Riéndose.) Hombre, ¡el lance es muy gracioso!

ROD. Pero mi comportamiento
es *dino* de que me den
en recumpensa algún premio.
A mi primo Bonifacio,

por salvar en otro fuego
á un señor que estaba ya
carbonizado, le dieron
en pagu de semejante
hazaña, la cruz del Mérito
naval... Yo creo tener
á esa misma cruz derecho.

PABL. (Aparte.) ¡Qué estúpido!

ROD. ¿La reclamu?

PABL. Hombre, yo no entiendo de eso.
Bebe la última copa
y á descansar.

ROD. Hoy no puedo;
celebramos una junta
á las diez los matuteros,
para tratar de negocios
correspondientes al gremio.

PABL. (Con sorpresa.) ¿Te dedicas al matute,
Rodríguez?

ROD. ¡Pues ya lo creo!
hay que ganarse la vida.

PABL. (Con gravedad.) Pues eso está muy mal hecho:
¡autoridad por la noche
y por el día ratero!
¡Tu proceder es indigno
y ya mi amistad te niego!
(Le vuelve la espalda con desprecio; pero en seguida le dice con afabilidad:)
Mas, si no te comprometes
traéme dos ó tres pellejos
de vino.

ROD. ¡Con mucho gusto...

abonando los derechos!

PABL. Hombre, no: ¡qué cosas tienes!

ROD. ¡Como dice usté *qui es feo*
eso del matute!

PABL. (Con gravedad otra vez.) Sí:
lo repito y lo sostengo.
(Transición como antes.)
Y si hay jamones baratos,
te *cuelas* con un par de ellos.

ROD. Vamos, como todos; muchu
sermón, y ande el movimiento.
(Disponiéndose á pagar.)
¿Qué se debe?

PABL. (Dándole golpecitos en el hombro:)
Cuando cumplas
mis encargos, hablaremos. (Vase el Sereno.)

ESCENA V

DICHOS, ANTOÑITA, criada de once años de edad, que aparece en el dintel de la puerta, desde donde dice las primeras palabras. Lleva pañuelo á la cabeza y una cesta descomunal, que no esté en relación con su estatura.

ANT. ¿Ha venido mi señora?

PABL. (Con extrañeza.) ¡Tu señora!

ANT. Doña Tecla:
una patrona de huéspedes,
parroquiana de esta tienda.

PABL. No la he visto por aquí.
Tardará poco.

ANT. (Entrando.) Pues mientras,

váyame usted despachando.

PABL. (Con ironía.) ¿Te se ha olvidado la cesta?

ANT. (Muy enfadada.)
Le advierto que no me gustan

las bromas.

PABL. Mujer, dispensa...
Despáchala tú, Nicasio,
y haz porque quede contenta.

ANT. (Dejando la cesta sobre el mostrador.)
Chocolate, media libra
de lo mejor; de á peseta.

NICAS. (Metiendo en la cesta el chocolate.)
Superior.
(Tocándole la cara.) ¿Sabes que tienes
un palmito de primera?

ANT. (Retirándose con dignidad cómica:)
Estése usted quieto, vaya;
busque usted quien le divierta.

NICAS. ¡Chica, qué genio me gastas!

ANT. El de los días de fiesta.
Estoy ya desengañada
de los hombres... dan más vueltas.
Decir hombre, es decir... trucha.

NICAS. (Con ironía.) ¿Las quería usté en conserva?
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA TECLA, patrona de huéspedes pobres. Tiene muy mal genio y se dirige furiosamente á don Pablo.

TECLA. Felices.

PABL. Dios guarde á usted.

TECLA. Me tiene usted muy contenta.
Si así se porta con una
parroquiana de mis prendas,
y que paga puntualmente...

PABL. (Aparte.) A los diez meses de fecha.

TECLA. Dígame usted lo que haría
con una mujer cualquiera.

PABL. Es decir, que la criada
que le envié, no era buena.

TECLA. No, señor; usté me dijo

que era fiel, limpia y discreta,
y he tenido que plantarla
de patitas en la acera.
Y gracias á que he tomado
ayer mismo esta doncella (Por Antoñita.)
que me sirve para todo...
aunque es verdad que me cuesta
tres duros cada dos meses...
¡Vaya con la tal Ruperta!
Después que yo la trataba
como trato á todas ellas,
con dulzura y con respeto...
que lo diga la pequeña.
(A Antoñita.) ¡Tenga usté cuidado, estúpida,
que se va á caer la cesta!
En alhajas solamente
me ha robado una riqueza;
vaya usted contando: una
preciosísima pulsera,
imitación de azabache,
que me costó tres pesetas;
un medallón guarnecido
de esmeraldas y de perlas,
que de noche, y de algo lejos,
daban un chasco á cualquiera.
En fin, hasta se ha llevado
(y esto no habrá quien lo crea)
una colección de ligas
católicas.

PABL. ¡Doña Tecla! (Como dudando.)
¿Y qué es eso?

TECLA. Es un periódico

que se publicó en Valencia,
y del que fué director
mi marido, que Dios tenga...

PABL. ¿Pero ha muerto?

TECLA. ¡De raíz!

PABL. ¿Y á qué edad?

TECLA. A los ochenta:
cuando más le sonreía
el porvenir.

PABL. ¡Frioleral...

TECLA. Cuando tenía seis meses,
enfermó de una rabieta,
y desde entonces no tuvo
el infeliz hora buena. (Afligiéndose.)
¡Desgraciado... En fin, patatas!...
(Pausa, como esperando á que don Pablo la despache.)
Despácheme usté: ¿en qué piensa?

PABL. ¿Pero qué es lo que usted quiere?

TECLA. ¡Hombre, no sea usté babieca!
¿Está usté sordo? Patatas.

PABL. Dispense usté, doña Tecla.
Yo creí que como término
á la historia de sus penas
exclamaba: en fin, patatas.

TECLA. ¿Hay fiambres?

PABL. Cuantos quiera.

TECLA. Entonces, póngame usté
dos cuarterones de lengua.
Tengo un huésped académico
y me gustará que vea
que, aunque patrona, también
entiendo de esa materia.

Chorizos de confianza,
¿tiene usted?

PABL. No: de etiqueta;
francamente, son muy malos
y el crédito de mi tienda
es ante todo.

TECLA. Sardinas
en lata... ¿Pero son frescas?

PABL. (Dándole la lata.) Superiores: yo respondo.

TECLA. Pues quédese usté con ellas;
(Va á colocarla en la cesta y se arrepiente y se la da á don Pablo.)
no me conviene llevarlas,
porque cuando son muy buenas
se las comen en seguida
mis huéspedes.

PABL. ¡Ay, qué pelma!
¿No se ofrece nada más?

TECLA. No, señor. (A Antoñita.) ¡Vamos, ac.mila!
(Antonia va á levantar la cesta y no puede.)
¿Pero qué es eso, no puede
usted levantar la cesta?

ANT. No, señora, pesa mucho.

TECLA. ¡Cómo está el servicio! Venga.
(Coge la cesta y saca de ella un sombrero de copa muy apabullado, y se lo entrega á la criada.)
Este sombrero, ahora mismo...
sombrerería de Huertas,
que le pasen bien la plancha,
y que esté á las diez y media.
Diga usté que es de don Roque,
el senador por Palencia.
Nada más: ya le conocen;
tienen con él varias cuentas.

(Vase la criada cantando «Pobre chica, la que tiene que servir...» de *La Gran Vía.*)

PABL. ¡Qué señora más cargante!

(Doña Tecla se dirige á la puerta, y de repente vuelve al mostrador.)

TECLA. ¿Sabe usté que no estoy cierta
de si le he dado la lata?

PABL. ¡Ay, sí, señora, completa!

TECLA. Ea, pues, hasta otro rato;
apúntelo usté á la cuenta. (Vase.)

PABL. Está bien; el mejor día
se me acaba la paciencia,
y, en vez de apuntar, disparo,
y no vuelves á mi tienda.

(Don Pablo hace como que toma nota en un libro, y se retira por la puerta que habrá detrás del mostrador.)

ESCENA VII

MARIANO y NICASIO, solos en el mostrador. Aquél empieza á enredar en el cajón del azúcar y á comerse algunos terrones.

NICAS. Marianito, estáte quieto,
y no andes en el azúcar,
que por comer golosinas
estás como una lechuza...
Voy á decírselo al amo,
no me vaya á echar la culpa.

MAR. Mejor: yo le contaré
que te levantas á oscuras
por la noche, y que le coges
chocolate y aceitunas,

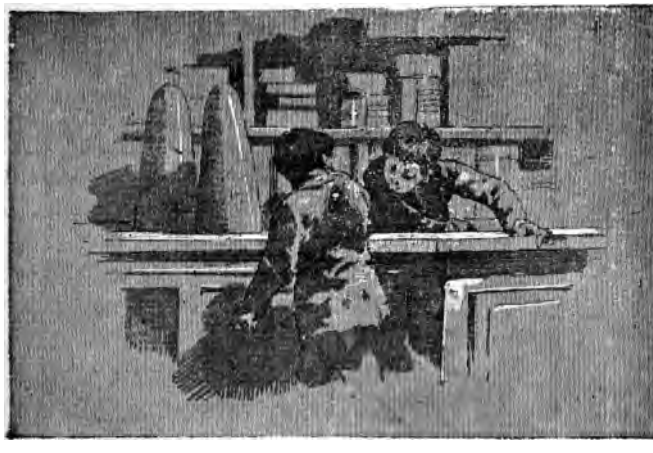
para dárselos después
á ese tipo de Tiburcia,
que es tu novia.

NICAS. (Amenazándole.) ¡Si no callas!...

MAR. ¿Pero crees que me asustas?
Le voy á decir también,
para que te dé una zurra,
que no estás matriculado
en ninguna asignatura,
y que, en vez de ir al Fomento,
vas con esa pelindrusca.

NICAS. Que no consiento que nadie
le falte á esa criatura. (Le da un coscorrón.)

MAR. ¡A mí tú! ¡Ya te has caído!
¡Hortera, bribón, granuja!

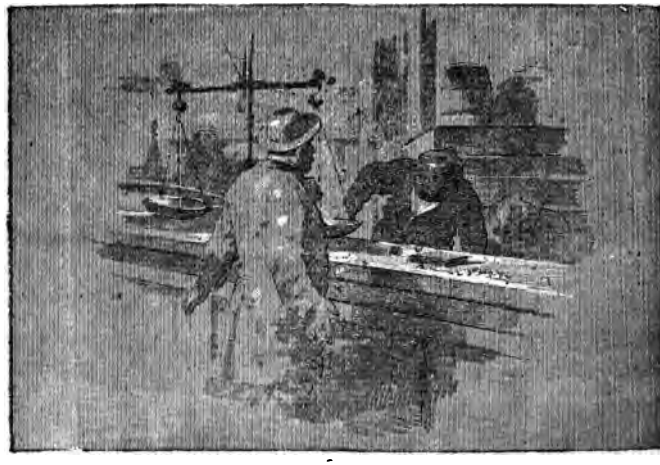


(Luchan breves instantes sin salir del mostrador. En la pelea caen debajo de éste: se oyen los cachetes; hay momentos en que no se ve á los dos dependientes. Entra don

Lino, se queda impasible viéndolos pelear, sin tratar de separarlos. Don Lino lleva dos talegos, la jarrita de la leche, y un mimbre con cuatro ó seis buñuelos.)

ESCENA VIII

DICHOS y DON LINO.



LINO. (Con mucha calma.)
Suplico á ustedes que acaben
pronto, porque tengo prisa.
(Los dependientes dejan de pegarse.)

MAR. Disimule usté, don Lino (Llorando.)
han sido unas palabrillas
entre yo y mi compañero.

LINO. Con franqueza: yo no sirva
de estorbo... si han concluído,
á despacharme en seguida;

pero si no, continúen,
que yo volveré otro día.

MAR. Vaya, ¿qué es lo que usted quiere?

LINO. ¿Cómo andamos de judías?

MAR. Se han subido.

LINO. ¡Caracoles!
En fin, echa media libra.
Nada de kilos, ni gramos;
no entiendo esa algarabía.
Un cuarterón de lentejas;
pero ¿sabes? de las finas,
que mi mujer está anémica
y el doctor que la visita
se empeña en que ha de comer
siempre cosas nutritivas.
Me pondrás en un papel
cualquiera, una cuentecita,
pues mi esposa se figura
que la siso... y no es mentira.

MAR. (Escribiendo:) Lentejas, catorce céntimos.

LINO. Pon veinte, y en las judías
aumenta también un poco.
¡Como hago tantas conquistas
necesito esos piquillos!
¡Claro!... estando todavía
en la edad de las pasiones,
las muchachas me electrizan.
Tengo una pantalonera,
Nicasillo, que es divina.
A Dios le llama de tú...
y á mí también.

NICAS. ¡Hola!

LINO. Mira:
como tú eres reservado
no importa que te lo diga.
En este talego llevo
su compra, y aquí la mía.
Pon en el de ella, una lata
ó dos de merluza frita
en aceite, que sea buena.
En este otro, media libra
de bacalao del más malo,
porque es para mi familia.
Dos bollos de cinco céntimos
á mi mujer... Pastas finas,
queso de bola, que sea
del mejor, para Rosita.
Mi mujer, que no sospecha
de todo esto ni pizca,
por no saber, hasta ignora
lo de... (De repente, y bajando un poco la voz.)
¿tenéis aquí harina
lacteada?

MAR. Sí, señor.

LINO. Dame una lata en seguida,
que ya es tarde, y mi mujer
habrá salido de misa.
¡Es claro! lo que yo digo:
no puede haber armonía
entre ambos: ella no piensa
más que en las cosas de arriba,
y yo en las cosas de abajo.
¡Ya ves tú qué tontería!

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA LUCIA, de luto, aspecto de gazmoña, rosario, devocionario, etc.

LUCÍA. ¡Gracias á Dios!

LINO. (Ocultando uno de los talegos.) ¡Mi mujer!

LUCÍA. Pero, hijo mío, ¿qué haces,
dónde te metes? Después
de oir misa y confesarme
y cumplir la penitencia
de seis Credos y diez Salves,

que recé por el camino
viendo los escaparates,
subo á casa, y no hay siquiera
lumbre para el chocolate.
¡Ay, Lino! Voy sospechando
que te entretienes con alguien.

LINO. (Aturdido.) No lo creas; el afán
de comprar casi de balde,
para que no te incomodes,
fué causa de que tardase.
Mira: yo vuelvo en seguida.

(Quiere irse, y doña Lucía le detiene.)

LUCÍA. Podemos ir juntos: ¡trae!

(Le quita el talego donde hace la compra para su novia, y lo registra.)

¡Cómo pesa!... ¡Calamares!

(Figura que ve en el talego lo que indica el diálogo.)

¡Ay, cuánto te lo agradezco!

LINO. (Turbado.) ¡Ha sido por obsequiarte!

LUCÍA. (Sigue registrando.)
¡Hígado de bacalao! (Horroriza la.)
¿Para quién es esto? ¡Infame!

LINO. ¡Como es vigilia!

LUCÍA. (Sacando un paquete.) Y harina
lacteada... ¡Miserable!

(Continúa registrando con mucha agitación.)

¡Aquí hay gato!

LINO. No, mujer,
es una liebre muy grande...
como es tu santo.

LUCÍA. Ahora sí
que comprendo tus maldades.

ESCENA X

DICHOS, ROSA desde la puerta.

ROSA. ¡Pero, hombre, me traes la compra
ó no! ¡Qué salero tienes!

LINO. *¡Tableau!* (Como está escrito.)
ROSA. Por esperarte
se me ha pegado el aceite,

y tan y mientras tú aquí
entregado al sexo débil.

LUCÍA. ¡La débil lo será usté,
desvergonzada, insolente!
¡El señor es mi marido
desde el año treinta y siete!

ROSA. ¡Pues buen provecho le haga
y que Dios se lo conserve!

LINO. (A su mujer.) ¡Cálmate!

ROSA. Yo vengo aquí
por lo que me pertenece,
que es mi talego. (Quiere quitárselo.)

LUCÍA. Este es mío.

ROSA. ¡Pues me gusta; que si quieres!... (Se lo quita.)

LUCÍA. (A Lino.) ¡Cuando lleguemos á casa
te diré cuántas son siete!

LINO. Si ya lo sé... tres y cuatro:
por eso no te molestes.

ROSA. Conque, abur.

LUCÍA. Voy á dar parte
al juez, para que la lleven
por seducción de menores
á la cárcel de mujeres.

ROSA. Me las *guiyo*; pero quiero
que sepa usté mayormente
que si le hice caso, fué
por la portera del nueve,
que me habló por él; lo cual
que para que le admitiese
me dijo: «como una prueba
de que es persona decente,
te diré que es viudo».

LINO. ¡Vamos!
la razón es de las fuertes.
ROSA. Además, me he resistido
cuanto resistirse debe
una mujer que se estima
en todo lo que merece,
esto es, dos días con sus
dos noches correspondientes.
LUCÍA. ¡Monstruo!... *¡Vámpiro!* (Acometiéndole.)
ROSA. Otra vez (Idem.)
no vuelva á comprometerse.
LINO. ¡Para cuándo son tus rayos
Temístocles!
LUCÍA. ¡Falso, aleve!
ROSA. Yo me marcho á mis negocios.
Abur, y usted me dispense.
¡Cómo está la juventud
en el siglo diecinueve! (Vase.)

ESCENA XI

DICHOS, menos ROSA.

LUCÍA. ¿Te has fijado en mi conducta?
LINO. (Conmovido.) Ofrezco ser para siempre
un casto Susano.
LUCÍA. (Con gravedad.) Escucha:
mi programa de hoy es éste:
Ahora, á casa: allí á almorzar
como dos que bien se quieren;
que sin tener el estómago

bien repleto, no se puede
alborotar todo un barrio
como yo deseo, ¿entiendes?
Después, escándalo en gordo,
tanto, que se oiga en el puente
de Vallecas; luego abro
el balcón del gabinete,
tomo carrera, y me tiro!

LINO. (Aparte.) ¡Ay, si tuviera esa suerte!

LUCÍA. (Casi llorando) Y cuando venga el juzgado
(que vendrá indudablemente)
á levantar mi cadáver,
diré sin compadecerme
de ti, que tú sólo has sido
el motivo de mi muerte.

(Se dirige á la puerta, seguida por Lino.)

LINO. ¡Señor, por piedad, que cumpla
su programa textualmente! (Vanse.)

ESCENA XII

MELCHOR, zapatero de viejo, completamente borracho. NICASIO, MARIANO, que no han desaparecido de la escena y DON PABLO, que poco antes de terminar ésta habrá vuelto á colocarse detrás del mostrador.

MEL. A los pies de usté, don Pablo...
¿Quiere usté hacerme el favor
de decirme dónde vivo?

PAB. Vamos, éste la pescó
de mañana. ¿No lo sabes
hombre?

MEL. ¿Que no lo sé yo?
Mejor que usté. Pero quiero
que me haga usté el favor
de decírmelo... lo exijo...

PABL. Fues aquí cerca, en el dos
de esta calle.

MEL. ¿Lo ve usted?
¡Si no hay equivocación!
á la derecha los pares,
porque así lo manda Dios;
los *impares* á la izquierda
¿no es eso? Pero, señor...
y ésta ha sido mi *matanza*,
desde que tengo razón:
¿por qué han de estar á la izquierda
los *nones*? Sería mejor

todos en la misma acera,
para evitar confusión,
porque hay momentos en que uno
no sabe cuál de las dos
es la derecha... por mucha
que sea su educación.
Una copita.

PAB. ¡Pero, hombre!
¿no te da vergüenza?

MEL. No.
¿usted conoció á mis padres?
Pues ninguno de los dos
la tuvo, y yo no soy menos
que ambos.

PAB. Por amor de Dios,
vete á casa, que tu esposa
estará con el temor
consiguiente, y es preciso,
siquiera por compasión,
que salga de ese cuidado.

MEL. ¿De su cuidado? Si no
hay de qué. ¡Bueno estaría,
con más años que Sansón!
Me tiene muy resentido
y sin causa... porque yo
soy con ella consecuente
y firme como reloj.
El día en que nos echaron
en San Luis la bendición,
en vez de darle un abrazo
le di una tunda feroz;
desde entonces á la misma

hora .. la misma función.
Si quiere más consecuencia,
que avise.

PAB. Vamos, Melchor;
¡qué temprano la has cogido!

MEL. Eso de temprano, no:
¡la cogí ayer por la tarde
y me ha tomado afición!

PAB. ¿Y has pasado bien la noche?

MEL. ¡Vaya! Con un inspector
que me parece que estaba
mismamente como yo.
¡Me ha dado la gran jaqueca!...
Empeñado el buen señor
en saber lo que pensaba
respecto á la dirección
de los globos, y hasta que
se lo dije, no paró.
Me voy á casa derecho,
es decir, derecho... no.
Y diga usted, ¿dónde vivo?

(Pablo hace un movimiento de impaciencia.)

¡Ah! en el número dos.
Los pares á la derecha;
¡Vaya una numeración!
De seguro que en Marruecos
está arreglado mejor.

(Desaparece tambaleándose y cantando una copla, á elección del actor que haga este papel.)

ESCENA XIII

MARIANO, NICASIO, PABLO y TIMADOR disfrazado de teniente alcalde con su AYUDANTE. Ambos tipos, raros. El Timador lleva bastón de autoridad.

(Dirigiéndose á don Pablo con malos modos.)

TIM. A ver, saque usted al momento
salchichón, pan y garbanzos,
y todo lo que usted tenga.

PAB. Si viene á decomisarlo,
le advertiré, con respeto,
que va á llevarse un gran chasco.
Géneros como los míos
no hay en Madrid.

TIM. ¡Bien, veamos!
Eso mismo dicen todos
y luego hay cada gazapo...

(Don Pablo pone sobre el mostrador varios trozos de salchichón y los artículos que indica el diálogo.)

Corte usted una raja.

(Don Pablo corta un poco de salchichón.)

(Comiéndosela.) ¡Hombre!
¡Pero tiene usted descaro!
Este salchichón amarga
y es más duro que un zapato.
(Dándole al Ayudante otro pedazo.)
¿No es cierto?

AYUD. (Después de comérselo.) Dice usted bien;
se traga, mas con trabajo.

TIM. Venga un vaso de aguardiente;
de Valdepeñas, de algo,
á ver si hacemos que pase.

PAB. ¡Pero, señor, si no es malo!

TIM. ¡Silencio!
(Le entrega todo el salchichón al Ayudante y éste se lo guarda en los bolsillos de la americana.)
(Cogiendo varios panecillos y examinándolos.)
¡Y es éste el pan
que usted despacha! Está falto
de peso. (Al Ayudante.) ¡Guárdese usted
estos panecillos largos!
(El Ayudante se los guarda en la americana, de manera que queden á la vista del público.)
Café de Matías López...
(Cogiendo un paquete.)
¿Será bueno?
(Va á desenvolverlo; pero se arrepiente y se lo da al Ayudante.)
Por si acaso,
guárdese usté estos paquetes;
también van decomisados.
(Fijándose en el almuerzo que dejó el cochero sobre el mostrador.)

Este vino y este queso
de seguro serán malos.
(Se lo entrega al Ayudante.)
¡Yo le ajustaré las cuentas!
¡Y éste es el comercio honrado
de Madrid!... (Yéndose.)

PAB. (Saliendo tras él.) ¡Pero, señor,
que no lo ha visto despacio!

TIM. ¡Volveré!

PAB. ¡Si esto no es justo!
Y diga usted ¿á quién reclamo?

TIM. (Bruscamente.) ¡Al Nuncio!

RUF. (Sale con gran desesperación.) Precisamente
yo le he servido hace un rato.
(A Don Pablo.) ¡Mire usted qué medio duro
de aquellos recién casados!

PAB. (Sofocado.) ¡Déjame en paz, bueno estoy
para negocios extraños!

RUF. ¡Mi almuerzo!

PAB. Sí, búscale,
también lo han decomisado.
¡Ahí tienes la autoridad!

RUF. (Acercándose al Timador y á su Ayudante, que se habrán quedado á la puerta arreglando los artículos que se llevaban.)
¡Ése! Ahora que reparo,
si este señor es el mismo
de Fornos: pues si es un caco.
(Quiere sujetarle, y echan á correr; va á seguirlos y le detiene el Inspector, que sale.)

INSP. (Desde la puerta.) No apurarse, que los guardias
los pondrán á buen recaudo. (Mirando hacia la calle.)

Ya los han cogido... pronto
á la prevención.

PAB. ¡Canastos!
¿Pero no es teniente alcalde?

INSP. ¡Si es un timador, don Pablo!
¡Se ha dejado usté engañar!

PAB. ¡Por vida del rey de bastos!
Pero me devolverán
los géneros.

INSP. ¡Pues es claro!
aunque es forzoso que antes
se queden en el juzgado:
formarán causa á los reos
y cuando estén sentenciados,
dentro de cinco ó seis meses,
ó, todo lo más, de un año,
entonces se los devuelven.

PAB. ¡Ya comprendo... apolillados!
¡Quiere decir que de todas
maneras soy el pagano!

(Se oye en la calle gran ruido de silbidos, gritos y dos tiros no muy cercanos. Todos se dirigen con gran curiosidad á la puerta, por donde entra don Lino muy asustado.)

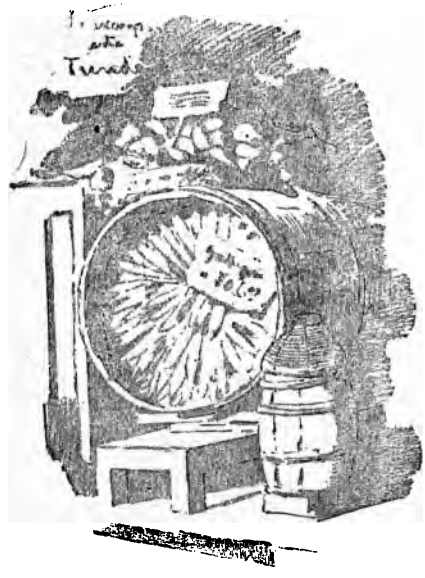
ESCENA XIV

DICHOS y DON LINO

INSP. ¿Qué ocurre? (Todos rodean á don Lino.)

LINO. No hay que asustarse (Sobresaltado.)
señores, que ya no es nada.
Don Pablo, haga usté el favor
de darme un vaso de agua.

Un matutero á caballo,
que quería entrar dos cajas
de petróleo y tres pellejos
de vino y ¡clarol los guardias,



aunque parezca increíble,
eran de opinión contraria;
se enredan á tiros, y él,
viéndose sin esperanza,
echa al galope, y arroja
al suelo cuanto llevaba;
pero las cajas malditas,
no sé por qué circunstancia,
caen dentro de una berlina

de punto, al golpe se inflaman...

RUF. (Aterrorizado y echando á correr.)
¡Mi coche! ¡El número trece!
Era el fin que te esperaba. (Váse.)

INSP. Pues yo me marcho en seguida
porque estaré haciendo falta. (Vase con don Lino.)

ESCENA ÚLTIMA

DON PABLO y los DEPENDIENMES

PAB. (A Nicasio.) Y tú, pon en un papel,
pero en prosa lisa y llana,
un letrero en que se lea:
"esta tienda se traspasa,"
que no quiero más belenes
ni servir á gente baja.
Me voy á mudar al centro,
si hoy no es posible, mañana.
(Al público.) Y ahora ustedes disimulen,
señores, la confianza...
y aquí se acaba el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

Tomás Luceño

¡AMÉN!

O

EL ILUSTRE ENFERMO

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

TOMAS LUCEÑO

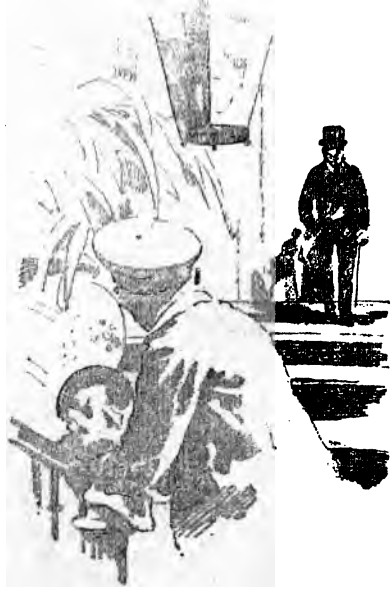
Estrenado en el teatro Lara la noche del 8 de Abril de 1890.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLOTILDE	SRA. VALVERDE.
LUÍSA	SRTA. RODRÍGUEZ.
UNA JOVEN DEL PUEBLO BAJO UNA VOZ DE MUJER	SRA. MAVILLARD.
MERCEDITAS (hija del Presidente del Consejo de Ministros)	SRTA. BLANCO.
LA DONCELLA DE S. E.	CRUZ.
LA SEÑORITA DEL PRINCIPAL IZQUIERDA	MARTÍNEZ.
DON CEFERINO (senador)	SR. RUBIO.
AYUDANTE DEL GENERAL PÉREZ. DON RUFINO SUÁREZ (cesante) UN DESCONOCIDO DON MANUEL (enfermo)	RUIZ DE ARANA.
LORENZO (portero)	TAMAYO.
DON CALIXTO (inspector de policía)	GALVÁN.
DON SEBASTIÁN (médico y diputado)	TOJEDO.
DON ROQUE SÁNCHEZ (médico)	ROBLEDO.
LUIS (secretario particular de S. E.)	RAMÍREZ.
DON MIGUEL (ayuda de cámara)	CAPILLA.
DON ANTONIO (médico)	JIMÉNEZ.
DON EDUARDO (ídem)	CASTRO.
CHULO 1.º	ROMERO.
CHULO 2.º UN LACAYO	SOTO.
UNO DE ORDEN PÚBLICO	GERONA.
OTRO ID. ÍD	N. N.
UNA NIÑA. UN NIÑO (hijos del Presidente)	SRTA. RIAZA. SRTO. SÁNCHEZ.

ACTO ÚNICO

Portal de casa grande, adornado con todo el lujo posible. En el foro, la puerta de la calle. A un lado y á otro, escalera que conduce á los cuartos principales, que estarán dando frente al público, con su correspondiente barandilla, en lo que figura descanso. El principal derecha es donde vive el Presidente del Consejo. A la izquierda, en el portal, una mesa ó velador pequeño, con recado de escribir, y un plie-



go grande de papel, lleno de firmas. Cuando no perjudíque al diálogo, una pareja de Orden público paseará por delante de la puerta, sin entrar en el portal hasta que la acción lo reclame. La portería está á la derecha, con su correspondiente trampilla practicable. La escena en Madrid. Época actual. Empieza á las doce del día y termina al anochecer. Por derecha é izquierda, la del espectador.

ESCENA PRIMERA

EL INSPECTOR, hablando con los de Orden público, que están á la puerta. DON MIGUEL, de levita y pantalón negros, grandes patillas y aspecto de hombre importante. Baja por la escalera de la derecha y se pone á hablar con LORENZO, portero, que llevará un mandil á rayas, y que estará limpiando la bola dorada del principio de la escalera.

INSP. Si no bastan ochenta carros de arena, que traigan ciento. Lo principal es evitar el

ruido de los coches; y si á pesar de eso no se consigue, prohibid el paso á los carruajes. ¡Tengo que estar en todo! (Los guardias se van. Dirigiéndose á don Miguel y á Lorenzo.) Ya ven ustedes el interés con que cuido de la salud del Presidente. ¡Me parece que si me dan un ascenso, me lo he sabido ganar! Ahora voy á la botica, y después á decir al maestro Trullis que venga á cortar el pelo á los niños de su excelencia. Adiós. (Vase por el foro.)

MIG. Hasta luego. (Sigue hablando con Lorenzo.)

ESCENA II

DON MIGUEL y LORENZO, que siguen hablando en voz baja. DON RUFINO SUÁREZ, de aspecto humilde, con sombrero de copa y levita, entra pausadamente, y acercándose al velador, dice:

RUF. ¡Soy el hombre más desgraciado del mundo! En cuanto pretendo un destino, ó cae el Gobierno, ó se muere el que ha de dármelo. (Fijándose en la lista que habrá sobre la mesa.) No encuentro sitio donde firmar. ¡Ni en el papel hay vacante para mí! A ver si en este huequecito... (Coge la pluma para firmar.) ¡Dios mío!... haced que no se muera, y si se muere, que deje firmada mi credencial; y si no la deja firmada, que vaya al purgatorio, para que sepa lo que es este mundo. (Leyendo.) "El enfermo continúa lo mismo." Me extraña que no esté mejor después del soneto que le escribí ayer. Firmaremos. (Escribiendo en la lista.) "Rufino Suárez, el cual tiene ofrecido, si vuecencia se pone bueno, ir descalzo al cerrillo de San Blas." ¡Así como así, voy descalzo á todas partes!... (Firma, y se va por el foro.)

ESCENA III

DICHOS, menos DON RUFINO.

MIG. Cuando te traje del pueblo te hacía yo más listo; pero voy viendo que discurres en todo lo mismo que un colchón de muelles.

LOR. ¡Gracias, Miguelín!

MIG. ¿Ves? Otra necedad. ¿A qué me llamas Miguelín? ¿No estás viendo que todo el mundo me llama don Miguel? ¿Crees tú que á un ayuda de cámara del señor Pre-

sidente del Consejo de Ministros se le debe llamar Miguelín?

LOR. Hombre... comu eres mi primo, y de pequeño te llamaba así, pur eso... Por lu demás, *desimula*, don Miguel.

MIG. Todavía no has aprendido á conducirte con las personas como es debido. El otro día trataste con muy malos modos al embajador de Portugal.

LOR. Miente si fué cun esa embajada al amu. Lu que sucedió fué que me dió una tarjeta que decía: «Piñeiro, embajador ordinario...» y díjeme yo:—pues si es ordinario, que suba pur la escalera de los criados;—y pur ella le encaminé. Pero déjate de sermuneo, y dime cómo está el amu. Yo me intereso verdaderamente por su salud, purque si se muere, tú dejarás de tener tanta mano cun él, y te echarán á la calle. Y lo que es enfermo de veras, me parece que lo está el infeliz. El médico me dijo esta mañana que tenía una calentura de curenta grados sobre el nivel del mar.

MIG. ¡Gracias á Dios que has dicho algo que tenga sentido común! Pues hoy está un poco más aliviado; y aunque ha pasado la noche con angustias y con dolores...

LOR. Cumprendido. Con tu mujer y tu hermana.

MIG. ¡Lorenzo, no seas animal, por Dios!

LOR. ¡Ah! Vamos, sí; dolurido y angustiado.

MIG. Realmente la enfermedad es poca cosa; pero le conviene figurar que está grave,

con el fin de que le sirva de pretexto para dejar el Gobierno, porque ya está cansado de mandar.

LOR. Como yo de obedecer.

MIG. Oye: si me llaman, estoy en el principal interior, en casa de don Lucas.

LOR. ¡Ah, sí! El profesor de piano... de manubrio.

MIG. Voy á ver cómo está su hijo. Ahora está allí el médico, y él me dirá si es cosa de cuidado.

LOR. Pues ¿qué le ha ocurrido?

MIG. Percances del oficio. El pobre muchacho se ha metido á picador de novillos, y, eso sí, tiene sangre torera, como ahora se dice.

LOR. Si es picador, será sangre picadora.

MIG. Ayer salió por primera vez, y al poner la primera puya, le enganchó el toro, le volteó, le recogió... en fin, se encariñó con él...

LOR. ¿Y á eso lo llamáis encariñarse?

MIG. Y no le ha dejado un hueso sano. ¡Y en qué ocasión! Ahora que el amo, por recomendación mía, le iba á hacer cartero.

LOR. ¿Y por qué no haces que le den esa plaza á mi primo Antolín? Es chico listo, y para el correo interior sirve. El nun sabe las calles, pero las cartas que lleven señas que no sepa, las vuelve á echar al correo, y así sale del paso.

MIG. Conténtate con la posición que te he dado, y no te metas á protector de nadie. ¡Cuántos gobernadores cesantes quisieran ocupar tu puesto! Vuelvo pronto.

LOR. Anda cun Dios, Miguelín.

MIG. ¡Eh!

LOR. Vaya cun Dios, don Miguel. Hazte cuenta que no he dicho nada. (Vase Miguel por la escalera de la izquierda.)

ESCENA IV

LORENZO

Me va puniendo en cuidado la salud del Presidente, porque el día que él cierre el ojo, nosotros tenemos que cerrar la boca. Si yo tuviera segura una colocación mejor que ésta, ya me daba lu mismo que sanara comu que no sanara; y esu que, como bonachón y campechano, lu es. La otra tarde le encuntré en la escalera, y le dije:—Señor, nun salga vuecencia, que hace mucho aire, y el viento de Madrid mata á una bestia y no apaga un candil.—Creí que rodaba la escalera de risa.—No hay más remedio—cuntestóme;—hoy tenemos que elegir la mesa del Congreso.—A lo cual díjele yo:—Pues para elegir la mesa, que vaya la señora, ú yo, que también entiendo de muebles.—Y vuelta á reirse el pobrecillo... Voy á ponerme la librea, y luego á subir *El Motín*. ¡Qué risa le va á dar cuandu vea la caricatura! Le pintan de gran uniforme cun orejas de caballo y tirando de un carro de mudanza. ¡El demo-

nio son los periodistas! Antes voy á darle un repasón á *La Correspundencia*. Me gusta mucho leer todos los días "el crimen de anoche y el desfalco de Cuba„. (Entra en la portería, y se sienta á leer.)

ESCENA V

DICHO, y AYUDANTE del general PÉREZ, vestido de uniforme. Se dirige á la escalera de la izquierda, y cuando ha subido dos ó tres escalones, se detiene y dice:

AYUD. Portero. (Pausa.) ¡Portero!

LOR. ¿Qué hay? (Sin dejar de leer.)

AYUD. ¿En qué piso vive el señor Presidente?

LOR. (Sin dejar de leer.) En el principal, hombre, en el principal. Estás trayendo todos los días el carbón, y nun sabes el cuarto.

AYUD. ¿Pero con quién habla usted?

LOR. (Dejando de leer, y saliendo de la portería.) Usted

dispense, señor. Es que tiene usted la misma voz del carbonero, y por esu le confundí. Vive en el principal. ¿Quiere el señor que le acompañe?

AYUD. No hace falta. (Lorenzo entra en la portería. El Ayudante sube y llama en el principal de la izquierda. La campanilla no suena.) Estas campanillas me azaran de un modo horrible. No me atrevo á llamar fuerte por temor de armar un escándalo; y si llamo flojo, no suena. ¡Tiraré un poco más! (Se oye un campanillazo tremendo, y el ladrido de un perro de Terranova) ¡Adiós, ya se alborotó el perro del Presidente!

ESCENA VI

DICHOS, y la SEÑORITA del principal de la izquierda.

SRTA. (Abriendo la puerta.) ¿Qué se le ofrece á usted? Pase usted adelante. (El perro sigue ladrando.) ¡Calla, Boulanger!

AYUD. Venía... ¡Pero, señora, por Dios, que calle ese animalito!

SRTA. No tenga usted cuidado. No muerde más que al que no conoce.

AYUD. Pues haga usted el favor de presentarme.

SRTA. (Figurando que pega al perro.) ¡Toma! (Se oye el alarido del perro, que se aleja.)

AYUD. Soy el ayudante del general Pérez, y vengo á saber cómo sigue...

SRTA. ¡Ah, sí!... Muchas gracias; y dígale usted que está mejor.

AYUD. ¿Qué ha tenido?

SRTA. Una niña muy hermosa, que ha dado á luz esta mañana.

AYUD. ¡Señora... por Dios!... ¡Si yo pregunto por el señor Presidente!

SRTA. ¡Já, já! ¡Tiene gracia! Es en el cuarto inmediato. (Entrase, y cierra la puerta.)

AYUD. ¡Pues no me he llevado mal susto! ¡Qué atrocidad! ¡Tendría que ver! (Llama en el de la derecha, y después de hablar en voz baja con el Ordenanza que sale á abrir, vase.)

ESCENA VII

DON SEBASTIAN y DON ANTONIO, médicos, bien vestidos.

ANT. (En el foro.) Pase usted.

SEB. De ninguna manera, señor La Olla: usted primero.

ANT. ¡No faltaba más! Usted es el médico de cabecera.

SEB. Pero usted, en cambio, es un distinguido profesor llamado á la consulta.

ANT. Como usted quiera. (Entran en el portal.)

SEB. Pues, como le iba diciendo á usted, con la vida que trae este señor, y con su temperamento nervioso, no sé cómo no ha dado un estallido. Toda su enfermedad está en la garganta. Como habla tanto, y tan mal, en las Cortes, se le ha presentado una angina catarral que no me gusta; de esas que nosotros llamamos anginas de oradores,

producida por el abuso del aparato vocal.

ANT. He curado muchas á esos que venden específicos en carretela.

SEB. Las enfermedades de garganta parece que se extienden entre la gente política.

ANT. Sobre todo entre los diputados ministeriales.

SEB. ¡Es natural! Tragan tanto, que á la fuerza han de tenerla irritadísima.

ANT. Pues la dolencia de este señor es preciso combatirla.

SEB. Pues la combatiremos.

ANT. Y la venceremos.

SEB. ¡Y el Presidente se restablecerá!

ANT. Pese á quien pese. Porque su existencia es preciosa para el país.

SEB. Y para nosotros. ¡Figúrese usted si le salvamos la vida!...

ANT. Todo le parecerá poco para pagarnos.

SEB. En dinero no será mucho, porque estos señores lo pagan todo en especie.

ANT. ¡Cómo en especie!

SEB. En distinciones honoríficas. Yo no me escapo sin una gran cruz; y á usted ya le estoy viendo con la cabeza en ferrocarriles... porque una plaza de consejero en esas Compañías es una ganga. Y aquí, para *inter nós*, yo sólo podría sacar adelante al ilustre enfermo; pero, como además de médico, soy diputado de oposición, me pareció que la familia estaba... así, un poquillo escamada; y entonces dije: "yo no

hago nada sin traer á consulta una eminencia en esta clase de enfermedades...: á don Antonio La Olla „

ANT. Muchas gracias.

SEB. A lo cual accedieron todos, y en particular la suegra del Presidente, que me dijo en seguida: "Doctor, no ande usted con miramientos: A la olla, á la olla „

ANT. Repito las gracias. Le reconoceré con mucho cuidado, y después acordaremos el tratamiento.

SEB. En cuanto al tratamiento, el primer día le di vuecencia; pero me le apeó al instante.

ANT. ¡Si no me refiero á eso, por Dios!...

SEB. Perdone usted, don Antonio... si es que estaba distraído. A mi juicio, lo primero que debemos darle es la estrignina.

ANT. Es lo que procede, siendo usted diputado de oposición. (Se dirigen á la escalera de la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS, y una JOVEN del pueblo bajo, que entra por el foro.

JOV. (Dirigiéndose á don Sebastián.) Don Sebastián, por la Virgen del Carmen, que hace tres días no va usted por casa, y aquel hombre se me está muriendo.

SEB. Estoy sumamente ocupado. La salud del Presidente es antes que todo.

JOV. Eso es; y á los demás que nos parta un rayo.

SEB. Si lo que tiene tu marido, no es nada.

JOV. Pues lo que yo veo es que no puede resistir los dolores, y que se está dando de coscorrones contra la pared.

SEB. Bueno, bien; que siga así hasta que yo vaya, y no tengas cuidado. (Vase la Joven por el foro, y don Sebastián y don Antonio suben pausadamente la escalera.)

ESCENA IX

LORENZO; un DESCONOCIDO, que sale por el foro, y con mucho sigilo se acerca á la portería, y dice:

DESC. Portero...

LOR. (Saliendo del cuchitril ya con librea y gorra de uniforme.) ¿Qué hay?

DESC. ¿Ha muerto ya el Presidente?

LOR. ¡Hombre! ¡Qué barbaridad! *Nin* lleva trazas.

DESC. ¿Que no? (Con mucha extrañeza.)

LOR. Comu que está más aliviado.

DESC. ¡Qué contrariedad! ¿Pero no le asiste don Sebastián Menéndez?

LOR. El mismo.

DESC. ¿Cuántas visitas le ha hecho?

LOR. Dos.

DESC. Pues no le dé usté vueltas, á la tercera cae. Hasta luego. (Vase corriendo.)

LOR. ¡Eh! Buen hombre... ¡Sí, sí, échale un galgo¡ En cuanto venga el Inspector le digo lo que sucede, porque este mucito me va escamando. (Entra en la portería.)

ESCENA X

DON SEBASTIÁN, DON ANTONIO, que han subido ya y les ha abierto la puerta la DONCELLA; pero ninguno de los dos quiere entrar antes que el otro, y se pasan gran rato haciéndose cortesías y cumplidos.

DONC. (Saliendo á la puerta del principal.) Señores: el enfermo se va empeorando. Hagan ustedes el favor de dejarse de cumplimientos, y de pasar pronto. (Los dos continúan haciéndose reverencias, hasta que, al cabo de un rato, entra primero don Antonio. Entretanto, por la escalera de la izquierda han bajado don Miguel y don Eduardo; éste de aspecto humilde, pero no derrotado)

ESCENA XI

DON MIGUEL, DON EDUARDO y LORENZO.

EDU. (A don Miguel.) El porrazo fué tremendo. Yo no sé todavía si ha traído las narices á casa, ó si se las ha dejado en el redondel. La verdad es que los picadores debían llevar los huesos numerados, y así, al reconocerlos, sabríamos los médicos el que les faltaba.

MIG. ¡Lo peor es la pierna, que se le ha quedado tan encogida!

EDU. Eso no me da cuidado. Ya haremos que vuelva á su posición natural. Por de pronto, haga usted el favor de disponer que lleven esta carta adonde dicen las señas. La pobre familia no tiene por quién mandarla, y por eso le doy á usted esta molestia.

MIG. De ningún modo. Lo que me sobra á mí es gente. Treinta guardias de orden público hay en la calle, para lo que se ocurra en casa.

EDU. Gracias, y hasta luego. (Vase foro.)

MIG. Vaya usted con Dios. (Se asoma á la puerta.) A ver... uno. (Se presenta uno de Orden público.) Lleve usted esta carta á don Roque Sánchez, médico, Olivar, 21; y si está en casa, que venga en seguida.

GUAR. (Tomando la carta.) Está bien. ¿Quiere vuecencia algo más?

MIG. Nada, usía; que vuelvas pronto.

LOR. ¡Lu menus se ha creido que eras el ministro de Marina!

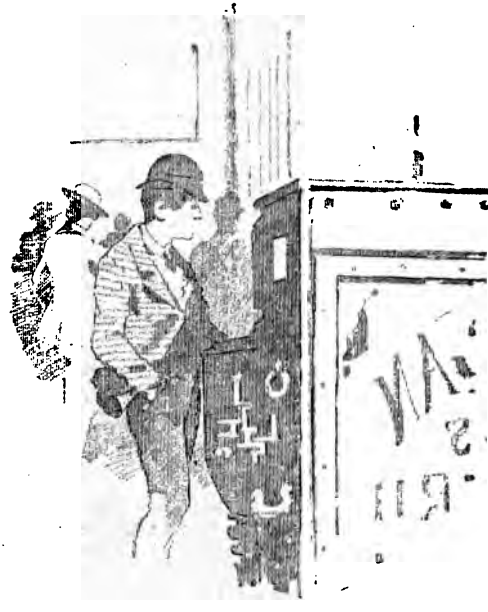
ESCENA XII

LORENZO, DON MIGUEL y CHULOS 1.° y 2.°, que se paran delan de la puerta con un piano de manubrio. Chulo 2.° se pone á tocar, produciendo un ruido y una desafinación muy grandes. Al poco rato, la doncella de S. E., que se asoma á la barandilla.

LOR. (Saliendo á la puerta precipitadamente.) ¡Silencio, granujas... á ver si os calláis! (Cesa el ruido.)

CHULO 1.° (Entrando.) ¿Y por qué? ¡Si es nuestro oficio!

LOR. Porque hay enfermo.



CHULO 1.° Pues me alegraré que se alivie.

MIG. Es que el enfermo es un alto personaje.

CHULO 1.° Pues si es alto, mejor; así no llegará el ruido hasta él.

DONC. (Asomándose al descansillo, y en voz baja.) Miguel, de parte de la señora, que dé usted un duro á esa gente, y que se vaya. (Se entra.)

MIG. (Llamando aparte á Lorenzo) Toma, dales cuatro pesetas, y que se larguen.

LOR. (Aparte al Chulo 1.°, y guardándose dos pesetas.) Ahí tienes dos pesetas, y ya estáis aquí de más.

CHULO 2.° (Acercándose al 1.°) ¿Cuánto te ha dao?

CHULO 1.° Dos reales.

CHULO 2.° ¡Ay, qué gachó! Dentro de media hora volvemos á tocarle la *Marsellesa*, á ver si acaba de una vez. (Vanse por el foro. Lorenzo entra en la portería y Miguel se ha subido á casa de Presidente.)

ESCENA XIII

DOÑA CLOTILDE y DOÑA LUISA, señoras muy elegantes, de alguna edad, pero bien conservaditas. Salen de casa del Presidente.

LUISA. Es una grosería que no tiene nombre. Venimos con el mayor interés á saber cómo sigue, y ni su mujer ni su hija nos dejan pasar á la alcoba.

CLO. ¡Parece mentira que se den tanta importancia!... ¡Y conmigo, que los he conocido con un trapo atrás y otro adelante, como suele decirse!

LUISA. Pues yo sin ningún trapo, hija mía. Cuando vino á Madrid este hombre, y mi marido fué á verle, ¿cómo dirá usted que le recibió?

CLO. ¡Vaya usted á saber!...

LUISA. Pues sin más ropa que un gorro griego y unos tirantes.

CLO. ¡Ave María Purísima! ¿Y el danzante del secretario? A ése le he conocido yo de tenor cómico de la compañía de Jesús...

LUISA. ¿De la compañía de Jesús?

CLO. Sí, de Jesús Martínez, director de escena del teatro de Tacón.

LUISA. ¡Ah! Eso es otra cosa. Por supuesto, que de estos desaires tenemos la culpa nosotras, que venimos á visitarlos. Yo me marcho. (Besándola.) He tenido tanto gusto...

CLO. Espérese usted un poco. Mi coche no tardará en venir, y yo la llevaré adonde usted quiera.

LUISA. ¡Ah! ¿Tiene usted carruaje?

CLO. Es de mi primo el subsecretario; pero como lo paga el Estado, le usamos toda la familia. Ahora ha ido al Instituto á recoger á mi hijo; después irá al Congreso á llevar á mi marido, luego por mi prima, que tiene que ir á tiendas, y más tarde vendrá por mí.

LUISA. Pues crea usted que compadezco...

CLO. ¿A quién, á nosotros?

LUISA. No, á los caballos que paga la nación (y la nación que paga los caballos). Pero,

diga usted, ¿qué vamos á hacer tanto tiempo en el portal?

CLO. Pues, hija mía, ¿qué hemos de hacer? Murmurar un poco, que bien se lo merecen.

LUISA. Si es para eso, entonces me esperaré con mucho gusto.

CLO. De todos modos, yo he de volver á la noche, porque este señor me inspira un interés grandísimo, y sentiría que se nos malograra sin firmar el nombramiento de mi marido para intendente de Cuba.

LUISA. ¿Pues no me ha dicho usted que había venido chiflado de Filipinas?

CLO. Eso sí, completamente; pero chiflado y todo, es diputado á Cortes... y ¡si viera usted qué bien habla!... Algunos párrafos, hasta le salen en castellano.

LUISA. ¿Y en qué consiste la chifladura? Porque yo se lo he preguntado á muchos, y nadie ha sabido contestarme.

CLO. La de mi esposo es de las más raras que yo he visto. Le ha dado por ser excesivamente amable y ceremonioso con todo el mundo. A mí me hace pasar unos ratos terribles. Figúrese usted que el otro día se encontró á un sacerdote amigo suyo.—"¿Cómo está usted?„ le dice mi marido.—"Bien, gracias; ¿y la señora?„ contesta el cura. Y mi esposo responde:—"Perfectamente; ¿y la de usted?„

LUISA. ¡Tiene gracia! ¡Já, já!

CLO. El sofocón grande fué el que ayer pasé

aquí. Estaba la sala llena de visitas; se acerca la hija del Presidente, y le dice: — "¿Conque mañana es su Santo de usted?" Y mi esposo, por echárselas de galante, responde: — "Sí, señora; y el de usted." — ¡El mío! ¡Si yo me llamo Mercedes y usté Policarpo!" — "No importa. Es que todo lo que es mío, es de usted también." Todavía se están riendo.

LUISA. ¡Ya lo creo ¡Por Dios... si eso es muy gracioso! ¿Y es verdad que le ha traído al Presidente grandes regalos de Filipinas?

CLO. Eso sí, espléndidos. Pañuelos de Manila, veladores maqueados, colmillos de elefante... y, sobre todo, un cuchillo que fué del sultán de Joló, de un mérito extraordinario. El mango no es el mismo, porque se perdió en la travesía; y la hoja se la hemos puesto nueva, porque la otra estaba mellada; pero es auténtico. Yo misma los voy á traer después, y si está usted aquí, podrá verlos.

LUISA. ¡Ya lo creo! Yo no dejo de venir á preguntar por su estado hasta que me sirva en lo que le he pedido.

CLO. ¿Pues qué le ha pedido usted?

LUISA. Una pequeñez. Que á mi esposo, que le sienta muy mal esto, lo traslade á Lugo; y que á mi primo, que le sienta muy mal aquello, me lo coloque en Madrid. Pero, si no nos dejan verle, serán inútiles nuestras gestiones.

CLO. En cambio, á la Duquesita la permiten que

no se aparte de la cabecera. ¡Es claro! Tiene que mostrarse agradecida, porque si su marido es coronel, se lo debe al Presidente.

LUISA. ¿Quién era aquel que estaba en mangas de camisa, batiendo unas claras de huevo, en la cocina?

CLO. Don Pedro Núñez, capitán general de los ejércitos nacionales.

LUISA. ¿Y el que probaba las medicinas y daba friegas al enfermo?

CLO. El gobernador de Barcelona, que por ese medio quiere ganarse una gran cruz.

LUISA. Pero ¡cuánta adulación, hija mía! A todo el que viene aquí, le trae algún interés. No así á nosotras, que venimos espontáneamente y sin otro móvil que la salud del ilustre enfermo. (Se presenta en el foro un lacayo de librea.)

LAC. Señora...

CLO. Ahí está el coche. ¿Viene usted?

LUISA. Sí; me dejará usted en el convento.

CLO. ¿Cómo?...

LUISA. Tengo que ir á ver á mi tía la monja.

CLO. La conozco. ¡Y qué hermosa es, por cierto! ¡Qué ojos tiene tan interesantes!

LUISA. Como que las demás compañeras no la llaman más que sor Barbiana.

ESCENA XIV

DICHAS, y DON LUIS, que sale de casa del Presidente, y se dirige a la puerta de salida; las dos señora le detienen.

CLO. Luisito... ¿Qué ocurre? ¿Se ha puesto peor?

LUIS. No, señora, todo lo contrario.

LUISA. ¡Ay!... Respiro.

CLO. ¡Qué susto tan horrible! He creído otra cosa.

LUIS. Pues tranquilícense ustedes. Adiós. No me puedo detener. Voy al ministerio de la Guerra á un asunto urgente.

CLO. Le llevaremos á usté en el coche.

LUIS. Muchas gracias. Ya sé de lo que van á hablarme. Ahora no puede ocuparse el Presidente de las recomendaciones de ustedes.

CLO. ¿Pero quién pretende eso?

LUISA. ¡Ave María Purísima! Lo primero es su salud.

LUIS. Me ha dicho esta mañana que piensa colocar primero al protegido de la más bonita.

LAS DOS. ¡Ay!... Muchísimas gracias.

LUIS. A los pies de ustedes. (Vase por el foro.)

LAS DOS. Siento mucho que no sea usted la preferida. (Vanse por el foro.)

LOR. ¡Jesús! ¡Qué par de cutorronas!

ESCENA XV

LORENZO y el DESCONOCIDO, que entra con el sigilo de siempre.

DESC. (Al Portero, que habrá salido de su cuchitril.) ¿Ha recaído, verdad? Ahora no me negará usted que está peor.

LOR. Pues, sí, señor, se le niego á usted. Se encuentra mucho más aliviado.

DESC. Usted me engaña; usted está comprado por alguien para ocultarme la verdad.

LOR. No, señor, no oculto nada.

DESC. Pero esos médicos, ¿qué hacen?

LOR. Nada: por eso está mejor.

DESC. No hay más: tiene que morir á la fuerza.

LOR. ¡Naturalmente! Por su gusto no ha de ser.

DESC. Pues la gente dice por ahí que este hombre no sale de hoy. Las tropas están en los cuarteles, la policía se agita, y todo hace creer que la revolución ha de estallar muy pronto. Cuando esto sucede, es que el enfermo se va; y como no me tenga usted al corriente de todo, se ha de acordar de mí.

(Vase corriendo, y tropieza con el Inspector, que entra.)

ESCENA XVI

INSPECTOR y LORENZO.

LOR. Llega usted á tiempo.

INSP. ¿Qué sucede?

LOR. Ese hombre que acaba de salir, ha venido ya dos veces á preguntar por el amu; y en cuanto le digo que está mejor, se enfurece. Para mí, trae muy malas intinciones.

INSP. ¡Qué me vas á decir á mí! Estoy harto de saber que se conspira contra la vida de su excelencia y contra el orden social. Sé el número y el cuarto donde se reunen los perturbadores.

LOR. ¿Y la calle?

INSP. Eso es lo único que me falta averiguar.

LOR. ¡Pues es una frioleral

INSP. Sé igualmente que para que le abran á uno la puerta de la casa, es preciso decir *amén*. He recorrido todos los números 60 de Madrid, he llamado en todos los pisos bajos, he dicho *amén*...

LOR. Y le habrán contestado Jesús.

INSP. No: me han dado con la puerta en las narices. El jefe de la revolución está en Madrid hace dos días. Le he visto llegar por la estación del Norte; pero después se me ha escabullido. He dado parte á mis superiores, y se están tomando todo género de precauciones, y se ha puesto en juego toda la policía. Ahora que digo *juego*, me mar-

cho á escape al Casino á decir que los voy á sorprender esta noche, y en seguida vuelvo.

LOR. (¡Jesús, qué hombre! ¡No descansa un momento!)

INSP. (Muy preocupado, como hablando consigo.) A esos pájaros del *amén*, si los cojo, no les arriendo la ganancia. Codo con codo, y al *abanico*. Ya me estoy gozando en lo que van á pasar allí... si es que los coge sin dinero. Por supuesto, que yo los fusilaría y *requiescant in pace*...

LOR. Amén.

INSP. (Alarmado, y como volviendo en sí.) ¿Eh?... ¡Ah!... ¿Eres tú? Ten cuidado con esa palabra, porque hoy la considero subversiva. Hasta luego... No; antes voy á decir al señor Presidente un secreto que acabo de descubrir. Mucho ojo; y en cuanto vuelva ese hombre que viene con tanta frecuencia, me avisas. ¡*Amén*, ya les daré yo el *amén*! (Sube la escalera, se encuentra en el descansillo con Merceditas y don Sebastián, que salen de casa del Presidente, saluda, y entra.)

ESCENA XVII

MERCEDITAS y DON SEBASTIAN, en el descansillo. A poco DON ANTONIO.

SEB. Yo le encuentro mucho mejor.

MER. Y yo también, y eso que ayer me llevé un

susto tremendo, porque estuvo muy amable con todos; pero desde que hoy he visto que á mi mamá le ha llamado estúpida y al secretario alcornoque, he dicho:—mi padre se salva.—Por supuesto, ¿nada de alimentos?

SEB. Puede comer de todo; pero, por Dios, no le den ustedes café, porque una excitación nerviosa nos traería grandes perjuicios. (Se despide y baja la escalera. Sale don Antonio, y antes de despedirse, dice á Merceditas:)

ANT. Lo menos en seis días no puede tomar alimento. Si pide café, le dan ustedes cuanto quiera, porque una excitación ahora, tal vez fuera nuestra salvación. (Baja la escalera, se une á don Sebastián, que le está esperando, y se van por el foro.—Conviene, para no estorbar á los personajes que salen en seguida, que bajen por la escalera de la izquierda.)

MER. ¡Pues cualquiera sabe lo que se le debe dar á mi padre!

LOR. (Saliendo de la portería con telegramas y periódicos.) Vamos á entregar los telegramas que vinieron anteanoche. Desde el lunes los voy á subir por semanas, para no hacer tantos viajes. (Va á subir la escalera, se encuentra con que van á bajar don Ceferino y los niños, y se detiene hasta que estos personajes han bajado. Después sube, entrega los papeles á Merceditas y baja otra vez, metiéndose en la portería.)

ESCENA XVIII

MERCEDITAS, asomada á la barandilla. DON CEFERINO, que sale de casa del Presidente con una NIÑA y un NIÑO muy elegantemente vestidos.

CEF. Vamos, niños, vamos á paseo. (A Merceditas.) Descuide usted. Van conmigo lo mismo que si fueran con su padre.

MER. ¡No sabe usted, don Ceferino, cuánto agradecemos sus atenciones!

CEF. Me gustaría que supiera el señor Presidente que los saco de paseo todas las tardes, que los llevo en mi coche, y que, á la vuelta, los meto en casa de Lardhy y los convido á pasteles y á Jerez. Por lo demás, yo mismo los traeré, porque no me fío de nadie. (Van bajando la escalera.)

MER. Que no déis guerra á don Ceferino. Los lleva usted al Retiro; se sienta usted allí, y que corran por donde quieran.

CEF. Sentarme, no, hija mía; porque como soy senador, en cuanto me siento me quedo dormido.

MER. Hábleles usted en francés, que la institutriz les ha prohibido que hablen en español.

CEF. ¡Hola, hola! ¡Ya tan ilustraditos!

MER. Lo que es Enrique, devora la gramática francesa.

NIÑA. El otro día, si no se la quita papá, se la come.

CEF. ¿Y en qué te andas ya?

NIÑO. En *Télémaque ne pouvait se consoler.*

CEF. ¡Muy bien! ¿Y tú, hermosa?

NIÑA. En *morceaux* escogidos, que me ha traído *madame.*

CEF. No se dice *madame*, se dice *madam*, hija mía. ¿No ves que la *e* es muda?

NIÑA. (Con tristeza.) ¿Es muda? ¡Pobrecilla!

CEF. Y la otra niña, ¿no quiere salir de paseo?

MER. Está delicadilla. Le ha salido una erupción,

y como se llama Pompeya, estamos con mucho cuidado.

CEF. Me parece muy bien. ¡Ese sí que es el colmo de la precaución!

MER. Que los traiga usted mismo, ¿eh?

CEF. Estas alhajitas no se las entrego yo á nadie. Que no se le olvide á usted decir al papá que vengo por ellos todos los días, y...

MER. Sí; y que los convida usted á pasteles, etc.

CEF. Hasta luego, ¿eh?

MER. Adiós. (Los niños la tiran besos con las manos, y ella á los niños. Don Ceferino, como distraído, le tira también un beso á Merceditas.) ¡Adiós, ricos! (Entrando y cerrando la puerta.)

ESCENA XIX

DON CEFERINO y los NIÑOS.

CEF. (Acariciando á los niños.) ¡Rica!... ¡Precioso!... ¿Quién me quiere á mí?

NIÑOS. Yo.

CEF. ¿A quién le gustan más los pasteles?

NIÑOS. A mí.

CEF. ¿Quién le va á decir á papá que me haga consejero de Estado?

NIÑO. Ésta.
NIÑA. Éste. (Los dos con rapidez.)

CEF. Los dos á un tiempo, y así haréis mas fuerza.

NIÑO. Yo no me atrevo, porque le he pedido para mi profesor de latín una canonjía, y me ha

dicho que los destinos vacantes se los tiene que dar á los sargentos.

CEF. Pero ¡qué salidas tenéis! No he visto niños más despejados que vosotros. Programa de hoy: de aquí á casa de Lhardy; tomamos unos pastelillos y una copita de Jerez...

NIÑA. Una copita de Jerez, cada uno.

CEF. ¡Es claro! Luego al Retiro.

NIÑO. Y allí un vasito de leche con un mojicón.

NIÑA. Con un mojicón... cada uno.

CEF. Sí, hermosa. (¡Qué afición tiene á especificarlo todo!) Jugáis un ratito, y después...

NIÑA. Otro vaso de leche con otro mojicón.

CEF. Y antes de llegar á casa... un cólico.

NIÑA. ¿Para los tres?

CEF. No, hija mía; un cólico para cada uno. De todos modos, estad tranquilos, que por mo-

jicón más ó menos no he de quedar mal. Así como así, el que da más mojicones en esta vida, es el que gana. *¿Allons à la proménade?*

NIÑOS. *Oui, oui,*

CEF. *Allons, enfants...* (Vanse por el foro cantando "La Marsellesa". Don Ceferino lleva de las manos á los niños.)

ESCENA XX

DON ROQUE, viejo y no bien vestido, con una caja electro-medicinal en la mano; UN GUARDIA.

ROQ. (Desde la calle y figurando que mira el número de la casa.) Número 60. Aquí es, no cabe duda.

GUAR. (Sin entrar.) Sí, señor, sí; yo mismo le he llevado á usted la carta.

ROQ. (Fijándose en el Guardia.) Es verdad. ¿Y quién se la entregó á usted?

GUAR. El mayordomo de su excelencia, que vive ahí, en ese principal... (Señala á la derecha y vase.)

ROQ. Muchas gracias. (Entra en el portal.)

ESCENA XXI

DON ROQUE

¿Quién había de decirme que, á mis años, me iban á llamar para asistir nada menos que á un personaje de esta importancia? ¿Por dónde habrá sabido este señor que yo soy una eminencia, cuando he sido siempre tan modesto, que no se lo he confesado á nadie? La verdad es que mi talento no es un grano de anís; mi reputación tampoco es un grano de anís, y la cuenta que voy á ponerle... tampoco va á ser un grano de anís. Desde que me he dado á la eléctricidad, el éxito en mis operaciones es brillante. El caso es que mi compañero sólo me dice en su carta que traiga la máquina eléctrica; pero no me indica el sitio en que he de aplicar los reóforos. Eso corre de mi cuenta. Subamos, que el gran estadista se halla pendiente de mis conocimientos científicos. (Sube, llama y entra en casa del Presidente.)

ESCENA XXII

LUIS y DON SEBASTIAN, por el foro.

LUIS. Las imprudencias de este Inspector no sabe usted adónde nos han conducido. Todo Madrid está creyendo que la revolución se viene encima.

SEB. A mí me han dicho que el que ha de ponerse al frente de ella, está en Madrid hace dos días.

LUIS. Pues yo acabo de averiguar que el que ha llegado hace dos días, procedente del Escorial, de girar una visita al cuartel de Carabineros jóvenes, es el ministro de la Guerra; pero como este Inspector lleva tres días en su destino y no le conoce, se le ha antojado que era el jefe de los revolucionarios. Ha hecho cundir la alarma, se han tomado precauciones militares, y resulta que hace dos días el ministro de la Guerra se está persiguiendo á sí mismo, y tomando precauciones contra sí propio.

SEB. ¡Cuánto me alegro! Todo eso va á servirme para referirlo en la sesión de mañana y poner en ridículo al Gobierno.

LUIS. Muchas gracias: con eso acaba usted de matar á mi jefe.

SEB. Hombre, no me acordaba de que era médico... y estaba hablando como diputado.

LUIS. Ese es el inconveniente de tener dos naturalezas.

ESCENA XXIII

DICHOS, EL DESCONOCIDO, por el foro, y LORENZO, que sale de la portería en cuanto ve á éste.

DESC. (Muy contento.) Buenas tardes, señores. ¡El ver á ustedes con esa cara de mal humor, me indica que ha muerto ya!... ¡Por fin! (Con alegría.)

LOR. Pues no, señor, no ha muerto.

DESC. Entonces esto es una burla... Volveré. (Medio mutis.)

LOR. (Deteniéndole.) ¡Eh, amiguito, quieto! ¡Usted va á cantar ahora mismo!

DESC. ¡Hombre, cantar habiendo enfermo!

LOR. Oiga, señor mío: ¿qué quiere decir *amén*?

DESC. ¡Así sea!

LOR. ¿Todavía con brumitas? Hagan ustedes el favor de no dejarle salir de aquí, hasta que yo avise á don Calixto, para que se lu lleve al Gobierno civil pur conspirador.

DESC. ¡Por conspirador! ¡Eh, poco á poco, señores! Yo no soy más que un dependiente de una funeraria, titulada "El Sauce llorón", y por si hacía falta, he venido tantas veces.

TODOS. ¡Qué barbaridad!

DESC. Yo no falto á nadie. ¿Está mejor su excelencia? Pues quiere decir que aquí sobra uno. (A don Sebastián.) ¡Doctor, no me le abandone usted, por Dios! (Vase precipitadamente.)

ESCENA XXIV

DICHOS, EL INSPECTOR, que saca á empujones á DON ROQUE de casa del Presidente. Detrás DON MIGUEL.

INSP. ¡Esa es una infamia! Usted no saldrá de esta casa sin decir las intenciones que traía.

ROQ. Señores, por Dios, que yo he venido con el noble propósito de salvar la vida de su excelencia. (Bajando.)

INSP. Sí, y le ha soltado una descarga eléctrica que á poco más se nos marcha por el balcón.

ROQ. Yo he seguido las órdenes del médico de cabecera.

SEB. ¡Las mías!

ROQ. Yo no me dirijo á usted para nada.

INSP. Señor secretario, no hay que ponerlo en duda; la conspiración está descubierta: los jefes son éstos.

LUIS. (A don Sebastián.) ¡Pero es posible, don Sebastián!...

SEB. Expliquémonos con calma, porque de lo contrario... vamos á perder el juicio.

INSP. (A don Roque.) A ver: ¿cómo justifica usted?...

ESCENA XXV

DICHOS, y DON EDUARDO, por el foro.

EDU. (Dirigiéndose á don Roque.) ¡Ah! ¿Usted aquí? ¿Supongo que habrá usted cumplido su misión?

INSP. ¿Otro? ¡Ya van cayendo!

EDU.
SEB. } Pero...

INSP. ¡Silencio! Vamos por partes. (A don Roque.) ¿Con qué derecho ha penetrado usted en la alcoba del señor Presidente?

ROQ. En virtud de esta carta. En ella se me dice que venga en seguida á la calle del Pez, que es ésta, núm. 60, que es éste, cuarto principal... (Señalando al cuarto principal derecha.)

EDU. Que no es ése, mi querido don Roque, sino el cuarto principal interior.

MIG. Pues ya está comprendido: yo mandé la carta por un guardia de Orden público.

ROQ. (Muy triste.) ¿De modo que no he sido llamado para asistir al señor Presidente del Consejo de ministros?

EDU. No: para asistir al Berenjena, picador de novillos embolados.

ROQ. ¡Pues me parece que aquí el embolado he sido yo! (Vanse don Roque y don Eduardo por la escalera de la izquierda.)

ESCENA XXVI

DICHOS, menos DON ROQUE y DON EDUARDO.

LUIS. Me parece, don Calixto, que está usted tocando el violón.

INSP. Me parece, don Luis, que lo que está sucediendo es motivo muy fundado para levantar sospechas.

LUIS. Y esos demagogos que se reunen á la voz del *amén*, ¿ha dado usted con ellos?

INSP. Esta noche caerán en mi poder. Sé fijamente dónde se reunen, y he de traérselos á usted á todos para que no dude de mi actividad.

ESCENA XXVII

DICHOS, DON MANUEL, mal vestido; aspecto entre revolucionario y cesante. Se acerca á la puerta del cuarto bajo izquierda, y llama.

VOZ MUJER (Desde dentro.) ¿Quién es?

MAN. *¡Amén!*

LUIS. (A los tres con quienes está hablando.) ¿Han oído ustedes?

VOZ. Aquí no vive nadie de ese apellido.

MAN. Pero, señora, mire usted que estoy desesperado. ¿Diciendo *amén*, no puede usted abrirme? ¿Si habré equivocado la palabra?

INSP. (Cogiendo de un brazo á don Manuel y llevándole en medio de la escena.) Oiga usted, señor mío, ¿por qué ha dicho usted *amén*?

LUIS. ¿A qué ha venido usted á esta casa?

INSP. ¡Ustedes se reunen ahí!

MAN. Debe ser en otra parte: habré confundido las señas. ¿Usted las sabe?

INSP. Sí, señor.

MAN. Pues haga usted el favor de llevarme, porque el asunto urge.

INSP. Usted se viene conmigo al Gobierno civil, por conspirador.

MAN. ¡Ah! ¿Por eso? Pues antes voy á confesar á ustedes todo lo tremendo del plan.

INSP. Eso, eso.

MAN. (Con misterio.) Yo padezco de horribles dolores de estómago. Como los médicos me han dicho que no tome otra cosa más que líquidos, llevo dos años alimentándome sólo de aguardiente. Y, no estoy seguro, pero me parece que de ahí viene esta irritación.

LUIS. ¿Se está usted burlando de nosotros?

MAN. ¡Dios me libre! Esta mañana me desperté

con agudas punzadas: quise desayunarme, y... ¡nada!

SEB. No se lo permitiría á usted el estómago.

MAN. No, señor: la falta de recursos.—Me voy á suicidar, le dije á mi patrona; y empecé á acariciar...

MIG. ¿A la patrona?

MAN. No: ¡la idea de quitarme de en medio!—"Yo conozco, dijo la patrona, á un médico que no sabe medicina...„

SEB. (¡Si seré yo?)

MAN. "Cura todos los males sin receta. Dice una oración, y poniendo la mano sobre el sitio dolorido, desaparece el mal.„—A mi patrona le ha curado un dolor que le corría todo el cuerpo...

LUIS. (¡A que tenemos otro del "Sauce llorón!„)

MAN. En la calle del Pez, 60 duplicado—y ahora me figuro que éste es 60 sin duplicar—cuarto bajo, vive ese hombre, de quien todos dicen que es santo. El Gobernador le persigue porque ejerce la medicina sin título. No admite en su casa más que personas conocidas, y que no puedan comprometerle. Llame usted á su puerta, diga usted *amén*, nada más, y le dejarán el paso libre.

INSP. (Amenazándole.) Si no fuera mirando que es usted un desgraciado...

LUIS. (Al Inspector.) Y usted otro, hoy mismo quedaba usted cesante. Está visto que el único perturbador del sosiego público es usted.

INSP. Poco á poco; yo no me fío. Vamos al 60

duplicado; y como en realidad ese curandero no sea un santo, ya puede usted encomendarse á Dios. (Vanse el Inspector y don Manuel, éste empujado por el primero.)

SEB. Oiga usted, don Luis; para que se calmen los temores que ha infundido ese desgraciado Inspector, lo mejor será que anuncie usted á todos que el señor Presidente está muy aliviado, y que puede recibir á sus amigos. (Sube, seguido de Miguel, á casa del Presidente.)

ESCENA ULTIMA

LUIS, DOÑA LUISA, DOÑA CLOTILDE y DON CEFERINO con los NIÑOS; éstos traen algunos juguetes. EL LACAYO con cajas y objetos. Todos entran con alguna agitación y rodean á don Luis.

CLO. Vengo muerta, Luisito. ¿Es verdad que el Presidente está gravísimo?

LUISA. A mí me han dicho que acaba de morirse.

CEF. Pues á mí que hoy era la misa de cabo de año.

LUIS. Todo lo contrario. Tengo el gusto de anunciarles que se encuentra ya perfectamente, y que desde hoy empieza á recibir visitas.

CLO. ¿De manera que podemos verle?

LUIS. Cuando ustedes quieran.

LUISA. ¡Qué felicidad! ¡Lo que he sufrido mientras ha estado enfermo, sólo Dios lo sabe!

CLO. Paulino, (Al lacayo.) usted delante. (A don Luis.) Son los regalos que mi esposo le ha traído de Filipinas. (Empiezan á subir la escalera.)

CEF. (Dirigiéndose con los niños á la escalera.) Quiero dejaros en la misma alcoba de vuestro papá, para que vea que no os abandono un instante. Decidle que yo os he comprado estos juguetes. ¡Y tú, *monín*, no te olvides de aquello!

LUIS. (Me parece que acabo de hacer una barbaridad. Cada uno va á hablarle de sus pretensiones, y le van á volver loco. ¡Ah! ¡Qué idea!) Señores: aunque el ilustre enfermo tendrá mucho gusto en recibir á ustedes, les suplico que no le hablen de política, porque hace dos horas que ya no es Presidente del Consejo de ministros. (Todos se quedan estupefactos en la escalera, y luego empiezan á descender, acercándose á don Luis.)

CLO. ¿Qué dice usted? ¡Es posible!

CEF. (A los niños, dejándolos en el comienzo de la escalera.)

Vosotros subid solitos, que ya tenéis edad para ello.

CLO. ¿Y se sabe á quién han nombrado en su lugar?

LUIS. (Como vacilando.) Al general Alvarez.

CLO. ¿Al general Alvarez? (A Paulino, que ya habrá llegado al cuarto principal.) Paulino, baje usted en seguida... y lleve usted todo eso á casa del general Alvarez. Dígale usted que mi esposo le ha traído ese recuerdo de Filipinas. (Vase con doña Luisa y el lacayo.)

CEF. Adiós, Luisito. Siento la caída; pero, francamente, este Gobierno no podía seguir. A este hombre le faltaba cabeza.

LUIS. Y á usted le falta nariz, porque no ha olido que esto fué una broma y que el Presidente sigue en su puesto, y seguirá por muchos años.

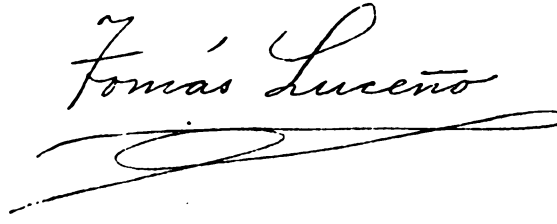
CEF. ¿Es de veras? ¿No ha caído? Niños... niños... (Echando á correr, tropieza en la escalera, y cae.) ¡Yo sí que he caído! (Se levanta y sube corriendo hasta que alcanza á los niños, que han llegado al descansillo de la escalera. Luis, riéndose, sube tras ellos.)

LOR. (Saliendo de la portería y como dirigiéndose á los que se fueron por el foro:)

¡Vayan benditos de Dios,
que ya volverán mañana!
Lo que estoy diciendo siempre:
(Al público.)
este mundo es una farsa...
Y aquí da fin el sainete;

perdonad sus muchas faltas.

(Antes de bajar el telón aparecen los Chulos del organillo, y después de decir los últimos versos Lorengo, tocan desaforadamente «La Marsellesa».)



LAS RECOMENDACIONES

SAINETE EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO

Estrenado en el Teatro Lara el 16 de Abril de 1892.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TULA	Sra. Valverde.
PATRO	Rodríguez.
MERCEDES	Mavillard.
CELEDONIA (criada)	Pino.
PURA	Srta. Riaza (Julia).
RAMONA (criada)	Canela.
MINISTRO	Sr. Rosell.
GENERAL	Rubio.
CARDONA	Ruiz de Arana.
AGUSTÍN LUQUE	Larra.
GARCÍA	Ramírez.
EDUARDO PÉREZ	Lacasa.
DON ANTONIO ANSELMO REYES	Gonzálvez.
DON JOSÉ (portero mayor)	Capilla.
RUFINO (portero segundo)	Soto.
PEDRO ROJAS	Ortiz.
BONIFACIO	Mata.

La escena en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de sala. Algunas sillas y una mesa pequeña á la derecha. Puerta al foro. Derecha é izquierda, siempre la del espectador.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MERCEDES y RAMONA.

RAM. ¿Pero tiene usted de mí
alguna queja, señora?

MERC. Nada de eso: siempre has sido
ordenada y económica.
Si alguna vez te he reñido,

tú no has abierto la boca,
y por eso en todas partes
puedo, con razón de sobra,
decir que no me ha salido
la criada respondona.
Guisas muy bien, y repasas
divinamente la ropa;
y en cuanto á planchar, lo mismo
que la mejor planchadora.
Pero no puedes seguir
en mi casa, por ahora;
mi hermana Tula, que viene
con su familia de Loja,
trae consigo una muchacha
que, aunque no es muy hacendosa,
viene muy recomendada
por don Anselmo Pantoja,
á quien debemos favores
de esos que si las personas
son agradecidas, quedan
grabados en la memoria.

RAM. Está bien, me iré al instante, (Llorando.)
ya que mi presencia estorba;
pero usted, que al fin y al cabo
no tiene nada de tonta,
se hará cargo de que es triste
que á la que tan bien se porta,
se la eche de casa, como
si una fuese cualquier cosa.

MERC. No, mujer: la que se va (Acariciándola.)
por algo que la deshonra,
no sale de la manera

que tú. ¡Por Dios, reflexiona
que te llevas mi cariño,
mi amistad... y, no seas boba,
no te aflijas, la paleta
ya verás, á las tres horas
de estar en Madrid, se cansa,
se aburre y descorazona,
comprendiendo que no es
para ella esta Babilonia.

RAM. Ahí queda el baúl, me voy (Afligida.)
á buscar quien lo recoja.
Si entre tanto quiere usted
registrarle...

MERC. Me incomoda
que pienses de esa manera:
yo conozco á las personas,
y no te juzgo capaz
de una acción tan bochornosa.

RAM. Un beso á la señorita (Despidiéndose.)
y al señor muchas memorias.

MERC. (Besándola cariñosamente.)
Adiós, mujer: que no dejes
de venir... (Vase Ramona.)

ESCENA II

DOÑA MERCEDES

¡Pobre Ramona,
tan servicial y tan buena!...
Con seguridad la otra
será una zafia, una torpe,

que no sabrá ni la jota.

(Suena la campanilla con mucho estrépito.)

¡Ya están aquí! Bonifacio,
abra usted, antes que rompan
la campanilla. ¡Esta gente
se figura que una es sordal

(Se ve cruzar á Bonifacio en dirección á la puerta.)

ESCENA III

TULA, EDUARDO y CELEDONIA, en traje de camino. DON ANTONIO y BONIFACIO; éste y CELEDONIA se dirigen á la segunda lateral derecha, con maletas y mantas de viaje, saliendo y entrando cuando lo indique el diálogo.

TULA. ¡Mercedes! (Abrazándola y besándola.)
MERC. ¡Tula! ¡Sobrino! (Idem á Tula.)
EDUAR. ¡Tía!
MERC. ¡Querido Eduardo!
TULA. Sírvenos el desayuno (A Bonifacio.)
en seguida, Bonifacio:
tenemos que hacer muchísimo.
MERC. ¡Y sin descansar un rato!
TULA. ¿Descansar? No hay que perder
un minuto.
MERC. ¿Es para tanto?
TULA. Ya hablaremos... ¡Qué viaje!
Si los asuntos que traigo
me salen tan bien, de fijo
no hay sér más afortunado.
MERC. ¿Es posible?
TULA. Mira: el tren
ha venido sin retraso;
no ha habido choque, ni robo:
donde nos hemos bajado
á comer, hemos comido
perfectamente y barato,
sin que nos dieran ni una
moneda falsa en el cambio.
¿Qué más? No váis á creerlo...
Muy finos los empleados
de toda la línea.
MERC. ¡Calla,
por Dios, no exageres tanto!
Se ve que eres andaluza
á la legua.
TULA. No te engaño.

(Se oye dentro gran ruido, como de haberse roto cacharros.)

MERC. (Corriendo aterrorizada á la puerta.)
¡Ay, Dios mío! ¡La vajilla
que me la han hecho pedazos!

ESCENA IV

DICHOS y BONIFACIO, que sale apresuradamente, y al encuentro de DOÑA MERCEDES. BONIFACIO trae varias jícaras de chocolate en una bandeja, que pone sobre la mesita.

BON. (Sobresaltado y balbuceando.)
Yo no he tenido la culpa
de nada de esto, señora,
que fué la recomendada
de don Anselmo Pantoja.

TULÁ. (Riéndose.) ¡Pues ha entrado con buen pie!

MERC. (Disimulando su disgusto.)
¿Ha sido ella?... No importa.
Sin duda la turbación,
el deseo de... son cosas
naturales!

ANT. (Aparte á Tula, pero de modo que lo oiga doña Mercedes.)
No hagas caso,
porque está que se la ahoga
con un cabello.
(Se sientan á tomar el chocolate.)

MERC. ¡Por Dios,
Antonio, que me sofocas!

EDUAR. No se apure usted, que yo
prometo comprarle otra,
si me dan al fin la cátedra
de Derecho en Barcelona.

ANT. ¿En eso estamos? ¡Pues, hombre,
fuera injustícia notoria
después de unos ejercicios
tan brillantes!

TULA. ¿Y qué importa,
si en España es el favor
el que resuelve las cosas?
Éste hizo oposiciones
á una cátedra de Historia,
vacante en el Instituto
provincial de Zaragoza;
no sé lo que le pasó,
pero no dió pie con bola...
Dijo que Carlos tercero

nació antes que Mahoma,
que Colón fué primo hermano
de doña Juana la Loca...

EDUAR. Confieso que estuve torpe,
pero no dije esas cosas,
mamá.

TULA. Pues muy parecidas.
Si bien es verdad que ahora
se ha lucido, y ha logrado
que el Tribunal le proponga
en primer lugar, y en único,
al Ministro que los nombra.

ANT. Pues entonces, hija mía,
comprende que está de sobra
toda recomendación.

MERC. Mas, por si acaso, no estorban.

TULA. Por eso no ha de quedar,
porque me traigo de Loja
la mar de cartas, escritas
por todas cuantas personas
tienen cerca del Ministro
influencia.

ANT. ¡Hola, hola!

MERC. ¿Y traerás del diputado?...

TULA. ¿De quién? ¿De Perico Rojas?
¡Qué disparate! Ese es
el que me pone furiosa,
porque sé que está en Madrid
con el cacique Cardona,
ante el cual, todo Gobierno
cede, transige y se postra.

ANT. ¡Qué vergüenza!

TULA. Es natural:
¿no ves que es hombre de *mosca*?
Ambos tienen interés
en favor de otra persona.
Así, pues, desde este instante
pongo manos á la obra.
Me voy á arreglar un poco.
(Se levantan de la mesa.)

ANT. ¡Tú mandas, y punto en boca!

TULA. Ahora vamos á Palacio,
que hay Consejo, y á la hora
en que bajen los ministros,
vosotros me dejáis sola,
me acerco... le doy tres cartas...
si es caballero, las toma.

ANT. ¡Puede ser que las rechace!

TULA. Cuando esté almorzando, otra.
Después, en el Ministerio,
seis más... no me quedo corta.
(A Bonifacio.) Entretanto, tú le llevas
á don Regino Bedoya,
académico de número
de la Academia Española,
esta carta, en la que un tío
suyo, que reside en Loja,
le pide que hable al Ministro
por nosotros.

BON. Voy, señora;
pero antes...
(Indicando que tiene que recoger las jícaras.)

TULA. No pierdas tiempo;
que las quite Celedonia;

así se irá acostumbrando...
No tardo ni un cuarto de hora.
(Vase por la derecha.)

ESCENA V

DICHOS, menos TULA.

MERC. (Fijándose en una insignia que lleva Eduardo en el ojal de la levita.)
¿Conque estás condecorado,
y no has dicho una palabra?
Está bien.

EDUAR. Es que á estas cosas
yo no les doy importancia.

ANT. ¿Y qué acción ejecutaste
para merecer tan alta

recompensa?

EDUAR. Francamente,
tio, no hice casi nada.
Me estaba bañando en Cádiz,
y sin comprender la causa,
de pronto perdí terreno
y comencé á tragar agua.
"¡Socorro!» grité. "¡Me ahogo!„
—porque en efecto, me ahogaba;—
y el hijo de mi tío Lucas,
que me vió desde la playa,
se arrojó al mar, y después
de lucha desesperada,
con peligro de su vida
me libró de una desgracia.

MERC. ¡Qué susto!

ANT. ¡Le premiarían
acción tan humanitaria!

EDUAR. Como él no tenía padrinos,
ni quien le recomendara,
me dieron á mí una cruz.

ANT. ¿Y á él?

EDUAR. Yo le di las gracias.
Hasta luego, que mi madre
ya debe estar aviada.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MERCEDES y DON ANTONIO.

MERC. ¿Ves? ¿Te convences ahora

de que una buena influencia
vale más que la justicia
y tiene siempre más fuerza?
¿Tú los acompañarás?

ANT. Sólo porque no se pierdan;
pero te debo advertir
que no paso de la puerta
del Ministerio: ¿lo entiendes?
Que ha pasado ya la época
de sufrir humillaciones,
de tolerar caras serias,
y de consentir que á uno
le miren con displicencia,
como diciendo: "no hay nadie
que mi posición merezca."

MERC. Vamos, hijo, que también
tú vas echando una lengua...

ESCENA VII

DICHOS, TULA y en seguida EDUARDO.

TULA. Ya estoy aquí preparada
á la lucha.

ANT. Cuando quieras.

EDUAR. ¡Por mí, andando!

TULA. ¡Ven acá,
que eres un pozo de ciencia!
(Abrazándole con cariño, y dirigiéndose á los demás.)
Sabe Derecho romano
más que el mismo Julio César.
Es una risa allá en Loja:

cuando estamos en la mesa
á mí me llama Agripina,
á la muchacha Lucrecia,
y á su padre, Bruto.

ANT. (Con ironía, y como reconviniéndole con cariño.)
¡Hombre,
eso es no tener vergüenza!

MERC. ¿Vendréis á almorzar?

TULA. Veremos.
Mas, si tardamos, almuerza,
que yo á casa he de venir
con la credencial, ó muerta...

MERC. Que le hables al alma, ¿oyes?

TULA. ¡La cuestión es que la tenga!

EDUAR. Adiós, tía.

MERC. Adiós, sobrino.

ANT. Hasta luego.

MERC. (A don Antonio.)
¡Y tú, modera,
si es posible, esos alardes
que tienes de independencia!

ANT. ¡Seré mudo: es lo mejor
para que no haya quimeras! (Vanse los tres.

ESCENA VIII

DOÑA MERCEDES, y en seguida CELEDONIA. Ésta ha de hablar con marcado acento andaluz, muy calmosa, y pareciendo que se burla de doña Mercedes.

MERC. ¡Celedonia!

CEL. Buenos días.

MERC. Ya puede usted recoger

la mesa.

CEL. Con mucho gusto,
puesto que lo manda usted.

MERC. Me ha roto usted dos soperas.

CEL. Es verdad, ¡cómo ha de ser!
to tiene fin en el mundo,
y las soperas también.

MERC. Y un jarrón, que era recuerdo
de mis padres.

CEL. Ya lo sé,
mié usté que si levantaran
la cabeza, puede ser
que los pobres der disgusto
la volvieran á *escondé*.

MERC. (¿Me estará tomando el pelo?)
Que no suceda otra vez.

CEL. No: los cacharros que he roto
ya no los vuelvo á romper.

MERC. Despacito: ahora dos jícaras,

y las otras dos después.

(Vase Celedonia con las jícaras, y vuelve.)

No salgo de mi extrañeza.
¡Qué muchacha tan soez!
Si no fuera porque viene
recomendada, yo sé
lo que hoy mismo hacía con ella...

(Sale otra vez Celedonia.)

Y á todo esto, oiga usted,
no hemos hablado de cosas
que nos importa saber.
¿Usted guisa?

CEL. ¡Ya lo creo!
Aunque no lo hago muy bien,
porque no es esa mi cuerda,
siempre se podrá comer
lo que yo guise; y si no,
con el tiempo aprenderé.

MERC. Es natural, y entretanto
se ayuna, y lo mismo es.
(¡Me gusta su desparpajo!)
¿Al menos sabrá usté hacer
un chocolate?

CEL. ¡Señora,
y dos, si se empeña usted!

MERC. ¿Tiene usted novio?

CEL. ¡Una miaja!

MERC. ¿Y está en Madrid?

CEL. Hace un mes,
y vendrá á verme á *menúo*,
como es natural.

MERC. Muy bien:

vendrá, si se lo consiento,
que no lo consentiré,
y hoy mismo al señor Pantoja
voy á escribirle que usted
no me conviene.

CEL. Lo siento,
pero no lo va á creer;
y además va á resentirse,
porque dirá, y dirá bien,
que sus recomendaciones
no las quiere usté atender.
Esto es hablar en confianza
y como persona fiel,
que si me muerdo la lengua
aluego me va á escocer.

MERC. Con franqueza, como dos (Con ironía.)
amigas de la niñez.
Y si me quieres llamar
de tú, lo admito también.

CEL. ¡Caramba, doña Mercedes,
eso es muy de agradecer!
(Señalando á la mesa.)
Ea, *pus* coge de ahí,
no se nos vaya á *cae*.
No seas torpe, de ese *lao*.

MERC. (Remedándola con ironía muy marcada.)
Ya voy; ten *carma*, mujer,
anda *pá* allá, no resbales
y *vaya* á quebrarte un pie.
¡Dios mío! ¡Malditas sean
las influencias, amén!
(Vanse, llevando entre las dos la mesa.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Escena dividida. A la derecha del espectador el despacho, amoblado con gran lujo, del Ministro. Puerta lateral derecha que da á las oficinas: otra en el foro, que figura ser la de la calle; y á la izquierda de ésta, y en el foro también, otra puerta que da á un gabinetito. A la derecha una mesa grande con papeles, expedientes, etc., etc., y su correspondiente sillón ostentoso y regio. A la izquierda, antesala con retratos al óleo; todos del mismo tamaño; representan los personajes que han sido Ministros. Divanes, sillas, butacas, un velador en medio con periódicos, etc., etc. A la izquierda, primer término, la puerta de la calle; á la derecha, la que comunica con el despacho de S. E.; en el foro otra puerta.

ESCENA PRIMERA

EL MINISTRO en su despacho, leyendo un periódico. **DON JOSÉ** y **RUFINO**, porteros, de gran uniforme. Rufino, con un plumero limpiando ligeramente los muebles y pasándolo por encima de los retratos.

JOSÉ. ¡Vaya un modo de limpiar!
Trae, no sirves para nada.
(Le coge el plumero.)
A los retratos, así,
con suavidad, se les pasa
el plumero por encima;
de otro modo, los arañas.
Mira, por si no lo sabes,
cosa que á mí no me extraña,
porque eres muy avestruz.

RUF. ¡Don José!

JOSÉ. No he dicho nada.

RUF. ¡Eso es faltarme al respeto!

JOSÉ. Está bien: si es que te enfadas
porque te insulto, me callo,
porque á mí, siempre, por malas
se me lleva á cualquier parte:
¡por buenas soy un Veragua!

RUF. Bueno, ¿qué iba usté á decirme?

JOSÉ. Que estos retratos reclaman
atención, porque son todos
de personas de importancia,
que han desempeñado el cargo
de Ministro en esta casa.
(Señalando á un cuadro.)
Mira: éste ha sido un bendito...
buen mozo, de hermosa lámina;
recibió cuat-o puyazos
de una señora muy guapa,
y á ella debió la cartera
y otra infinidad de gangas.
(Señalando á otro.)

Este fué muy desgraciado.
Sin tener culpa de nada,
le metieron en un lío
del que pudo salir, gracias
á que acudió muy á tiempo
y *sobreasaron* la causa.

(Idem á otro, y golpeándole en la cara con el plumero.)

Aquél fué un bribón; no hay más
que fijarse en esa cara.
Fué Ministro cuatro días,
y... ¡maldita sea su estampa!
en cuanto entró, me dejó
cesante de una plumada.
Ni en pintura puedo verle.
Mírale...

(Encarándose con el retrato.)

¡Bárbaro! ¡Mandria!
¡Siempre que paso, le insulto,
y él no responde palabra!

RUF. Hombre, la lengua de usted
no es lengua, es una navaja.
A los muertos y á los pobres
les da usté unas puñaladas
que yo entiendo; pero, en cambio,
cuando el Ministro le llama,
hace usté unas cortesías
y pone usted una cara,
como diciendo:—"¡Señor,
deme usté una bofetada,
que, viniendo de su mano,
me favorece y ensalza!"
¡Bajo, adulador!...

JOSÉ. (Encolerizado.) ¡Rufino,
ten cuenta con lo que hablas,
porque á grosero, ni tú
ni ninguno me aventaja:
para eso he sido portero
del Congreso tres semanas!

RUF. ¡Y le echaron en seguida
por no servir para nada,
y porque los caramelos
que el presupuesto pagaba
para endulzar el gaznate
de los padres de la patria,
á casita, en los bolsillos,
por libras se los llevaba!

JOSÉ. ¿Quieres callar, insolente?

RUF. ¡Aprenda de mí!

JOSÉ. ¡Ya baja!

RUF. Que hablo al Ministro lo mismo
que á un igual. ¡Pues no faltaba
otra cosa! Los dos somos
hombres, y aunque en otra escala,
su obligación es tratarme
con respeto. En dos palabras
yo se lo daré á entender.

JOSÉ. Hombre, ¿á que no?

RUF. ¡Anda, anda!
Y soy capaz de decirle
con muchísima arrogancia:
"Señor, si es que á su excelencia
mi proceder no le agrada,
lo mejor es que presente
la dimisión, y se vaya."

(El Ministro toca el timbre.)
Ya está llamando, éntre usté.

JOSÉ. Ahora no me da la gana.
Entra tú.

RUF. Con mucho gusto.
¡Si no se me encoge el alma!
¡Ministros á mí! Lo mismo
que me bebo un vaso de agua.
(Entra en el despacho del Ministro, y antes de hablar le hace una cortesía muy respetuosa y exagerada, sin levantar la cabeza, hasta que el Ministro le habla.)
¿Ha llamado su excelencia?

MIN. ¡Sí, hombre! Toma esa carta,
que la lleven en seguida.

RUF. Iré yo mismo á llevarla;
las órdenes de vuecencia
(Con mucha humildad.)
son para mí muy sagradas.
¿Quiere vuecencia algo más?
(Recogiendo la carta.)

MIN. Sí: de paso, que me traigan
el almuerzo.

RUF. Iré en persona
por él, que los ordenanzas
son torpes, y no quisiera
que vuecencia se enfadara.
Su salud para nosotros...

MIN. (Enfadado.) Bueno, cállate; ya basta.
Cumple lo que yo te mando
sin replicar.

RUF. En el alma
sentiría que vuecencia

me retirase su gracia.

(Hace una profunda cortesía y sale del despacho, diciendo en la antesala á don José:)

Ya le he dicho cuatro frescas;
conmigo no quiere chanzas. (Vase.)

MIN. Desde que nací, pensando
en ser Ministro, y hoy, puede
que diera dinero encima
por salir del Gabinete.
Pero ¿y quién me sustituye,
si en España se carece
en absoluto de hombres
de mi talla y de mi temple?
Y cuidado que las noches
me las paso casi siempre
sin dormir, dando mil vueltas
y barajando en mi mente
los nombres de las personas
ilustres que España tiene,
para ver si encuentro alguna
de dotes sobresalientes
que pueda, si hay una crisis,
en mi cargo sucederme...
Pero, nada, no hay ni una,
de mis méritos, se entiende.
Por esta razón, me duermo
diciendo constantemente:
"*para jardines, Valencia,*
y para Ministros, éste."
(Señalándose á sí mismo.)
Así, pues, me sacrifico
por ti, patria, ¿qué más quieres?

¡Pero no abuses de mí,
que mi salud se resiente,
y, si me muero, no sabes,
desdichada, lo que pierdes! (Transición)
Esto no quita que yo
diga delante de gente
que quiero dejarlo; pero
sólo es por cumplir...

GARCÍA. (Dentro.) ¿Se puede?

MIN. Adelante.

ESCENA II

DICHOS, GARCÍA con varios papeles figurando expedientes.

GARCÍA. Buenas noches.

MIN. ¿Noches? (Sonriéndose.)

GARCÍA. Digo, buenos días.
Dispense usté.

MIN. Yo no sé
en qué consiste, García,
que cuando habla usté conmigo
de tal modo se le excitan
los nervios, que muchas veces,
francamente, desatina.

GARCÍA. (Atortolado.) Señor, es verdad; la causa
voy ahora mismo á decírsela.
Cuando me encuentro delante
de un fenómeno...

MIN. (Como reprendiéndole.) ¡García!

GARCÍA. Fenómeno de talento...

MIN. No digo que sea mentira;

pero sepa usté que yo
tengo por norte en mi vida,
descender hasta el nivel
del que me habla.

GARCÍA. Lo sabía.

MIN. Bueno: ¿qué me trae usté?

GARCÍA. Asuntos de la oficina...

MIN. A despacharlos. Procure
tener la lengua expedita.
Despacito y sin turbarse.

(El Ministro se sienta en la poltrona, y García enfrente de él. García, siempre azorado y confuso, desata los expedientes; y como han de temblarle las manos, se le caen al suelo multitud de papeles, que recoge lleno de turbación.)

¡Hombre, por María Santísima!
Beba usted un poco de agua,
á ver si se tranquiliza.

GARCÍA. (Cada vez más nervioso y desconcertado, coge el tintero en lugar del vaso, y se dispone á beber.)
Muchas gracias. Con permiso...

MIN. (Conteniéndole y aterrorizado.)
¡Que se bebe usted la tinta!

GARCÍA. ¡Es verdad! Crea usted que esto
no me sucede en la vida
más que cuando estoy delante...

MIN. (Interrumpiéndole.)
Sí; de un fenómeno... Siga,
ó, mejor dicho, comience
á darme cuenta sucinta
de los negocios.

GARCÍA. (Cogiendo un pliego grande, que figura una solicitud.)

Instancia
de Antonio Luque y Bonilla,
exsargento, procedente
del arma de Infantería.

(Leyendo, pero siempre tembloroso.)

"Con todo respeto pide
que se le otorgue una *mitra.*"

MIN. ¡Una mitra! (Admirado.)

GARCÍA. (Azarado y leyendo de nuevo:)

No: "...una muestra
de su rectitú y justicia,
dándole colocación
de comisario en la línea..."

(El Ministro hace signos como diciendo "eso es otra cosa", y siguen hablando en voz baja, como si García continuara despachando con él los demás asuntos.)

ESCENA III

DICHOS, GENERAL en la antesala.—(Don José, durante la escena anterior, habrá estado leyendo periódicos y arreglando algunos muebles. Cuando entra el General, don José está sentado. El General da un bastonazo en el velador, y asusta á don José.)

GEN. ¡Portero!

JOSÉ ¡Qué atrocidad!
¡Vaya un modo de anunciarse!

GEN. ¡Soy General!

JOSÉ. (Haciendo una cortesía.)
¡Ay, vuecencia
perdone!

GEN. Y si no bastase,
soy diputado por... Mula.

JOSÉ. (¡Lo conocí en cuanto entraste!)

GEN. Y quiero ver al Ministro,
conque en el momento pásale...
(Le entrega una tarjeta.)

JOSÉ. Ahora está muy ocupado.

GEN. Mejor, para que descanse.
(Don José entra en el despacho del Ministro, y entrega á éste la tarjeta, después de hacerle una profunda y ridícula cortesía.—Entretanto el General se pone á mirar los cuadros de la antesala.)

MIN. (Levantándose rápidamente, después de leer la tarjeta.)
¡Si es mi mayor enemigo!
Dile en seguida que pase.
(Don José hace otra cortesía, descorre la cortina de la puerta del despacho, y la sostiene hasta que entra el General.)

JOSÉ. Pase vuecencia.

GEN. (Abrazando al Ministro, que se habrá levantado para recibirle.) ¡Don Roque!

MIN. (Abrazándole con efusión.)
Don Lucas Marín y Sánchez,
el General más valiente
de todos los generales;

el que me dice en las Cortes
un montón de atrocidades...

GEN. Y el que en privado le estima,
aunque en público le falte.
Son deberes de partido...

MIN. Ayer me dió usted la tarde,
cuando dijo usted que yo
era un Ministro de hojaldre,
que no tenía vergüenza...

GEN. Política.

MIN. Ya se sabe;
y que siempre he sido un necio...

GEN. Político.

MIN. No se afane;
si ya sé que los insultos
que en sesión suelen cruzarse
son desvergüenzas... políticas
que no resienten á nadie.
Bueno: ¿en qué puedo servirle?

GEN. Sentiría molestarle.

MIN. ¡Por Dios, General, no diga
usted generalidades!
(Con amabilidad exagerada.)
¿Me deja usted que un momento
con este señor despache?
Me quedan pocos asuntos,
y asi podré dedicarle
después el tiempo que quiera.

GEN. Sí, señor.

MIN. (A García.) Pues adelante.
(El General se sienta en un diván que habrá algo distante de la mesa.)

ESCENA IV

DICHOS, PATRO, PURA, elegantes, algo exageradas, pero no cursis. Don José levanta el portier de la puerta del foro de la antesala dejándolas pasar.

JOSÉ. Siéntense ustedes, señoras;
el Jefe tiene visita.

PATRO. Está bien. No pretendemos
que le avise usté en seguida.
Yo sé muy bien lo que son
Ministros, porque soy hija
de uno que lo fué, y es fácil
que vuelva á serlo algún día.

JOSÉ. ¿Sus nombres?

PATRO. Dígale usted
que está aquí la marquesita
del Dengue, con la señora
duquesa de Hojacaída.

JOSÉ. Perfectamente. Si mientras
quieren estar distraídas,
aquí hay periódicos.

PATRO. Bueno;
les echaremos la vista.

(Se sientan junto al velador.)

PURA. ¿Usted lleva mucho tiempo
sirviendo en esta oficina?

JOSÉ. ¡Ya lo creo! Hoy mismo hace
veinte años y nueve días.

PURA. ¿Y no ha estado usted cesante
nunca?

JOSÉ. Una temporadilla

muy corta. Ese mamarracho
(Señalando al retrato de antes.)
tuvo la culpa maldita.

A estas horas estará
purgando sus picardías.

PATRO. ¡Si no ha muerto!

JOSÉ. ¿Usted lo sabe?

PATRO. Vive y bebe todavía.
¡Si es mi padre!

JOSÉ. No, no es éste,
el otro, el de la perilla.
¡Este señor era un ángel!
¡Pues poco que me quería!
(Siguen hablando en voz baja y repasando periódicos.)

GARCÍA. (Leyendo una instancia)
"Un empleado, moderno
en esta Secretaría,
pide un año de licencia
con todo el sueldo."

MIN. ¡Magnífica

pretensión! Mi General;
en este caso, ¿qué haría
usted?

GEN. Antes que todo,
en el acto pediría
antecedentes, y si era
buen funcionario...

MIN. (A García.) Pues diga.

GARCÍA. Debo confesar á usted
que no viene á la oficina;
que si viene no trabaja,
y si trabaja algún día,
todo lo embarulla y todo
lo vuelve patas arriba.

MIN. ¿Qué es eso de patas, hombre? (Enfadado.)
¡Me gusta la palabrita!

GARCÍA. Bueno, quise decir piernas. (Aturdido.)

MIN. Y yo que usted, pantorrillas.
Bien: como yo no tolero
gentes que tomen á risa
los destinos, ahora mismo
mande usted la cesantía
á ese señor.

GEN. Muy bien hecho;
ante todo la justicia.

MIN. ¿Cómo se llama?

GARCÍA. Don Luis
Gutiérrez y Quintanilla.

MIN. Nada, cesante.

GEN. ¡Imposible! (Con mucha energía.)
Precisamente venía
á pedirle á usté el ascenso

para esa persona.

GARCÍA. (¡Atiza!)

MIN. ¿Pero usted le recomienda? (Con extrañeza.)

GEN. Sí, señor; es cosa mía.
Si le deja usté cesante... (Amenazándole.)

MIN. ¡Hombre, parece mentira (Con amabilidad.)
que me haya usté á mí creído
capaz de acción tan indigna!
¿Usted le protege?

GEN. Sí.

MIN. Pues no hablemos más. García,
asciéndalo usté.

GEN. Un millón (Abrazándole.)
de gracias muy expresivas.

MIN. ¿Va usté contento de mí?

GEN. ¡No lo olvidaré en mi vida!

MIN. ¿Es decir, que ya podré
sentarme todos los días
en el banco azul, sin que
me busque usted las cosquillas?

GEN. ¡Ya lo creo: desde hoy
no diré esta boca es mía!

MIN. Adiós; á la Generala
y á las dos Generalitas,
mis recuerdos.

GEN. Una idea,
ya que nombra usted á mis hijas.
La mayor se casa pronto
con ese que usted quería
dejar cesante, y deseo
darle una buena noticia.
¿Podría usted proponerle

para una gran cruz?

MIN. Durilla (Reflexionando.)
es la cosa... ¿Él ha hecho algo
notable... que le distinga?...

GEN. Él ha hecho en todas partes
lo que hace en la oficina.

MIN. (Después de haber estado reflexionando un breve rato.)
Pues la de Carlos tercero.
¡Precisamente es la misma
que se da siempre á los que
no han hecho nada en su vida!

GEN. (Estrechándole la mano.)
Es usté un gran hombre.

MIN. Gracias.

GEN. No hay en toda la política
un Ministro más decente
ni más sabio... (¡Ni más lila!)
Ahora le suplico que
no me tome antipatía,
si en las Cortes le dirijo
alguna que otra pullita.
Mi partido me ha encargado
que hoy en la sesión le diga
que es usté un hombre funesto
que á la nación perjudica.

MIN. ¿Y usted lo dirá? (Poniéndolo en duda.)

GEN. ¿Qué hacer?
Lo exige la disciplina...
Mas... como particular
le profeso amistad íntima.

MIN. Ya entiendo: como político
usted me rompe la crisma,

y como particular
va por la Unción en seguida.

GEN. Con mucho gusto... ¡Eso es!
Conque, adiós, señor García...

(Le da la mano al Ministro, y García se levanta y hace una cortesía.)

MIN. Que vuelva usted por aquí.

GEN. Ya vendré con menos prisa
á recomendarle á usted
una porción de cosillas.

(El Ministro le acompaña hasta la puerta de su despacho, y no se aparta de ella hasta que el General ha cruzado la antesala y ha desaparecido.)

MIN. ¡Quiera el cielo que al bajar
te rompas una costilla!
Cuando quiero resolver
algún asunto en justicia,
una recomendación
me sale al paso, y lo evita;
y siendo, como soy, bueno,
aqui me estoy todo el día
haciendo barbaridades
á que los demás me obligan.
¿Falta mucho?

GARCÍA. No, señor.
Los maestros solicitan
que se les pague.

MIN. Es muy justo,
y es necesidad prevista
por mí: que se pague á todos.

GARCÍA. (Levantándose, saludando y retirándose con todos los papeles.)

Está bien.

MIN. ¡Pero, de prisa!
¡Gracias á Dios que hice al fin
una obra meritísima!

ESCENA V

MINISTRO, PATRO, PURA y DON JOSÉ, que entra en el despacho.

JOSÉ. Señor...

MIN. ¿Qué ocurre?

JOSÉ. Ahí están
dos señoras...

MIN. Al momento
que pasen, porque muy pronto
he de marcharme al Congreso.

(Don José les indica que pasen al despacho, lo cual ha-

cen después de haber levantado el portier don José.)

PATRO. ¡Señor Ministro!

MIN. ¡Señora!...

PURA. ¡Don Roque, cuánto celebro!...

MIN. Muchas gracias. ¿Cómo va?

PURA. Muy buenas... ¿y usted?

MIN. ¡Muy bueno!
¿Y las niñas?

PATRO. Tan traviesas,
muchas gracias.

MIN. Pues me alegro.

PATRO. Gracias. ¿Y usté y sus hermanas?

MIN. Sin novedad y contentos,
mil gracias; ¡pero, por Dios,
tomen ustedes asiento!

PATRO. Gracias. (Sentándose.)

PURA. (Indicando que se siente entre las dos.)
Gracias. Aquí.

MIN. Gracias. (Sentándose.)
¡Qué gracioso que está el tiempo!

PATRO. Venimos recomendadas
por la industria y el comercio,
por la aristocracia entera,
por la milicia y el clero,
por las clases productoras...

MIN. Bien, por todo el universo. (Atajándola.)

PATRO. Firmadas por personajes
importantes de esos centros,
estas cartas le entregamos...

(Patro le entrega un paquete descomunal de cartas, y Pura otro igual; el Ministro las coge asombrado, y las pone sobre la mesa.)

que puede usted ir leyendo.

Min. Doy á ustedes mi palabra...
(Se echarías todas al fuego.)

Patro. La Sociedad, á la que
con honra pertenecemos,
nos ha dado una misión
caritativa en extremo,
y le corresponde á usted
prestarnos apoyo y medios.
Usté es muy buena persona.

Min. Eso dicen en mi pueblo.
(Con seriedad cómica.)

Patro. Y no será indiferente
á los dolores cruentos
de esos seres desvalidos.

Min. Me está usted enternecendo.
¿Y en qué puedo yo servir,
señora, á esos caballeros?

Patro. La Sociedad, á la que...

Min. Con honra pertenecemos...

Patro. Quiere que usted nos ayude,
vamos, que nos dé dinero
para edificar en breve
un hospital, donde á esos
desgraciados se les dé
luz, abrigo y alimento.

Min. ¡Es una idea evangélica!

Patro. Por de pronto, evitaremos
el espectáculo horrible
que nos están ofreciendo
esos que por las mañanas
les echan el lazo al cuello.

MIN. ¿Pero, cómo, á los mendigos
los cogen por ese medio?

PATRO. Señor Ministro, ¡por Dios!
hablábamos de los perros.

PURA. Somos de la Sociedad
protectora de...

MIN. Ya entiendo,
de animales y de plantas.
Pues, señoras mías, siento
dejar á ustedes plantadas.

PATRO. ¡Es posible! ¡No lo creo!
¡Don Roque! ¿No es usted padre?

MIN. ¿Yo? No, señora, ni perro. (Levantándose.)

PATRO. (Como resentida y preparándose á marchar.)
Dispense usted, si abusando
de su bondad...

MIN. Nada de eso;
pero el Gobierno no puede
disponer de un solo céntimo.
Precisamente no ha mucho,
y á costa de un gran esfuerzo,
he dado orden para que
se les pague á los maestros
de escuela.

PATRO. Pero ¿por qué
no aplican ese dinero
al hospital, y otro día
les pagan á los maestros?
¡Si ya están acostumbrados
á no comer, y estoy viendo
que en cuanto coman dos días
no resisten al tercero!

MIN. Señoras, advierto á ustedes
que hablan con un hombre serio.
PATRO. Pues nosotras no cejamos.
Es decir, que buscaremos (Con ironía.)
otras personas á quienes
no tenga usted más remedio
que servir.
MIN. ¡Lo dudo mucho!
PATRO. Pronto de vuelta estaremos,
acompañadas de todo
el Senado y el Congreso.
y si por acaso usted
no se ablandase, traeremos
una recomendación,
para usted de mucho peso.
MIN. Si no es justo lo que piden...
PATRO. (Con marcadísima ironía)
¿Conoce usté á Luis Berrendo,
que es diputado por Toro...
gracias á usted?
MIN. ¡Ya lo creo! (Confuso.)
PATRO. Pues á su esposa.
MIN. (¡Ay, Dios! ¡Ya
tienen hospital los perros!)
García... García...
PATRO. (Despidiéndose) Conque...
PURA. Señor Ministro... (Idem.)
MIN. ¡Un momento!
(A García, que sale.)
Oiga usted: la cantidad
destinada á los maestros,
es necesario emplearla

en un hospital de perros.

GARCÍA. ¿Y de perras?

MIN. (A las dos.) Eso, ustedes
lo dispondrán.

PATRO. Por supuesto.
¡Adiós, hombre generoso,
Ministro sabio y experto!

PURA. El día en que se abra tan
piadoso establecimiento,
es preciso que nos honre
con su presencia.

MIN. Lo ofrezco.

PATRO. ¡Oh! ¡Con cuánta gratitud
van á ladrarle los perros!...
(Mirando maliciosamente á García.)
y las perras.

MIN. ¡Pero, en cambio,
me morderán los maestros!

PATRO. Que siga usted bien, y gracias.

PURA. Gracias.

MIN. ¡Oh! ¡No las merezco!
Muchos besos á las niñas.

PATRO. Gracias. Dé usted mis afectos
á sus hermanas.

MIN. Mil gracias.
¡A su papá mis recuerdos, (A Patro.)
(A Pura.) y á su tío!

PURA. Gracias.

PATRO. Gracias. (Yéndose.)

MIN. Gracias... (á Dios que se fueron.)

ESCENA VI

MINISTRO, GARCÍA y RUFINO, que aparece en la puerta izquierda.

RUF. ¿Entro el almuerzo, señor,
ó almuerza en el gabinete?

MIN. Déjelo usted ahí: ya voy,
á no ser que se presente
alguien á recomendarme
que de ningún modo almuerce.
Usted puede retirarse,
García, á menos que quede...

GARCÍA. El asunto de la cátedra
de Barcelona. Es muy breve.
El Tribunal le propone
que nombre á Eduardo Pérez,
calificado por todos
como el más sobresaliente.

MIN. Pues á nombrarle en seguida,
que es justo. Precisamente
tengo aquí catorce cartas
que una señora, á las nueve,
cuando subía á Palacio,
me disparó como un cohete.
(Entregándole las cartas que sacará de todos los bolsillos.)
Ya está servida. ¡Por fin
hago una cosa decente! (Se dirige al gabinete.)

ESCENA VII

DICHOS, DON JOSÉ y LUQUE (portero). En el momento en que el Ministro va á pasar al gabinete, entra en el despacho don José, que ha estado hablando en voz baja momentos antes con Luque, que vestirá muy modestamente chaquet ó americana y gorra con galón plateado é iniciales A E; muy pulcro y atildado.

JOSÉ. ¡Señor!... Dispense vuecencia.
MIN. ¡Hola! ¿Qué es lo que sucede?
JOSÉ. Ahí está un hombre que trae
una carta, y que pretende,
porque así se lo han mandado,
dársela personalmente.
MIN. Bueno: pregúntele usted
que de parte de quién viene.
JOSÉ. De don Regino Bedoya.
MIN. Que pase inmediatamente. (Con resignación.)
LUQUE. (Muy cumplido, con la gorra en la mano.)
A las órdenes, señor,
de vuecencia, digno miembro
del Gabinete que rige
el desventurado reino
de España—antes *Hispania*,—
aunque en muy remotos tiempos.
(Movimiento de asombro en el Ministro.)
Traigo aquí para vuecencia
una carta de un sujeto,
no sólo docto y eximio,
si que también de altos méritos,
lo cual no empece que á mí
me distinga con su aprecio.

MIN. (Nuevo gesto de asombro y de estupefacción.)
(¿Será Menéndez Pelayo
disfrazado de portero?)
Está bien; venga.

LUQUE. Señor,
ante todo, cumplir debo
con lo mandado, á saber:
para que vea el deseo
de que vuecencia le sirva,
hágase cargo primero
de que de su puño y letra
viene escrito todo el texto,
pues ya su excelencia sabe
que no es extraño ni nuevo,
el que uno escriba la carta
y otro firme. Sin ir lejos,
Aspasia, antigua matrona,
sabia y hermosa en extremo,
escribía las arengas
que dirigía á sus pueblos.
Pericles, el orador
más famoso entre los griegos...
¿Será Periclés? Algunos
sostienen que debe serlo;
otros Péricles. . mas yo,
dicho sea con respeto,
opino que ni Pericles
ni Periclés.

MIN. (Impaciente.) Bueno, bueno.
Demeusted la carta; lo otro
después lo averiguaremos.

LUQUE. (Entregándole respetuosamente la carta. Mientras el

Ministro la lee, sigue diciendo:)
Es lógico que los hombres
de Estado tengan mal genio;
siempre ocupados, y siempre
mareados por el incienso
de la adulación, que es vicio
que corroe el universo.
En China—me sale al paso
y lo cito como ejemplo—
la adulación ha llegado
á su más alto apogeo.
Estornuda el rey, y los
cortesanos al momento
sueltan su estornudo, como
testimonio de respeto;
los mandarines lo oyen
y dicen: "estornudemos,
no vayan los cortesanos
á creer que es un desprecio."
Por lo cual, cuando estornuda
el Emperador supremo,
un estornudo espantoso
recorre todo el Imperio,
de la Tartaria al Pacífico,
de...

MIN. (Interrumpiéndole.) Madrí á Navalcarnero;
ya lo sé; sólo de oirle
voy ya sintiendo mareos.
Dígale usted á don Regino
que puede estar satisfecho,
que nombraré á Eduardo Pérez.

LUQUE. Pondré en su conocimiento

lo que vuecencia traslada
al mío, Señor, le beso
la mano, y si por ventura
en algo servirle puedo,
ya lo sabe su excelencia;
Agustín Luque; portero
de la Academia Española...
de la Lengua... (Como rectificándose.)

MIN. ¡Ahora lo entiendo!
(Como burlándose de él, pero con seriedad.)
¿Y cuándo acaban ustedes
el Diccionario?

LUQUE. Va lento;
aún estamos en la jota.

MIN. ¿En la jota?... Pues me alegro.

LUQUE. Celebraré que vuecencia
sea muy pronto académico.

MIN. Gracias, pero ahora ando mal
de ortografía, y no puedo...

LUQUE. ¡Que siempre ha de estar vuecencia
dando pruebas de su ingenio!

MIN. Vaya, me voy á almorzar. (Vase.)

LUQUE. Señor; que derrame el cielo
sobre vuecencia diez lustros
de bienandanzas sin cuento.
(Sale del despacho, y al salir le dice don José:)

JOSÉ. ¿Es muy buen hombre, verdad?

LUQUE. Varón sabio é integérrimo.
Y su carácter es plácido.

JOSÉ. Ya ves tú si será bueno
que escribe *aduanas* sin *h*.

LUQUE. Hace bien; es lo correcto.

JOSÉ. No, señor; aduanas, ¿no es
un ramo ó departamento
de Hacienda?

LUQUE. Nadie lo duda.

JOSÉ. Pues si *hacienda*, majadero,
se escribe con *hache*, "aduanas„
una *hache* está pidiendo.

LUQUE. ¿La pide? No se la des,
y haz caso de mi consejo.

JOSÉ. ¡Pero, chico, cuánto sabes!

LUQUE. Estimo el alto concepto
que tienes de mí, colega.
¿Será cólega? Yo creo
que ni colega, ni cólega,
porque si viene del griego...
¿Tú sabes griego?

JOSÉ. Yo no.

LUQUE. Pues haces mal. Yo, Gobierno,
se lo exigiría á todo
portero de Ministerio. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA VIII

TULA y REYES; hombre ordinario del pueblo, con levita y sombrero de copa anticuados. Después DON JOSÉ. Tula y Reyes salen por el foro de la antesala.

REYES. ¿Pero te figuras tú que la recomendación de un Juez municipal suplente no es nada para un Ministro? Además, ya sabes que nos hemos criado juntos.

TULA. (Bajando la voz.) ¿Y qué tales entrañas tenía?

REYES. Atravesadillas; pero ya se le habrán *enderezao.*

TULA. Y de vergüenza, ¿cómo andaba?

REYES. Poca, y esa muy *disimuláa.* Mira, no te olvides de darle tratamiento.

TULA. Si me concede el nombramiento de mi hijo, le daré alteza; pero si me le niega, le llamaré de tú.

REYES. Lo peor es que no hay nadie que le pase recado. Por supuesto, que en cuanto le digan quién soy, me manda entrar.

JOSÉ. (Saliendo.) ¿Qué desean ustedes?

REYES. Ver al señor Ministro.

JOSÉ. Pues no le puedo pasar recado...

TULA. El señor es amigo suyo de la niñez, y si sabe que ha estado aquí y usted le ha impedido la entrada, le va á dejar cesante.

JOSÉ. ¿A mí? Quisiera verlo. Es decir, no, no quisiera verlo; pero, en fin, yo cumplo con pasarle recado. ¿A quién anuncio?

REYES. Dígale usted que está aquí Anselmo Reyes.

(Don José entra en el gabinetito donde se supone que el Ministro está almorzando.)

TULA. Como comprenderás, es para mí cuestión de amor propio, porque si le dan la plaza al recomendado de Cardona, ¿con qué cara me presento yo en Loja?

REYES. Es verdad. mujer; pero no tengas cuidado, que me parece que hemos de vencer en la demanda.

JOSÉ. (Saliendo del despacho del Ministro.) Dice que no le conoce á usted... que debe usted venir equivocado... (Mirándole con desprecio.) Ya decía yo...

REYES. (Irritado.) ¿Que no me conoce? Hombre, déjeme usted entrar, porque le voy á dar un coscorrón á ver si me recuerda.

TULA. No te sofoques... habrá almorzado fuerte.

(Hablan acaloradamente entre sí. Entretanto sale el Ministro del gabinete.)

MIN. Nada, que no me dejan un momento de tranquilidad... Anselmo Reyes, Anselmo Reyes... (Como queriendo recordar el nombre.)

REYES. (A don José.) Dígale usted que soy el que le quitó la novia el año 61, y el que le dió

una paliza que le tuvo en cama dos meses... á ver si así...

JOSÉ. Bueno.

REYES. Añádale usted que cuando estaba convaleciente, recayó porque le pegué con la guitarra en la mollera. (Habla en voz baja con Tula.)

JOSÉ. (Al Ministro con mucho respeto.) Excelentísimo señor: ¡dice ese hombre que fué el que le quitó á vuecencia la novia el año 61, y el que le pegó después con la guitarra en la mollera!

MIN. ¡Ya lo creo que me acuerdo! ¡Como que todavía me duele cuando va á llover. Si es Guirlache, hombre, que pase...

JOSÉ. (Con respeto á Reyes.) Señor de Guirlache, que pasen ustedes.

REYES. ¿Lo ves? ¡Ya lo sabía yo!... Es que nadie me conoce en el pueblo por mi nombre. (Don José descorre el portier y les abre paso.)

MIN. (Abrazándole.) ¡Guirlache de mi corazón!

REYES. (Abrazándole también.) ¡Cabeza de chivo de mi alma!...

MIN. (En voz baja.) ¡Hombre, por Dios, que no te oigan los porteros, porque me van á llamar por ese nombre. (Saludando á Tula.) Señora...

REYES. Tulita Gómez, nuestra paisana...

MIN. Tengo mucho gusto y me considero muy honrado.

TULA. La honrada soy yo, señor Ministro.

MIN. De ninguna manera, yo soy el honrado.

REYES. Ea, basta de cumplidos... El honrado no es ninguno de los dos.

MIN. Puedo disponer de poco tiempo; pero, siéntense ustedes... (Les ofrece sillas y se sientan, quedando en medio Reyes.)

REYES. ¡Pero, hombre, qué cambiado estás! Cuando éramos pequeños ni tenías bigote, ni perilla...

MIN. (Con ironía.) Ni cincuenta y dos años que tengo ahora.

REYES. Parece que te estoy viendo... ¿Te acuerdas de Pepito Jiménez?

MIN. No recuerdo.

REYES. Sí, hombre, aquel que te rompió las narices de un puñetazo.

MIN. ¡Ah, sí, sí! Era muy gracioso.

REYES. ¿Y de su hermano Ceferino?

MIN. A ese no le conocí.

REYES. ¿Cómo que no? Aquel que, jugando, te tiró al estanque de tu huerta.

TULA. (¡A este Ministro le ha pegado todo el mundo!)

MIN. ¡Ya caigo! Y que luego me pusísteis debajo de una higuera para que me secase.

REYES. ¡Justo! ¡Y qué atracón de brevas te diste mientras te traían la ropa! Desde entonces dije yo: "este chico va á ser Ministro de Fomento."

MIN. ¿De modo que todo el que de chico come brevas, es después Ministro de Fomento?

REYES. ¡Infalible!

MIN. Entonces, aquel que le guste la merluza,

será luego Ministro de Marina. ¿Y á que debo esta visita tan agradable?

REYES. (A Tula.) Dílo tú... Yo recomiendo su pretensión como si fuera mía.

TULA. Señor Ministro, yo tengo un hijo, estudioso, aplicado, de grandísimo talento...; en fin, ha estado muchas veces expuesto á ser concejal.

MIN. ¡Pobrecillo!

TULA. Se llama Eduardo Pérez... abogado.

MIN. No siga usted... opositor brillante á la cátedra...

TULA. El mismo.

MIN. Pues es inútil toda recomendación.

TULA. (Alarmada.) ¿Qué dice usted?

MIN. Que yo soy amante de la justicia... y que he dado las órdenes para que se extienda el nombramiento á favor de su hijo de usted.

TULA. (Levantándose con muestras de agitación.) ¡Pero es posible! ¡Y yo que le tenía á usted por un danzante!

MIN. (Interrumpiéndola.) Pues soy más de lo que usted cree.

TULA. ¿Más danzante?

MIN. Quiero decir que soy algo más digno y elevado que danzante.

REYES. Ea, ya sabes lo principal. Vamos á decírselo al chico, que estará esperando.

TULA. Señor Ministro: siempre tendrá usted en mí una servidora muy agradecida. Yo haré que la prensa de Loja se ocupe de este rasgo de justicia.

MIN. ¡Hola, hola! ¿En Loja hay ya periódicos?

REYES. ¡Ya lo creo!

TULA. Hay una revista quincenal que se llama *El eco del ganado vacuno*. Su voz llega á todas partes.

MIN. ¡Ya lo creo! Desde aquí parece que le estoy oyendo.

REYES. (Despidiéndose.) Y ahora, como despedida, voy á darte una noticia que te va á satisfacer mucho.

MIN. Venga.

REYES. El Ayuntamiento en masa ha dispuesto poner tu nombre á una calle del pueblo.

TULA. Justo, sí, señor; lo que antes llamaban callejuela del Atún, le van á llamar ahora "Recodo de don Roque„.

MIN. (Conmovido.) Muchas gracias, muchas gracias... Adiós, señora... Adiós, Recodo, digo, adiós, Guirlache.

TULA. ¿Por qué no será usted Ministro eternamente?

MIN. ¡Haré todo lo posible por servir á usted! (Se marchan hablando en voz baja y dando muestras de alegría.)

ESCENA IX

EL MINISTRO, dirigiéndose al gabinete de donde salió.

¡Pero, señor, cómo se pasa la vida! Tan joven como era yo cuando empecé á almorzar, y ya no puedo con los años. (Entra en el gabinete.)

ESCENA X

CARDONA y ROJAS, precedidos de DON JOSÉ, que los conduce resueltamente al despacho del MINISTRO.

JOSÉ. Ustedes no necesitan que le pase recado. (Don José entra en el gabinetito y Cardona y Rojas en el despacho.)

CARD. (A Rojas.) Y usted á callar, como si estuviera votando en las Cortes...; no diga usted más que sí ó no, que para eso le ha sacado á usted diputado.

ROJAS. No diré esta boca es mía.

CARD. No, si la boca no es de usted; la boca de los diputados ministeriales es del Gobierno.

ESCENA XI

DICHOS, el MINISTRO que sale del gabinete.

MIN. (Con alegría.) ¡Señores y milores! ¡Amigo Cardona!

CARD. ¿Estaba usted almorzando?

MIN. No, señor; nada de eso: además, ya pronto será la hora de cenar, y empalmaré.

CARD. (Presentándole.) El señor Rojas, diputado por el mismo distrito por donde usted es senador.

MIN. Tengo mucho gusto... Me extraña no haberle visto nunca por el Congreso.

CARD. Se lo he prohibido yo. Le he encargado que huya de las malas compañías.

MIN. ¡Usted siempre de tan buen humor! (Se sientan.)

CARD. Al grano. Usted ya sabe que soy amigo y defensor del Gobierno. El Gobierno me dijo: "quiero que salga senador por Loja el Ministro de Fomento, y usted salió..." Me costó mucho dinero.

MIN. ¡Es verdad! Nunca se lo podré pagar.

CARD. Eso ya lo sabía yo. Cuando el Gobierno quiere que saque diputado á una persona determinada, yo pongo en juego todos mis recursos, y ese sujeto sale diputado, así sea el adoquín más grande de la tierra. ¿No es cierto, don Pedro?

ROJAS. (Levantándose de la silla, y como si votara en las Cortes.) Rojas, sí. (Se sienta.)

CARD. Yo tengo un sobrino que es una maravilla... Va para poeta.

MIN. ¿Va para poeta? Pues me alegraré que llegue sin novedad.

CARD. No podemos dejarle solo un instante, porque en cuanto nos descuidamos, escribe un drama.

MIN. Los compadezco á ustedes.

CARD. Con todos esos elementos, ¿sabrá el chico Derecho romano?

MIN. Hombre, lo ignoro. (A Rojas.) Señor Rojas, ¿sabrá el chico Derecho romano con todos esos elementos?

ROJAS. (Levantándose como antes.) Rojas, no; digo, sí.

MIN. (No sabe ni siquiera lo que vota.)

CARD. Pues bien: ha hecho oposiciones á una cátedra de la Universidad de Barcelona, y sus ejercicios han sido...

MIN. ¿Brillantes?

CARD. Hombre, la verdad es que nadie sabe cómo han sido, porque no contestó una palabra.

MIN. ¿Y qué quiere usted que haga yo?

CARD. Pues nombrarle catedrático de la Universidad de Barcelona.

MIN. ¿Pero qué dirían el país y la prensa, si yo no nombrase al único que me ha sido propuesto por el Tribunal?

CARD. (Levantándose.) Aquí sobramos, don Pedro.

ROJAS. (Suplicante.) Hágame usted el favor, señor Ministro, de nombrar al sobrino del señor Cardona; mire usted que es un chico que no sirve para nada, que no entiende una

palabra de la asignatura, y yo le ofrezco á usted que no irá un día á clase.

MIN. Hombre, con esas cualidades me hace usted titubear... ¡Pero, no, es imposible! He dado orden para que extiendan el nombramiento á favor de don Eduardo Pérez.

CARD. ¡Al hijo de mi prima Tula Gómez!... Hemos concluído. Pasado mañana son las elecciones municipales...; le juro á usted que todos los candidatos del Gobierno serán derrotados y formaremos un Ayuntamiento de oposición.

MIN. ¡Por Dios y María Santísima! (¡Este hombre me va á comprometer!) Espere usted un momento. ¡García! ¡García! (Llamando.)

GARCÍA. (Saliendo con una credencial en la mano.) Señor Ministro...

MIN. ¿Qué trae usted ahí?

GARCÍA. La credencial á favor de don Eduardo Pérez, por si quiere usted firmarla.

MIN. Rómpala usted inmediatamente, y extienda

usted otra á nombre del sobrino del señor...

GARCÍA. ¡Pero si el sobrino de este caballero ha sido el peor de todos en las oposiciones!

MIN. ¡Pues por eso mismo!

ROJAS. Un momento. A mí me consta que el hijo de Tula es un joven de relevantes méritos, y sería una injusticia no recompensarle de alguna manera.

MIN. Yo creo lo mismo, señor Cardona.

CARD. No me opongo, y voy á dar á ustedes una solución muy acertada. Dèle usted la plaza de catedrático de historia de Zaragoza.

GARCÍA. Nada más natural: precisamente cuando hizo oposiciones dijo que Carlos III fué asesinado por Favila.

MIN. (¡Este hombre dispone de mi departamento como si fuera el jefe!) Inmediatamente vengan los dos nombramientos, que voy á firmarlos á escape.

CARD. Señor don Pedro: vaya usted á casa de la modista por los vestidos de mi mujer, y de paso á la sastrería de Salustiano Bernáldez por mi gabán de pieles...; que para eso es usted diputado.

ROJAS. Con mucho gusto. Señor Ministro... (Despidiéndose.)

MIN. Hasta luego.

ROJAS. (Aparte con tristeza cómica.) ¡Cuántas humillaciones por un acta de diputado! (Vase izquierda.)

MIN. Sólo por usted soy yo capaz de faltar á la justicia.

CARD. ¡Contento me tiene el Gobierno! En este mes no me han mandado ustedes más que veinte credenciales. Casi todos mis parientes están sin colocar.

MIN. ¿Todavía?

CARD. Además, hace tres meses que estamos clamando por que nos pongan ustedes un ramal, y como si no.

MIN. La verdad es que lo tienen ustedes bien merecido... (Siguen hablando en voz baja.)

GARCÍA. (Presentando dos pliegos al Ministro.) Aquí tiene usted, señor Ministro: la credencial del sobrino, y la del señor Pérez.

MIN. (Sentándose.) Las firmaré y me marcharé corriendo al Congreso.

CARD. No se detenga usted mucho, que por ahí dicen que hoy cae el Ministerio.

MIN. ¡Caracoles! (Levantándose de un salto.)

CARD. ¿Pero usted no sabía nada?

MIN. Ni una palabra. ¡Si los únicos que no sabemos cuándo hay crisis somos los Ministros!... ¿Y se dice quién sale?

CARD. En primer lugar, usted...; después ..

MIN. (Todo esto con mucha rapidez.) No siga usted, que los demás no me importan nada. A ver, mi sombrero, mi bastón... el coche. ¡Pero no es posible, si no ha nacido quien me sustituya!... (Mas por si acaso, voy ahora mismo á buscar una buena recomendación para no salir del Ministerio.) Adiós, Cardona, que venga usted por aquí... que nos veamos, sobre todo en este despacho,

que es lo que nos conviene á los dos. (Se dirige á la puerta de la antesala.)

JOSÉ. (Interponiéndose y evitando respetuosamente que salga por allí el Ministro.) Señor, perdone vuecencia que le *recomiende* que baje por la escalera reservada, porque en la antesala hay gente, y le van á detener.

MIN. Esta es la única recomendación que hoy me han hecho á favor mío.

(El Portero le abre la puerta de la escalera reservada, y ambos bajan precipitadamente.)

ESCENA XII

CARDONA, TULA y EDUARDO. Éstos dos entran por la puerta del foro de la antesala.

TULA. Pasa, hijo, pasa. ¡Verás que amable es el Ministro!

CARD. ¡Queridísima Tulita! (Saliendo del despacho del Ministro.) Dame un abrazo. ¡Tú por este sitio? (Entran todos en el despacho del Ministro.)

TULA. ¡Vengo á recoger la credencial de Eduardo!

EDUAR. Por esta vez se ha llevado usted chasco. Estoy nombrado para Barcelona.

CARD. Estás equivocado: para esa plaza está nombrado mi sobrino, y aquí llevo la credencial. Esta es la tuya, para Zaragoza. (Dándosela.)

EDUAR. ¿Cómo? Yo no admito un cargo que no he de desempeñar dignamente.

Pero...

CARD. No seas tonto; desempéñalo como puedas, y convéncete de que todavía debes darme las gracias. Si en lugar de mandarte á Zaragoza hubiera pedido que fueras á Fernando Póo, allí te habría enviado el Ministro.

TULA. Acéptala, hijo mío. ¡Que para vivir en España no hay más remedio que hacer lo que mandan los caciques!

(Se oye un gran estruendo y se acercan todos á la puerta por donde salió el Ministro con don José, y sale éste apresuradamente por ella.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON JOSÉ.

JOSÉ. ¡Señores, por Dios, un médico,
que ha ocurrido una desgracia!

TULA. ¿Qué ha sido?

JOSÉ. Que su excelencia
en este momento acaba
de rodar las escaleras,
de lo cual yo soy la causa,
que porque saliera antes,
y creyendo que acertaba,
le *recomendé* que, al irse,
fuera por la reservada.

TULA. ¡Toma recomendaciones! (Con júbilo.)
¡Castigo del cielo, anda!

CARD. ¡Pobre hombre! Vamos corriendo
á ver qué es lo que le pasa;
pero antes, ya que de re-

comendaciones se trata,
es justo recomendarnos
á la bondad extremada... (Por el público.)

TULA. ¡No más recomendaciones,
por Dios! Que una vez se haga
en este mundo justicia
seca, y que caiga el que caiga.
Si no te gustó, demuéstralo (Al público.)
en la forma que te plazca.
Y aquí da fin el sainete;
no perdonéis nuestras faltas.
(Marcándolo mucho y muy enfadada.)

Tomás Luceño

CARRANZA Y COMPAÑÍA

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TOMAS LUCEÑO

Teatro Lara, 7 de Marzo de 1893.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SINFOROSA	SRA. VALVERDE.
BARONESA	SRTA. MOLINA.
PATRO	BLANCO.
PETRO	SRA. PINO.
DOÑA LAURA	LARXÉ.
CLOTILDE	MAVILLARD.
SOLEDAD	SRTA. LASHERAS.
LOLA AMA DE CRÍA	MOLINA (AMPARO).
PAQUITA (niña mendiga)	NIÑA RIAZA.
UNA CHULA	LASHERAS.
CARRANZA (dueño de la tienda)	SR. MANSO.
DON RUPERTO (dependiente)	ROSELL.
BARÓN CAYETANO (mozo de tahona)	RUIZ DE ARANA.
DON JOAQUÍN	GONZÁLVEZ.
LUCAS (dependiente)	MENDIGUCHÍA.
SERAFÍN (dependiente)	FUENTES.
NARCISO	RAMÍREZ.
MOTILÓN (dependiente)	SRTA. RIAZA.
POBRE 1.º	SR. PALOMERA.
POBRE 2.º	MANCHÓN.
Una que pasa besando á su hijo	N. N.

La acción en Madrid.—Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO ÚNICO

Tienda de objetos de fantasía en uno de los sitios más céntricos de Madrid. Puerta al foro, y á un lado y otro de la misma un escaparate muy grande, ocupado por numerosos objetos propios de estos establecimientos. Gran mostrador que venga desde el fondo, por ambos lados, á los dos primeros términos, derecha é izquierda. Aparato de luz eléctrica que pende del techo. Al lado izquierdo, dentro del mostrador, una puerta que comunica con las habitaciones interiores, con una gran cortina. En esta decoración ha de resplandecer el lujo más refinado y exquisito. Muebles raros y caprichosos, esparcidos convenientemente.

ESCENA PRIMERA

DON RUPERTO y LUCAS, dependientes, muy compuestos y elegantes. LOLA y SOLEDAD, costureras, modestamente vestidas. Lola está entregando la ropa blanca, que indicará el diálogo, á don Ruperto, que estará en el mostrador de la izquierda, y Soledad en el de la derecha, haciendo lo mismo con Lucas. DON JOAQUÍN, sentado en cualquier sitio de la tienda, y abstraído echando humo á una boquilla, SERAFÍN, dependiente también, detrás del mostrador de la derecha, en último término, leyendo un libro. MOTILÓN, en el de la izquierda, sin hacer nada.

RUPER. (Examinando atentamente la ropa blanca que le entrega Lola.) Mira estos pespuntes. ¿Dónde
has aprendido estas mañas?
Fíjate: entre punto y punto
cabe un carro de mudanza.
¿Cuándo caerás de tu burro?

LOLA. ¿De mi burro? ¡Tiene gracia!
¿Cómo he de caer, si yo

casi siempre voy á pata?

RUPER. (De mal humor.) Es que no ponéis cuidado;
que pensáis sólo en jaranas,
en los novios y otras cosas
que os perjudican y dañan,
y queréis que la labor
ella solita se haga.
¡Cómo está la juventud!

LOLA. ¿Que cómo está? Buena, gracias.
¿Y la familia de usted?

RUPER. Sí, ¡vente con patochadas!
(Tirando la labor con muy malos modos.)
Lo siento mucho, pero esta
labor hay que rechazarla.
(Continúa examinando la ropa blanca, dando muestras de desagrado.)

LUCAS. (A Soledad, muy cariñoso y sonriente.)
Mira, hija mía, la nesga
no me gusta, y estas mangas
son cortas, es decir, una,
porque la otra es más larga.
Estos ojales, pimpollo,
más que ojales son ventanas
por las que puede pasar
la estatua de Mendizabal.

SOLE. ¡Qué atrocidad! ¡Por supuesto
que será sin la peana!
No lo puedo hacer mejor.

LUCAS. (Bajando la voz y con mucha ternura.)
Lo que no puedes, ingrata,
es quererme, cuando yo
suspiro por tus miradas.

SOLE. ¿Me da usted la cuenta?

LUCAS. (Con dulzura cursi.) Dime:
¿quién te ha dado á ti esa cara?
¿Quién te ha dado á ti esos ojos?
¿Quién te ha dado esas pestañas
que parecen, por lo extensas,
las varillas de un paraguas?

SOLE. Ocurrencias de mis padres.

LUCAS. Me estás destrozando el alma.
(Cogiéndole una mano y con pasión.)
Sí, lucero matutino.

SOLE. Matu... ¿qué?

LUCAS. De la mañana.
Es que yo he nacido poeta.

RUPER. (Suspendiendo el examen de la labor de Lola y en tono guasón.) Pues esa es una desgracia;
porque la forma poética
ya sabes que está llamada
á largarse, como tú
si insistes en esas mañas.
En cuanto entra aquí una joven
ya empiezas á enamorarla,
á suspirar, y á decirle
que quisieras tener alas,
que el mundo no es para ti,
que el mostrador te rechaza,
que has nacido para algo...
Pues te quedarás en nada.

LUCAS. (A Soledad.) No le hagas caso. Es que tiene
enferma la calabaza.
(Indicando que Ruperto está chiflado.)

RUPER. Como Serafín. A ése
le da por cosas más altas:

por la oratoria. Y el Círculo
Mercantil es quien lo paga.
¡Pronuncia cada discurso,
que deja caer de espaldas!
(Figurando que imita á Serafín cuando pronuncia un discurso.)
"El déficit no se enjuga...„
Enjúgate tú la baba:
"El comercio agonizante...„
Es claro: con esas latas,
en vez de vivir dos meses,
le matáis en dos semanas.

SERA. (Dejando de leer.) Pues aquí dice Bastiat,
economista de fama,
que la Economía es
del Comercio prima hermana.
(Leyendo) "Dadme un duro„—añade luego—
"y en catorce horas escasas,
á interés compuesto, os doy
cuatro millones.„

RUPER. ¡Caramba!
Yo digo más, y no sé
de esa ciencia una palabra.
Dadme un duro, y en la vida
le volvéis á ver la cara.
(Serafín y Lucas se ríen á carcajadas.—A Motilón, dándole un pescozón.)
Y tú, ¿para qué has nacido?

MOTI. (Lloriqueando.) ¿Yo? Para bestia de carga.

RUPER. Pues lo serás, hijo mío,
que yo te protejo, y basta.
(A Lola, y refiriéndose otra vez á la ropa:)

Esta pretina no sirve.
No te la tiro á la cara
porque estoy bien educado,
que si no, te la tiraba. (Arrojándosela á la cara.)

LOLA. (Recogiéndola y metiéndola en un pañuelo.)
¡Esté usted toda la noche
dándole á la aguja, para
que después, sin miramientos,
me ponga usted coloradal

RUPER. ¿Qué murmuras?

LOLA. No murmuro;
es que maldigo mi estampa.
Aliviarse.
(Yéndose muy incomodada por el foro, y llevándose la ropa.)

RUPER. Anda con Dios.
(A Soledad.) Niña, basta ya de charla,
que hay trabajo, y no me gusta
la gente desocupada.
¿Qué se te debe?

SOLE. (Pasando al sitio en que está Ruperto.)
Pues cinco
pesetas, costura y plancha.

RUPER. (Sacando dinero del cajón.)
Ahí tienes un duro.
(Soledad le hace saltar sobre el mostrador y mira mucho el duro para convencerse de que no es falso.)
¿Es malo?
¿Quieres otro?

SOLE. Bueno.

RUPER. ¡Vaya!
(Le da otro. Soledad lo coge y se prepara á marcharse sin devolver el primero.)

SOLE. Con Dios, y que usted se alivie.

RUPER. (Mal humorado.) ¡Si á mí no me duele nada!
¡Que te llevas los dos duros!

SOLE. Como usted me preguntaba
si quería otro, y le quiero,
lo admití sin repugnancia.

RUPER. En el caso de que el uno
fuera falso. No eres manca.

SOLE. ¡Verdad que lo que usted dél...
(Le tira el duro sobre el mostrador y se va.)

RUPER. (Contemplándola con picardía y regocijo:)
¡Qué caderitas más anchas
y sandungueras que tiene
el diablo de la muchacha!

ESCENA II

DICHOS, DOÑA LAURA y CLOTILDE, muy elegantes. Se dirigen al sitio en que está Serafín leyendo. Éste, al verlas, deja el libro y se dispone á servirlas, lo cual ha de hacer siempre con exagerada amabilidad.

CLOT. ¿Abanicos?

SERA. Sí, señora.

CLOT. Saque usted.
(Volviéndose de espaldas para sacar más cajas. Motilón les ha puesto sillas y queda en el mostrador de la derecha.)

SERA. Esta mañana
hemos recibido un gran
surtido de clases varias.
¿Quiere usted sándalo, ébano,
palo de rosa... de nácar?

LAU. Los veremos todos.

SERA. Bueno:
siéntense. ¡Ah! Me olvidaba...
¿Es para viuda... soltera?

CLOT. No, señor: para casada.

SERA. ¿De cuántos años?

CLOT. De treinta,
dos meses y tres semanas.
Hemos debido traer (Con ironía.)
la cédula.

SERA. No hacía falta;
pero á veces es preciso
saber ciertas circunstancias.
(Doña Clotilde y Laura abren y cierran los abanicos y los examinan con detenimiento.)

LAU. Los quisiéramos mejores,
aunque fuesen caros.

SERA. (A Motilón.) Saca
de los *mosmis*, que ahí están,

debajo de esas corbatas.

MOTI. (A Lucas, en voz muy baja para que no lo oigan los demás.)

¿De los *mosmis*? ¿Y qué es eso?

LUCAS. De los mismos, papanatas. (Pegándole.)

(Motilón coge una caja, se la presenta á Serafín, y éste á las señoras, que siguen abriendo y cerrando abanicos, dándoselos á Serafín, echándose aire con ellos y haciendo gestos de disgusto. Serafín va amontonando cajas y abanicos conforme avanza la acción del sainete.)

NARCI. (Haciendo como que habla por señas con una señorita á quien se supone en un balcón de enfrente. Este personaje aparece en la puerta y se coloca de espaldas al público desde las últimas palabras de Lucas á Motilón.)

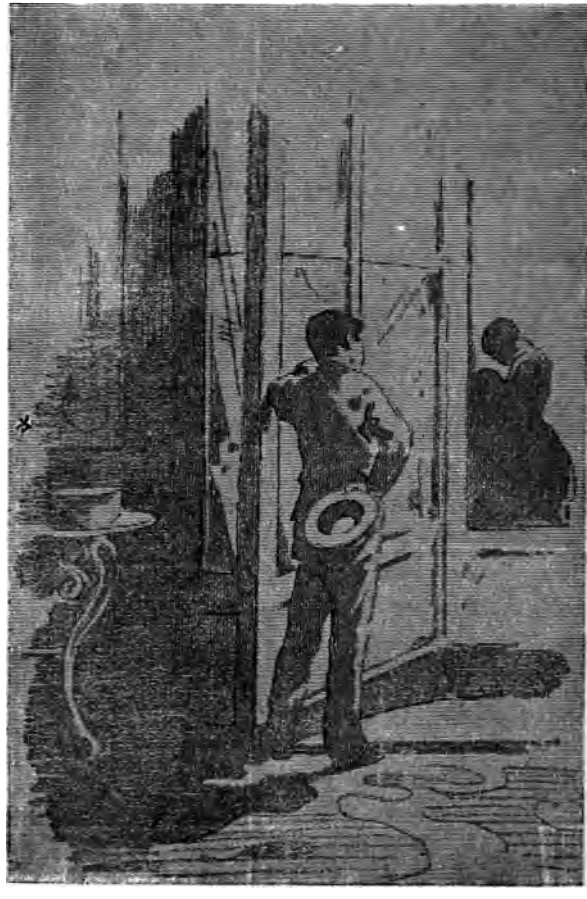
¿A las siete? ¡Qué feliz!
¿Que suba? ¿No? ¡Ya!... Pensaba...
Has hecho una *be*. ¡Ah! ¡Que sudas
cuando tu padre está en casa!
Como se asome tu primo
al balcón, no miro nada
y desde aquí le disparo
un tiro, y á ti, por falsa,
otro que te deje seca
lo mismo que una calandria.
¿Que no sea bruto? Lo soy;
y á mucha honra, ¡caramba!

ESCENA III

DICHOS, MENDIGO 1.° á la puerta.

MEN. Caballero, ¡una limosna

por Dios y la Virgen santa!



NARCI. Perdone, hermano... Te adoro.

(Dirigiéndose a donde se supone que está el balcón.)

MEN. Para pan.
NARCI. ¡Dale, matraca!...
Yo tomaré los billetes
para el estreno de Eslava.
MEN. Que no me he estrenado.
NARCI. Hombre...
ya le he dicho que no hay nada.
¿No ve usted que está estorbando?
MEN. Sí, señor; y esa es la causa
de no irme, á ver si me da
algo para que me vaya.
NARCI. No vivo sin ti; y á Dios
le pediré, si no me amas,
que me dé una pulmonía
ó que de un rayo me parta.
MEN. ¡Que Dios le conceda á usted
lo que le pida!
NARCI. ¡Ay qué lata!
Tome usted. (Le da dinero.)
MEN. Dios se lo pague.
Señorito, hasta mañana. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos el MENDIGO 1.°

NARCI. ¡Ay, don Ruperto! ¡Qué pobres!
(Sigue de espaldas al público.)
¿Pero por qué no trabajan
como hacemos todos?
RUPER. Todos...
menos usted.

NARCI. Pues se engaña,
que á estas horas he asistido
á cinco clases.

RUPER. ¡Caramba!
¿Pues qué estudia usted?

NARCI. Derecho.

RUPER. Derecho... como una estatua;
porque está usted todo el día
sin moverse para nada;
y más de cuatro señoras
van á entrar, y las espanta.

NARCI. No es cierto.

RUPER. Luego, si usted
hiciera gasto en la casa,
menos mal.

NARCI. ¿Sí?... Pues por eso
no quedará. Una corbata.

RUPER. Aquí tiene usté... á elegir. (Sacando una caja.)

NARCI. Acérqueme usted la caja,
porque de aquí no me muevo;
que si se asoma y repara
que no estoy, se va á enfadar,
y si la veo enfadada
me pego un tiro.

RUPER. ¡Hombre! ¡Usted
parece que anda de caza!
Está usted pegando tiros
á todas horas.

(Don Ruperto se dirige á la puerta con una caja de corbatas, que presenta á Narciso.)

ESCENA V

DICHOS, PAQUITA y MENDIGO 2.° En el fondo.

MEN. 2.° ¿No hay nada
para un pobrecito ciego
y sordo como una tapia?

NARCI. ¡Se asoma! Vuelva usted luego. (Al mendigo.)

PAQUI. Que vuelva usted luego.
(Gritando al oído del mendigo.)

NARCI. Anda;
márchate de aquí. La verde, (A don Ruperto.)
que significa esperanza.
¿Tiene usted cambio de mil
pesetas?

MEN. 2.° ¿Qué dice, Paca?
(Bajando la cabeza á la altura de la niña para que ésta le repita á gritos lo que dice Narciso.)

PAQUI. Que si puede usted cambiarle
mil pesetas. (Gritándole al oído.)

MEN. 2.° ¡Santa Bárbara!
¡Qué atrocidad! ¡Eso es
burlarse de la desgracia!

NARCI. ¡Toma, si á ti no te digo!
(Le da dinero y vanse el pobre y Paquita.)
(Mirando al balcón.)
Ahora vuelvo, que me llama. (Vase.)

[illegible]

[illegible]

[illegible]

la elección, si ha de ganarla,
ha de ser á fuerza de oro,
de promesas y esperanzas.
Hoy es, como usted ya sabe,
el día de la batalla.
Pues antes de amanecer
ya estaba fuera de casa.
Cada diez minutos viene
y se dirige á la caja,
con agitación la abre,
con mano temblona saca
un paquete de billetes
en cantidades que espanta;
sale, vuelve, no saluda,
habla solo, no descansa;
y, en fin, que desde que ha entrado
la política en la casa,
no me cabe duda, el mismo
demonio metió la pata.

JOAQ. ¿Y su mujer?

RUPER. Su mujer,
¡pobrecilla! avergonzada;
y, es natural, porque dice
que su familia es cristiana
y jamás ha habido en ella
un concejal.

JOAQ. ¡Tiene gracia!
No hay mortal sin chifladura,
aunque la mía es bien cándida.
Yo, teniendo una boquilla
que culotar, ¡viva España!
Ni política, ni toros,

ESCENA VI

DICHOS, menos NARCISO, POBRE y PAQUITA.

RUPER. Luego me la comprarás,
porque de ésta no te escapas.
Ya que conviertes la tienda
en campo de tus hazañas,
te ha de costar el dinero.

JOAQ. Pero lo que á mí me extraña
es que el amo lo permita.

RUPER. ¿El amo? El amo está en Babia.
Tiene hace un año la tienda
por completo abandonada.
Le ha dado por figurar
y ser hombre de importancia.
Ahora quiere á todo trance
ser concejal.

(Durante el parlamento que sigue, da á Motilón unas cuantas facturas; éste las coge, como igualmente una caja con correa de las que se usan para llevar objetos, y vase por el foro, después de haberse puesto la gorra, que sea de las llamadas de plato, con una C. y C.ª encima de la visera.)

JOAQ. ¡Buena ganga!
¿Y qué adelanta con eso?

RUPER. ¡Figúrese ustél Adelanta
el quedarse sin un cuarto,
porque la cosa está clara.
Como nadie le conoce,

la elección, si ha de ganarla,
ha de ser á fuerza de oro,
de promesas y esperanzas.
Hoy es, como usted ya sabe,
el día de la batalla.
Pues antes de amanecer
ya estaba fuera de casa.
Cada diez minutos viene
y se dirige á la caja,
con agitación la abre,
con mano temblona saca
un paquete de billetes
en cantidades que espanta;
sale, vuelve, no saluda,
habla solo, no descansa;
y, en fin, que desde que ha entrado
la política en la casa,
no me cabe duda, el mismo
demonio metió la pata.

JOAQ. ¿Y su mujer?

RUPER. Su mujer,
¡pobrecilla! avergonzada;
y, es natural, porque dice
que su familia es cristiana
y jamás ha habido en ella
un concejal.

JOAQ. ¡Tiene gracia!
No hay mortal sin chifladura,
aunque la mía es bien cándida.
Yo, teniendo una boquilla
que culotar, ¡viva España!
Ni política, ni toros,

ni Fiesta Alegre, ni nada.

(Levantándose de la silla y dirigiéndose al mostrador en que está Ruperto.)

En uno de estos bolsillos
llevo casi siempre varias

que me traen á la memoria
fechas para mí muy gratas.
Esta, cuando me casé;
(Va sacando sucesivamente las boquillas que indica.)
cuando creí que enviudaba;
cuando tuve el primer chico;
cuando entró á mandar Sagasta;
y ésta... ya no lo recuerdo.

RUPER. (Con ironía.) Sí, de cuando usted mamaba.

JOAQ. Tiene usted razón, de cuando
me hicieron vista de Aduanas.
¿Han venido algunas nuevas?

RUPER. ¡Ya lo creo! Y de Alemania.
Novedad verdad. (Marcándolo mucho.)

JOAQ. ¿A verlas?
(Joaquín se dirige al otro mostrador.)

LUCAS. Todavía no están marcadas.

RUPER. No importa. Ponle lo justo,
lo que nos cuestan, y basta.
Erre y *jota*. (Que es lo mismo
que dos duros más en cada
boquilla. Las aficiones
es necesario explotarlas.)
(Don Joaquín pasa al lado donde está Lucas: éste saca un cajón con boquillas, que examina aquél con avidez.)

ESCENA VII

DICHOS, CARRANZA por la puerta de la izquierda, figurando que habla con alguien que está dentro.

CARR. Bueno: yo haré lo que quiera,
que en mi casa soy el dueño.

JOAQ. ¡Don Felipe!...
CARR. Adiós, amigo.
JOAQ. ¿Qué le ocurre á usted? ¿Qué es eso?
CARR. Mi familia, que va á dar
conmigo en el cementerio.
RUPER. Tu familia, que se empeña
en que no pierdas el seso
y atiendas á tus negocios,
que debe ser lo primero.
CARR. ¡Me gusta! Ten entendido
de hoy para siempre, Ruperto,
que el llevar veintidós años
en esta casa, no creo
que te autorice á meterte
en lo que te estás metiendo.
¡Vaya! Figúrese usted (A don Joaquín.)
que anda tan mal el comercio,
que hay que vender por noventa
lo que nos cuesta uno y medio;
que entre las contribuciones,
las tarifas, el impuesto
de consumos, y además
otra porción de derechos,
el comerciante no tiene
sobre qué caerse muerto,
y yo tendré que morirme
de pie, lo cual es molesto.
Mi situación—le decía—
se empeora por momentos:
mis chicos, sin ropa; yo,
con este traje y el puesto;
mi mujer medio desnuda,

por no decir que está en cueros...

JOAQ. ¿Puedo verla?

(Haciendo el movimiento de echar á andar.)

CARR. Ahora, imposible.
Si está presa...

JOAQ. (Alarmado.) ¿Pues qué ha hecho?

CARR. (Riéndose.) ¡Hombre, por Dios! Digo presa
de un gran ataque de nervios,
nada más que porque en estas
elecciones me presento
concejal, cuando lo hago
precisamente por ellos.
Porque siendo concejal,
ni pagaré los impuestos,
ni pagaré las tarifas,
ni pagaré los derechos
de consumos, y á muy poco
que me apuren, ni al casero.
Además, mi afán es mora-
lizar el Ayuntamiento.

CLOT. (Viendo un abanico.)
¡Qué avestruz... tan mal pintado!
Yo creí que era un jilguero.

CARR. Me voy á ver cómo va
la elección. Conque hasta luego.

(Al irse le sale al paso Cayetano, hombre del pueblo, pero bien vestido. Es gallego.)

ESCENA VIII

DICHOS, CAYETANO. Pronunciación marcadamente gallega.

CAYE. Buenos días, don Felipe.

CARR. Buenos días, Cayetano.
CAYE. Me alegro de verle bueno,
porque estoy hace un gran rato
pra entrar aquí, y como siempre
veo el comercio ocupado,
he sentido curtedaz
para darle á usté un recadu.
CARR. ¿De parte de quién?
CAYE. De un ser-
vidor que besa su mano.
CARR. Hombre... ahora estoy muy de prisa.
CAYE. En un momentu despachu:
es una curiosidaz
que está revoloteyando
por todo mi cuerpo, y quiero
que usté me saque del paso.

Dígame usté, don Felipe:
¿á usté nu le han reventadu

alguna vez? Cun franqueza ..
como si fuera su hermano.
¿Que le han reventadu? Bueno.
¿Que no? Pues éste que traigo,
(Enseñándole un grosísimo bastón.)
tráigolo yo aquí con el
objeto arriba indicado.

CARR. Dígame usted lo que quiere,
pero en términos más blandos.

CAYE. Baje usted la voz, que ni
estoy sordo ni borrachu,
y yo merezcu respeto
porque soy buen ciudadano
y trabajo honradamente
y honradamente lo gasto;
y si bebo, es cuando quiero
hablarle á un amigo claro.
Yo soy mozo de barriga
de la tahona de don Paco.
Don Paco es, como usted sabe,
el candedato contrario
de usted, y como nun salga
concejal el señor Paco,
le doy á usted un recorrido
desde el tubillo hasta el cráneo
de la cabeza, que tienen
qui introducirle en un sacu
si han de llevarle á jurar
al Ayuntamiento el cargu.
Conque su candedatura
ya la está usted retirando.

CARR. Eso al cuerpo electoral,

que es el que me ha designado.

CAYE. Es que pra mí no hay más cuerpo
que este cuerpo que me traigo.
(Blandiendo el garrote.)
Mire usted que aunque de Vigo
soy muy chulo y soy muy guapu,
que me mire usted de frente,
que me mire usted de lado.

CARR. Vamos, déjeme usté en paz.
A mí me ha dicho su amo
que no ambiciona ese puesto.

CAYE. Pues pur eso está empeñado
todu el destrito en sacarle
vetorioso: porque, es claro,
por lo mismo que no quiere,
desempeñará su cargo
con fedeledaz, equidaz
y aseo... porque es aseado.

CARR. ¡Hombre... venga usted acál...
(Aparte á Ruperto.)
(Lo que éste busca son cuartos.)
Tome usted cuarenta reales
para que se eche usted un trago.

CAYE. (Con dignidad cómica.)
Eso es para mí una ofensa;
y á un elector de mi rango,
el darle dinero, es darle
pur la espalda un navajazu.
En fin, vengan los dos duros.
Mas conste que no me ablando
ni me vendo... y si le votu
porqui he de votarle... lu hago

por gratetuz.

CARR. ¡Se comprende!

CAYE. Ahora, dieme esa mano.
(Con risa estúpida.) ¿Lo ve usté cómu la gente
hunrada se entiende hablando?

CARR. Cierto, cierto. Ea, á votar.

CAYE. Pero, por Dios y los santos,
que conste que no me vendu.

CARR. ¡Ya se sabe!

CAYE. (Y no le engaño,
porque le tomo el dinero
y luegu votu á mi amu.) (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, menos CAYETANO.

JOAQ. ¡Tiene gracia!

CARR. ¿Lo ve usted? (A Joaquín.)
(A Ruperto.) ¿Te convences, viejo raro?

Con dinero se consigue
todo en el mundo.

RUPER. No tanto.
Lograrás algunos votos
de dos ó tres mentecatos;
pero no la estimación
de todos los ciudadanos,
porque esa sólo se alcanza
á fuerza de gran trabajo,
de virtudes y otras prendas
que Dios á ti te ha negado.

CARR. ¡Ah! ¿No ha vuelto todavía
con las cuentas el muchacho?
Me va á hacer falta dinero.

RUPER. ¿A que no te trae un cuarto?

ESCENA X

DICHOS, MOTILÓN con la caja y las facturas.

CARR. Ya viene aquí. ¿Me traerás
veinte mil reales lo menos?

MOTI. (Mal humorado y tirando una á una sobre el mostrador las cuentas conforme va diciendo nombres.)
¡Cá! No, señor. ¡Si en Madrid
no hay nadie que tenga un céntimo!
Don Pedro Sánchez no estaba
en su casa, porque ha muerto
de repente... un primo suyo
que residía en Oviedo.
Cruz... ese señor que ha sido...

CARR. Sí, ministro de Fomento (A don Joaquín.)

En las tarjetas se pone
"exministro„ el majadero;
pero lo pone con ese
y cree que lo está siendo.

MOTI. Que ya vendrá por aquí.
Don Sebastián... me ha devuelto
los guantes y las corbatas,
diciéndome que ni éstos
son guantes, ni éstas corbatas.
(Sacando de la caja varios guantes y corbatas destrozados.)

RUPER. ¡Claro! Después de año y medio...

MOTI. También vendrá por aquí
á que le vuelva el dinero.
De lo contrario, no vota
á favor de usted.

CARR. Ruperto:
ya lo oyes... Cuando venga
devuélvele...

RUPER. ¡Por supuesto!
¿Sabes que con la política
vamos á echar muy buen pelo?

CARR. ¿Y los demás?

MOTI. ¿Los demás?
(Tirando las facturas sobre el velador.)
Se alegran que esté usted bueno.

JOAQ. ¡Qué escándalo!

CARR. Ea, adiós.

JOAQ. Que si triunfa usted, yo espero...

CARR. Encargo á París hoy mismo
una boquilla de mérito
con mi busto de tamaño

natural.

RUPER. ¡Echa!

JOAQ. La acepto.
Me voy con usted, que ya
en su elección me intereso.
Concejales como usted
honran al Ayuntamiento.

CARR. Usted me conoce.

JOAQ. (A Lucas.) ¡Ah!
Cuatro boquillas me llevo.
Ya las pagaré.

RUPER. (Con mucha ironía.) ¿Usted vota
por Felipe?

JOAQ. ¡Ya lo creo!

RUPER. Pues entonces, no las pague.
Es suficiente con eso.

CARR. ¡Mamarracho! Si la baba
se te va á caer en viendo
que me hacen teniente alcalde,
ó quizá alcalde primero.

RUPER. (En tono muy burlón.)
Adios... Cubas... Da expresiones
mías al doctor Esquerdo.
(Vanse Carranza y don Joaquín.)

ESCENA XI

DICHOS, menos CARRANZA y DON JOAQUÍN.

SERA. (A doña Clotilde.)
Suba usté un poco, señora.

CLOT. Baje usté algo.

SERA. ¡Si no puedo!
CLOT. Pues yo no subo.
SERA. Pues yo
no bajo ni un solo céntimo.
Alárguese usté algo más.
CLOT. Encójase usted primero.
SERA. Vamos, se lo dejo en ocho.
CLOT. En cinco, y es trato hecho.
SERA. Se lo doy en lo que marca:
siete cincuenta.
LAU. ¡Qué terco!
SERA. Pero, señora, ¿usted cree
que estoy mal con mi dinero?
CLOT. Pues vamos á ver los otros.
SERA. (Aparte á Lucas:)
(Lucas, ven aquí un momento,
que yo ya estoy mareado
y voy á caerme al suelo.)
Con el permiso de ustedes. (A ellas.)
LUCAS (Muy amable.) Vamos á ver si yo tengo
mejor mano. Ya verán
cómo al fin nos entendemos.
(Sigue despachando y discutiendo en voz baja.)

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA SINFOROSA, PATRO y PETRO, lujosamente vestidas.

SINF. Muy buenas tengan ustedes.
RUPER. Felices. Cuánto celebro...
SINF. Venimos á lo de siempre,

á dejar aquí el dinero.

RUPER. Sin las clases opulentas,
¿qué sería del comercio?
(Doña Sinforosa se sienta al lado izquierdo.)

PETRO. (A doña Sinforosa.)
Mientras haces esas compras,
para no perder el tiempo,
Serafín puede probarme
los guantes.

SERA. (Preparándose á servirla, y colocando sobre el mostrador la almohadilla que se usa para poner guantes.)
En el momento.

PATRO. Yo también los necesito,
porque éstos están muy viejos.

RUPER. (A Motilón.) Sirve tú á esta señorita;
anda. (Motilón pasa á la derecha del mostrador.)

PATRO. No, señor: prefiero
que Serafín me despache.

SERA. Bien; pero á las dos á un tiempo...
es imposible.

PETRO. Es verdad:
sírvame usté á mí primero.

PATRO. (Con marcada ironía.)
Sí; que al fin y al cabo eres
la mayor.

PETRO. No es verdad eso,
porque ambas somos gemelas.

SERA. ¿Gemelas?

PETRO. O poco menos,
porque le llevo dos meses
nada más.

SERA. (¡Pues no lo entiendo!)

¿Y de qué color los guantes?

PETRO. Yo, blancos.

PATRO. ¿Sí? Pues yo negros.

Y haces mal en elegirlos
blancos, porque no teniendo
vestido de seda, harás
un papel de lo más feo...

PETRO. Serafín, no haga usted caso:
diga usted que sí le tengo.

PATRO. Diga usted que no.

PETRO. Mamá,
regáñela usted.

SINF. (Que habrá estado hablando en voz baja con don Ruperto.)
¿Qué es eso?
¿Empezáis ya?

PETRO. Yo no soy.

SINF. Patro, deja en paz á Petro. (A don Ruperto.)
¿Las ve usted así? Pues se adoran
las dos; pero con extremo.
En casa es una delicia...
siempre de broma y jaleo.
Coge la badila Patro
y le da con ella á Petro
en las narices, y Puri,
la más chica, va corriendo
detrás, y con las tenazas
á Boni, el niño pequeño,
le pellizca las orejas
ó le chamusca los pelos.
Segis, que es el medianito,
no puede vivir sin Petro.
Ayer le tiró una fuente
de ensalada de pimientos
que, si no es por Celes, cae

sin decir Jesús al suelo.
Todo por puro cariño.

RUPER. ¡Se comprendel Según eso,
su casa de usted será...

SINF. Una sucursal del cielo.

Y á Dios pido me conserve
para solaz y contento,
á Boni, á Segis, á Celes,
á Patro, á Puri y á Petro.
Creámelo usté, don *Rúper*.

RUPER. Doña *Sinfo*, no lo niego.

SINF. Y como voy para vieja...
los hijos son mi consuelo.

RUPER. ¿Vieja? ¡Cá! ¡Qué tontería!
SINF. Sí; que los cuarenta peino.
RUPER. Entonces, yo soy más joven.
SINF. ¿Cuántos peina usted?
RUPER No llego
á peinar veinte.
SINF. (Con asombro.) ¿Veinte años?
RUPER. (Quitándose el gorro y dejando ver una calva con poquísimo pelo.)
No, señora: veinte pelos.
SINF. Vamos á nuestro negocio,
que aún no he dicho á lo que vengo.
(Durante el diálogo precedente y el que sigue, Serafía prueba guantes á Patro, y cuando el diálogo lo indique, Lucas á Petro, figurando que sostienen una conversación muy animada.)
Mire usté, se trata de
un muchacho amigo nuestro
que se casa, y yo quisiera
regalarle algún objeto
de gran valor, elegante,
de novedad y de mérito;
pero, francamente, que
me cueste poco dinero.
RUPER. ¿Cuánto quiere usted gastarse?
SINF. Tres duros... ó tres y medio
si lo mereciese.
RUPER. (Como vacilando.) Entonces...
Espere usté á ver si encuentro...
(Buscando objetos que presentarla.)
¿El novio es de confianza?
SINF. A mí no me importa eso.

Será á la novia en tal caso.

RUPER. Si le tratan hace tiempo.

SINF. ¡Ah!

RUPER. Porque ayer han llegado
unos calzoncillos...

SINF. Petro,
¿tú sabes cómo anda el novio
de ropa blanca?

PETRO. De cuellos
y de puños, decentito;
de lo demás...

LUCAS. (A Motilón.) Tú, mastuerzo...
(A Clotilde y Laura.)
Con permiso... ven acá.
Entretanto iré sirviendo
á esta señorita yo,
que trae priesa, según creo. (Por Patro.)
(Motilón se dispone á despachar á Clotilde y Laura.)

LAU. Y éste, ¿cuánto? (Cogiendo un abanico.)

MOTI. Seis pesetas.

LAU. ¿No puede ser algo menos?

MOTI. Si me cuesta más, señora.
Es abanico de precio. (Continúa despachándolas.)

LUCAS. (Probando los guantes á Patro.)
¡Qué mano más diminuta!
Como de un niño pequeño.
¡Ay! ¡Quién fuera militar!
(Suspirando con exageración.)

PATRO. ¿Pero por qué dice usté eso?

LUCAS. (Suspirando como antes.)
¡Ay! Porque los militares
tienen un partido inmenso

entre ustedes, y su novio
será capitán lo menos.

PATRO. ¡Cá! No, señor: ¡si ahora empieza!
Segundo teniente... de esos
que en la bocamanga llevan
dos galones muy estrechos.

PETRO. (Burlándose.)
Como que han dado en llamarlos,
con muchísimo salero,
comandantes de vía estrecha.

PATRO. Mamá, regañe usté á Petro,
porque me está avergonzando.

SINF. Dejadme en paz. (A Ruperto.) El tintero
no me llena.

RUPER. (Que habrá puesto ya sobre el mostrador multitud de objetos.)
Es de metal
finísimo todo esto,
y la hoja del cuchillo,
mire usted, de asta de ciervo.

SINF. Eso ya tiene... Quisiera
una cosa de provecho...
algo que le fuera útil.

RUPER. Pues, señora, yo no acierto.
¡Ah! Puede usted regalarle
dos docenas de pañuelos
para frac... ó estos tirantes
(Presentándole una caja donde figura que hay tirantes.)
bordados, de mucho mérito.

SINF. ¿A ver? ¡Si no sabe una
cómo acertar! Oye, Petro,
¿gasta tirantes?

PETRO. ¿Acaso
sé yo cómo va por dentro?

LUCAS. (Después de haber puesto un guante á Patro.)
Éste ya está. Ahora el otro.
¡Ay! (Suspirando.)

PATRO. Lucas, por lo que veo
usté está malo.

LUCAS. ¡Ay! Lo peor
es que decirlo no puedo.
¡Si es que yo he nacido poeta
y sufro mucho en silencio!
¡Si me dejaran volar!...

PATRO. Pues vuele usted.

LUCAS. Es horrendo
tener un alma sensible
y dedicarla al comercio.

SERA. ¿Ustedes todas las noches
continuarán asistiendo
al Teatro Real?

PETRO. Antes muertas
que faltar. ¡Si procedemos
de los músicos más célebres
que ha habido en el extranjero!
Nuestra pasión es la música.
Papá, que es muy circunspecto,
nos riñe cantando, y
cantando le respondemos.
Ayer rodó la escalera
y se dió un golpe tremendo.
Pues cantando el *Miserere*
nos participó el suceso.
Tiene una voz tan suave...

canta con un sentimiento...
¡Anteayer enternecía.

SERA. No era el caso para menos.
¿Y cuando el Real se cierra
qué hacen ustedes?

PETRO. Meternos
en un teatro de piezas.

SINF. Pero siempre prefiriendo
aquel teatro que tiene
más *numeroso* el sexteto.
Y eso que ya la afición
va en España decayendo.
Antes moría un amigo,
y daba gusto. ¡Qué entierro!
¡Qué funerales! ¡Qué tiples
cantaban el *Tantum ergum!*
Y ahora ni á misa mayor.
Yo, si voy, es en mi pueblo,
porque allí tocan el dúo
de los "paraguas„.

RUPER. (¡Zopencos!)

SERA. (A Patro, como está escrito:)
¿Usted será *dilletanti*
también?

PATRO. ¿Quién, yo? Ni por pienso.
A mí déme usted un buen drama.

SERA. Hija, de eso no tenemos.

PATRO. Quiero decir, que un buen drama
á las óperas prefiero.

LUCAS. Usté es de los míos.

SERA. Sí:
ahí donde le está usted viendo

es poeta el pobrecillo.
Ayer escribió un soneto...
si le viera usted... capaz
de resucitar á un muerto.

LUCAS. Se llama: "¡Cómo me pican
los sabañones'„

PATRO. Lo siento,
porque á mí también me pican
y muchas noches no duermo.

LUCAS. No, señora: si ése es
el título del soneto.

SINF. ¿Y qué función hacen hoy
en el Español?

LUCAS. No puedo
decírselo á usted, porque
no está todavía resuelto.
He visto el cartel, y dice,
en letras gordas por cierto,
que hacen *Otelo ó el moro
de Venecia*, y yo sospecho
que una de las dos será.

SINF. (A Ruperto.) Este chico es muy despierto.

RUPER. Instruidísimo. ¡Si usted
le viera fregar el suelo!...

SINF. Ea; ¿estáis ya? (Levantándose.)

PATRO. Falta poco.

SINF. Pues mire usted, don Ruperto,
francamente, me parece
carísimo todo eso.
Siento mucho la molestia.

RUPER. No, señora, nada de eso.
Estamos acostumbrados...

(A que nos tomen el pelo.)

SINF. (A Patro y Petro.)
Que tenemos hoy muchísimo
que hacer... que va á faltar tiempo.
Desde aquí á Apolo, á pedir
tres butacas, que hay estreno.

LUCAS. ¿Van ustedes?

PETRO. Sí: el autor
es un chico á quien queremos.
¡Qué gusto si le pateanl
Es cuando más me divierto.

SINF. Después, á pedir á López,
que le han hecho consejero
del Norte, cuatro billetes
de primera, para Oviedo;
que, siendo amigo, no es cosa
de que nos cueste el dinero.

PATRO. No olvide usted que mañana
se inauguran los conciertos.

SINF. Ya he pedido á Manc nelli
que nos mande un entresuelo.

PETRO. Y los toros el domingo.

SINF. Tu padre corre con eso,
porque es amigo de Miura
desde que era muy pequeño,
y su familia le quiere
como si fuera uno de ellos.
Tendremos palco, de fijo.
Le digo á usted, don Ruperto,
que en estas chicas me gasto
un capital.

RUPER. (Con ironía.) ¡Ya lo creo!

SINF. Un capital... (en saliva,
porque estoy siempre pidiendo.)
(Vanse las tres, despidiéndose con muchos cumplimientos.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos SINFOROSA, PATRO y PETRO.

RUPER. Pues, señor, lo que es el día
se nos presenta muy bueno.
De seguir así, no hay duda,
mejor será que cerremos;
y el caso es que con estar
aquí de pie tanto tiempo,
me he quedado frío... A ver
si en la puerta me caliento.
(Sale del mostrador; se dirige frotándose las manos á la puerta del foro; queda de espaldas al público, y las frases que pronuncia á continuación, figura que se refieren á las personas que van pasando por la calle.—A una que pasa besando á su hijo:)
Quisiera ser ese niño
á quien va usted dando besos...
—¡Vaya usted con Dios, morena!
— ¡Bendito sea ese cuerpo!

UNA CHULA (que pasa rápidamente.)
¡El demonio del hortera,
se está cayendo de viejo!

RUPER. Pues todavía soy joven...
(Riéndose, como si le hiciera gracia lo que dice.)
comparado con mi abuelo!

—Adiós, hermosa... ¡Qué carnes!
(Con pasión.) ¡Las gordas son mi embeleso!
(Frotándose las manos y dirigiéndose al mostrador.)

Ea, ya he entrado en calor;
voy otra vez á mi puesto.

CLOT. Este es un poco ordinario.

SERA. Sí: es algo churrigueresco.

LAU. Y diga usted, ¿por qué llaman
así á todo lo que es feo?

SERA. Porque en el siglo pasado
hubo en Madrí un arquitecto
que se llamaba Churruca...
el que construyó, por cierto,
la fachada del Hospicio.

CLOT. ¡Ah, sí! ¡Tiene usted talento!
SERA. No, señora... la afición...
es que estoy siempre leyendo
y se me pega muchísimo.
(En este momento le pega Ruperto un cachete á Motilón.)
MOTI. Y á mí también... y no leo.

ESCENA XIV

DICHOS y el BARÓN.

BARÓN. Señores...
RUPER. Señor barón,
¿cómo está usted?
BARÓN. Bueno, gracias.
RUPER. Y guapo, y joven, y airoso.
¡Si parece que no pasan
por usted los años!
BARÓN. Pues
no me cabe duda, cada
año tengo más edad,
y conforme el tiempo avanza
se va uno haciendo más viejo.
RUPER. ¡Viva el ingenio y la gracia!
En cuanto abre usted la boca
dice una... (perogrullada).
Comprendo que sea usted
ídolo de las muchachas,
que le adoren las solteras...
BARÓN. Y mucho más las casadas.
Crea usted me veo negro.

Me ocurren cosas que pasman:
hago la mar de conquistas,
y muchas veces en casa
me miro al espejo y digo:
Señor, ¿qué hay en esta cara?
¿Qué hay en este cuerpo? ¿Qué hay
en mi conjunto que llama
la atención del sexo débil,
que me abruma y me embaraza?

RUPER. ¿Qué ha de haber? Que es usted rico,
generoso con las damas,
(idiota) y hombre de chispa,
(memo) de talento y gracia...
¿Y á qué debemos la honra?...

BARÓN. Se puede decir que á nada.
¿Tiene usté ahí mil pesetas?

RUPER. Sí, señor; ¡pues no faltaba!...

BARÓN. Démelas usté.

RUPER. Eso no,
porque me hacen á mí falta.
Si no fuera así, en seguida,
porque todo se arreglaba
con unirlas á la cuenta
que tiene usté en esta casa. (Con ironía.)

BARÓN. ¡Pillín! ¡Vaya una manera
tan fina y tan delicada
de recordarme el piquillo!...

RUPER. ¡Si ya no es pico, si es águila!
¡Señor Barón!... yo lo siento...

BARÓN. Bien: pues déme usté una caja
de medias de seda azules...
no: mejor es... encarnadas:

se las pagaré en el acto.

RUPER. En ese género raya
á gran altura esta tienda;
¡no hay otra igual en España!
Si á su señora de usted
las amarillas le agradan...
porque son de última moda.

BARÓN. ¿Mi señora? (Con malicia.)

RUPER. ¡Ah, ya! Basta. (Con picardía.)

BARÓN. Que las lleven al momento
muy cerca de aquí, á la plaza...
(Bajando la voz y hablándole al oído.)

RUPER. Descuide usted.

ESCENA XV

DICHOS, la BARONESA con el AMA de cría, que lleva un niño en brazos.

BAR.ª ¡Maridito!

BARÓN. (¡Ay, mi esposa! ¡Virgen santa!)

BAR.ª ¡Cuánto me alegro de verte!
¿Qué haces aquí?

BARÓN. Pues compraba...

RUPER. (Anticipándose como para sacar del apuro al Barón.)
Estas medias para usted.

BAR.ª Te lo agradezco en el alma.
Pero me extraña que tú,
que no te fijas en nada...

BARÓN. Pues ahí tienes tú, me fijo.

BAR.ª Está bien: vengan, y gracias. (A Ruperto.)

Que las pongan en el coche.
(Don Ruperto se las entrega á Motilón, y éste sale por el foro, volviendo al poco rato.)

BARÓN. ¿Y tú á qué vienes?
BAR.ª El ama,
que se le ha antojado un
pañuelo de seda grana.
RUPER. Los tengo, y de clase extra.
BAR.ª ¿A ver? Siéntese usted, ama.
AMA. ¡Quiero crecer! (Con muy mal gesto y desabrida.)
BAR.ª (Aparte al Barón.) (Ahí la tienes
con un hocico de á cuarta,
porque ha visto unos pendientes
de oro con esmeraldas,
y no he querido comprárselos
por razones que se callan.)
RUPER. ¿Es hijo de usted? (Refiriéndose al niño.)
BAR.ª Sobrino;

el chiquitín de mi hermana.

RUPER. ¡Ah!

BAR.ª Yo chicos, no los quiero
ni me hacen ninguna falta:
dan muchísimo que hacer,
(Mirando con intención al ama.)
y sobre todo las amas.
Debieran nacer los niños
con la carrera acabada.

AMA. (Con mal gesto.)
(Y además con el canuto
de la licencia en la faja.)

RURER. (Que ha sacado cajas de pañuelos.)
Tiente usté el género; vea
la clase; los hay á rayas
y lisos. (La Baronesa los examina.)

BARÓN. (Acercándose al Ama y contemplando al niño.)
¿Está durmiendo?

AMA. (Siempre malhumorada.)
Sí, señor: cuando nun mama
es que duerme.

BARÓN. (Retirándose.) ¡Bueno, bueno!
(El mejor día nos mata.)

BAR.ª (Después de haber escogido dos pañuelos.)
Estos dos. (Al Ama.) ¿Quiere usted más?

AMA. Otros cuatro... ésos se rajan
en seguida..., son baratos
y nun sirven para nada.

BAR.ª ¿Y cuánto? (A Ruperto.)

RUPER. Ochenta
pesetas... para usted.

BAR.ª (Levantándose.) Si no rebaja,

no los llevo... son muy caros.

RUPER. Señora, si es lo que marcan.
Se los doy á usted de balde,
si en otra parte los halla
más baratos.
(Frotando los pañuelos y haciéndolos una pelota.)
Seda pura,
no tienen de algodón nada.

BAR.ª Si no los encuentro en otra
tienda, volveremos... ¿Ama?
¿Y tú dónde vas ahora? (Al Barón.)

BARÓN. Al Congreso, porque Cánovas
me ha encargado que no falte.

BAR.ª ¿Vas á hablar al fin? (Con asombro.)

BARÓN. (Con petulancia.) ¡Anda, anda!
y á derribar al Gobierno.

BAR.ª ¿A derribarle? ¡Qué lástima
me da el Gobierno! ¡No dura,
de fijo, ni una semana!
Adiós. (A don Ruperto.)

BARÓN. (Acercándose al Ama y dando un beso al niño.)
¡Un beso!

AMA. (Muy bajo para que no lo oiga la Baronesa.)
(Nun tienes
vergüenza nenguna.)

BARÓN. ¡Calla! (Vanse.)
(Cuando desaparecen, todos se echan á reir.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos BARÓN, BARONESA y AMA.

RUPER. ¡Pobre Barón! Cuando menos

el infeliz lo esperaba,
¡cataplum!

LUCAS. ¡Si está Madrid

que ardel... ¡Si cada casa
es un lío!

RUPER. Por si vuelve,
le prepararé otra caja.
(Saca otra de la estantería.)

ESCENA XVII

DICHOS y el BARÓN, que entra muy agitado.

BARÓN. Don Ruperto, ¿ha visto usted
lo ocurrido?

RUPER. De eso hablaba.

BARÓN. ¿Tiene usté más medias?

RUPER. Todas
las que á usted le dé la gana.
¿Le gustan éstas?

BARÓN. ¡Preciosas!
Mándelas usté á la plaza...

ESCENA XVIII

DICHOS y la BARONESA.

BAR.ª ¿Me he dejado la sombrilla
aquí?

RUPER. Sí, señora.
(Entregando á la Baronesa la sombrilla, que habrá dejado antes olvidada.)

BAR.ª ¡Calla!
¿Otra vez tú? ¿Pues qué haces?

BARÓN. (Turbado.) Nada, hija mía: compraba

más medias... Las amarillas
me parecían muy claras,
y he venido, porque éstas,
como ves, son encarnadas;
y así tienes los colores
de la bandera de España.

BAR.ª ¡Vengan! ¡Qué obsequioso eres!
¡No hay en el mundo una alhaja
como tú! Adiós, don Ruperto.

BARÓN. Hasta luego... hasta mañana,
quise decir.

BAR.ª (Con intención á don Ruperto.)
Tenga usted
las azules preparadas...
porque de seguro vuelve...
en cuanto me deje en casa. (Vanse.)

ESCENA XIX

DICHOS y CARRANZA, apresuradamente, y dirigiéndose al mostrador.

CARR. (A Ruperto.) Dame quinientas pesetas,
pero en el momento; anda:
necesito veinte votos
y hay que pagarlos; despacha.
(Entra Ruperto en la puerta izquierda.—A Motilón.)
Y tú, corriendo, al café...
treinta *bisteks* con patatas,
treinta raciones de queso,
treinta botellas de Málaga
y treinta cafés, con treinta
gotas... y todo en volandas

al colegio electoral...
Travesía de Moriana.
(Vase Motilón por el foro.)
¡Hoy comen mis electores
más que en catorce semanas!

RUPER. (Que ha salido con billetes que da á Carranza.)
Nos vas á arruinar, Felipe:
con el dinero que sacas,
no digo yo concejal,
¡se puede ser hasta Papa!

CARR. ¡Qué revolcón va á llevar
el señor Paco! Ese mandria
se figura que con ser
honrado y moral, le basta
para vencer... y no entiende
que siempre en estas campañas
quien no tiene una peseta
se suele quedar á pata.
(A Ruperto.) ¿Vosotros habréis votado?

RUPER. ¿Quién?... Lo que es yo, no pensaba...

CARR. ¿Cómo que no? ¡Pues me gusta!
¡A ver!... y esos papanatas
¿qué hacen aquí? A votar
á escape... (Dándoles papeletas á los tres.)
¡Pues tendría gracia
que por tres votos perdiera
la elección! Cierra la caja, (A Ruperto.)
y andando: ustedes lo mismo.

RUPER. Pero, entonces, ¿quién despacha
quedando esto solo?

CARR. Yo.
(Ruperto entra en la puerta de la izquierda.)

Y con noticias exactas
venid pronto, que os aguardo.

SERAF. Yo ya estoy. (Poniéndose el sombrero.)

LUCAS. Pues por mí, en marcha. (Idem.)
Ahí quedan esas señoras.

CARR. Yo las serviré.

RUPER. (Que ha salido un momento antes, le dice desde la puerta del foro:)
¡Carranza!
que yo me lavo las manos,
que juro en Dios y en mi alma
que es una barbaridad
lo que haces.

CARR. Bueno, basta.

RUPER. Que tu negocio está aquí,
dentro de tu misma casa.
(Vanse los tres, haciéndose mutuamente señas de que Carranza debe estar chiflado. Durante las escenas anteriores ha oscurecido, y Carranza en este momento oprime el botón de la luz eléctrica y se ilumina la escena.)

ESCENA XX

CARRANZA, CLOTILDE, LAURA. Después NARCISO por el foro.

CARR. (Dentro del mostrador de la derecha, y desde aquí al final muy nervioso y distraído.)
¿Conque ustedes lo que buscan
son abanicos?

CLOT. Y es lástima
no hallar uno que nos guste.

CARR. ¡Ya lo habrá!

LAU. ¿Y éste, qué marca?

CARR. (Sin darse cuenta de lo que dice, después de haber mirado la etiqueta del abanico.)

¡Seis mil duros... que me cuesta
la elección!

LAU. (Cogiendo el abanico, y asombrada.)
¡Quién lo pensara!
¡Pues yo no le encuentro el mérito!

CARR. ¡Perdone usted! ¡Si no estaba
en lo que hacía!

LAU. ¡Ah!

CARR. (Mirando otra vez la etiqueta del abanico.)
Este...
M y H... ¡Tiene gracia!...
Pues no lo sé. (¡Qué vergüenza!)
(Viendo á Narciso en la puerta, y volviendo un poco la cabeza.)
¡Ay, don Narciso me salva!
Escuche usted, don Narciso,

M. y H, ¿cuánto marca?

NARCI. (Sin moverse de la puerta.)
Diez pesetas. Si la H
está después, no hay rebaja;
es lo que nos cuesta... vamos
lo que le cuesta. (Mirando al balcón.)
¡Ay, me ama!
¡Que me ama, don Felipe!

CLOT. ¿Y éste? (Por otro abanico.)

CARR. (A Narciso.) ¿Jota entrelazada
con la R?

NARCI. ¡Cinco duros!
Han llegado esta semana.

LAU. ¿No los tiene usted de blonda?

CARR. Sí, señora... ¿Dónde estaban?...
Don Narciso... ¿los de blonda?...

NARCI. Están en la quinta tabla.
(Muy contento y figurando que habla con su novia.)
¿Que suba otra vez? ¡Monísima!

CARR. No suba usted, que hace falta.

NARCI. Hasta luego. (Sin hacerle caso, desaparece.)

CARR. ¡Soy perdido!
(A las señoras.) Ya sé. ¡Verá usted elegancia!
(Coge una caja y la abre.)
Son tirantes... ¡Ay Dios mío!
Yo no sé lo que me pasa.
(Coge otra, y la abre.)
¡Estos son... blonda riquísima!
¡Digo, no... si son elásticas!

LAU. (Levantándose.) No se apure usté... otro día
volveremos con más calma.

CLOT. Será mejor...

LAU. Hoy tenemos
mucha prisa... Hasta mañana.
(Vanse por el foro.)

ESCENA XXI

CARRANZA, después NARCISO.

CARR. Estoy á los pies de ustedes.
Pues con cuatro parroquianas
como estas dos, no me queda
vida para despacharlas.
(Paseándose muy agitado.)
¡Qué angustia, qué incertidumbre!...
No, la verdad es que tardan...
Si triunfo, no cabe duda,
la satisfacción me mata;
y si me derrotan, doy
un estallido de rabia.
¡Arruinado para siempre!
No, no; ¡si está trabajada
la elección con un acierto
y con una diplomacia!...
Yo, de mi puño y mi letra,
para que no me engañaran,
puse mi candidatura,
la repartí por las casas,
y escribí las circulares,
exponiendo mi programa:
"Moralidad y... adoquines „
¡Y esta causa es muy simpática!
(Asomándose á la puerta.)

Nada, no vienen... Me voy
aunque deje abandonada
la tienda... porque el asunto
es de altísima importancia.
Yo rogaré á algún vecino...
(Viendo á Narciso que aparece de nuevo y entra en escena.)
¡Don Narciso de mi alma!

NARCI. No me quiere... yo creí...

CARR. ¡Por Dios y la Virgen santa!
Quédese usté aquí un momento;
¡vuelvo en seguida!

NARCI. ¿Qué pasa?

CARR. Mi elección... estoy inquieto...
ya debe estar terminada...

NARCI. Vaya usted tranquilo, que
yo me quedo aquí de guardia.
(Vase Carranza precipitadamente.)

ESCENA XXII

NARCISO, que en cuanto se va CARRANZA, empieza á hablar por señas con su novia: aparece el POBRE 2.°

POBRE. ¡Señorito, una limosna
al ciego!

NARCI. ¡Ay, una carta! (Mirando al balcón.)
Allá voy. (Al pobre.) Eche aquí un ojo.
¡Vuelvo pronto... no se vaya! (Vase.)

POBRE. ¡Que eche aquí un ojo, Dios mío...
qué más quisiera mi alma! (Vase.)

ESCENA ULTIMA

Salen muy alborozados, abrazando á CARRANZA, DON JOAQUÍN, DON RUPERTO, SERAFÍN, MOTILÓN. A poco NARCISO.

RUPER. Sí, hombre, sí, enhorabuena...
Un abrazo.

CARR. (Conmovido.) ¿No me engañas?
¿Pero es posible?

RUPER. Es posible.

CARR. ¡Dios escuchó mis plegarias!
Serafín, Lucas, Ruperto... (Los abraza.)
Mi esposa... voy á llamarla...
(Se dirige á la izquierda.)

RUPER. (Deteniéndole.) Espera... Como yo y todas
las personas que te tratan
sabíamos que iba á ser
la ruina de tu casa
el que salieras triunfante,
mi enhorabuena te daba
porque has quedado vencido
y derrotado.

CARR. (Desvaneciéndose.) ¡Ay... me faltan
las fuerzas... no puedo más!
(Entra Narciso, y con los demás, acude á Carranza.)

RUPER. ¿Qué es esto?... ¡Que se desmaya!
¡Felipe!

NARCI. ¿Qué ha sucedido?

JOAQ. (A Melitón.) Corre, trae un vaso de agua.

RUPER. No... que traigan un bastón
de teniente alcalde, para
ponérsele en las narices
á ver si vuelve. ¡Carranza! (Llamándole.)

CARR. (Volviendo en sí.) ¡Ay! ¡No temas que pregunte

dónde estoy, como en los dramas!
¡Ya sé que estoy en mi tienda,
que tendré que traspasarla,

que me he quedado arruinado!

JOAQ. ¡Pobre señor, me da lástima!

RUPER. (Con energía.) No hay tal pobre, ¡qué demonio!
(A Carranza.) Tu mujer, que es una santa,
y yo, que le ando muy cerca,
hemos cuidado con maña
de exagerarte el estado
financiero de tu casa,
y trabajando con fe
aún podremos levantarla.

CARR. (Abrazando á Ruperto.)
¿De veras? ¡Dios te lo premie!
¡Me vuelves al cuerpo el alma!
¡Pero habré tenido votos!

RUPER. No te sirven para nada;
que en tu fiebre concejil,

UNIVERSITY OF MICHI
3 9015 02833

DO NOT REMOVE
OR
MUTILATE CA